

ORATIO
E
MUNDUM



GABRIEL MARTZ

CALIGRAMA

El otro mundo

EL

O

!

**D
N
U
M**

**T
R
O**

GABRIEL M

U
O

ARTZ

El otro mundo

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417447397

ISBN eBook: 9788417447397

© del texto:

Gabriel Martz

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En algún rincón del universo existe un planeta maravilloso que lleva por nombre AN, conocido como el Cielo del Cosmos por su brillante color azul.

A diferencia de otros planetas, AN se mantiene gracias a la energía de dos estrellas solares, de un cuarto de su tamaño cada una, que le rodean. Perfectamente alineados y sincronizados, siempre proveen abundante luz.

Sin embargo, estos soles se diferencian por sus características fundamentales para el mantenimiento de la vida y la naturaleza del planeta: la primera es blanca y durante su luz todo se mantiene en funcionamiento, mientras que la segunda es roja, lo que indica reposo.

El planeta se divide en cuatro grandes ciudades habitadas, y el resto pertenece a la naturaleza por ley. Sus nombres son Serf, Querb, Portcan y Arcan.

Serf fue fundada en las alturas, prácticamente en el aire. Su origen es misterioso, pero al verla desde abajo es muy hermosa. Sus ríos caen desde las alturas y se unen a los mares y océanos. Los serafines poseen grandes y poderosas alas. Su cabello, por lo general, es de color plata y tienen ojos rojos, colmillos pequeños y pronunciados y orejas puntiagudas que los hacen destacar junto a sus increíbles habilidades. Controlan el tiempo y el espacio, y son capaces de sanar la vida y de mantener el orden de las diversas especies de animales y de vegetación del planeta.

Querb, mejor conocida como la ciudad de la magia, la música y la belleza, es tan grande que de ella emana una fuerte luz que puede verse desde cualquier punto del mundo. Sus habitantes también tienen alas, aunque un poco diferentes a las de los serafines. Tienen dos pares de alas por habitante, para ser más es-

pecífico, y sus ojos son de colores verdes, azules y amarillos que van cambiando constantemente. Su rostro es puro y sus cabellos, dorados. Se dice que si te quedas mirándolos fijamente te llegan a hipnotizar. Tienen la habilidad de cambiar el clima del día a voluntad con el poder de sus cantos y bailes, algo incansable de admirar. Son famosos por tener un poderoso ejército mágico; su música es su poder y los instrumentos, sus armas.

Portcan es la ciudad más grande del planeta, donde yo nací y fui criado. Se encuentra en el centro, a las puertas del reino y más abajo. Con más habitantes que cualquiera de las otras ciudades, Portcan ha crecido a lo largo del tiempo y se ha especializado en agricultura, ganadería y arquitectura; además, es muy rica en ciencia, tecnología y cultura. Las costumbres se basan siempre en los valores principales, que son respeto, amistad, trabajo, compañerismo y justicia.

Los habitantes de Portcan, mejor conocidos como ángeles o portcanianos, no pueden volar por lo cielos; por lo tanto, crearon medios de movilidad, aunque mi madre me dijo que cada tanto nacen algunos con la capacidad natural de volar sin alas, algo que no se ve muy a menudo por aquí. Aun así, tienen grandes habilidades, como las de leer las estrellas, crear medicina y enseñar los secretos de la luz y la energía, entre otras cosas increíbles.

La paz y la seguridad están siempre protegidas por las Fuerzas Armadas al servicio del reino. Y, si bien creemos en la paz eterna, fue el rey mismo quien ordenó la formación de estas fuerzas de seguridad.

Y, por último, está Arcan. No hay mucha información acerca de este lugar ni de sus moradores.

Se encuentra alejada del reino y nunca nadie que yo conozca ha podido ir hasta allí. Escuché que los arcanianos son seres muy poderosos, que son la élite más temible al servicio del rey y que tienen un máximo líder conocido como el Patriarca. Él y sus generales son llamados los Vigilantes.

El Patriarca es el único autorizado a entrar al castillo del rey para llevarle información sobre el planeta, una vez al mes y acompañado de dos generales. Ellos no solo son capaces de volar por los cielos sin alas, sino que también pueden respirar bajo el agua; prácticamente poseen todas las habilidades juntas que nos podamos imaginar, controlando así todos los elementos, y su especialidad es la batalla.

Mi madre me contó que hubo un tiempo en que algunos niños de todas las ciudades eran elegidos para formar parte de Arcan, ya que poseían grandes poderes desde su nacimiento por naturaleza. Estos eran entrenados y preparados para servir al reino, aunque eso fue hace bastante tiempo y hasta ahora no ha vuelto a suceder.

Lo que llamó mi atención es que los generales de Arcan nunca entraban al salón del rey. Según mi madre, él no está solo, sino que hay cuatro seres que lo protegen. Se dice que no pertenecen a nuestro planeta por su aspecto y, a decir verdad, muchos sospechan que no provienen de nuestro mundo.

Muchas veces, mi curiosidad me llevó a ir al castillo y, aunque la seguridad es impenetrable, misteriosamente siempre pude acercarme más que cualquiera sin que nunca me descubrieran. Sentía como si una especie de fuerza me atrajera hacia allí, como si fuese llamado todos los días.

Cuando sale el sol rojo y todo el mundo descansa es cuando puedo investigar. Mi padre se fue cuando yo era muy pequeño y nunca más regresó. Aunque mi madre no habla mucho del tema, sospecho que tiene algo que ver con Arcan. Todo hasta aquí iba muy bien, pero, como en cualquier historia bonita, en algún momento llega la oscuridad y todo cambia. En este caso llegó la guerra y, con ella, la muerte.

Lo que voy a contarles trata sobre la verdad de mi mundo y el destino de los que en él habitan.

Aquí comienza un relato donde el pasado, presente y futuro se unen para llevarnos a un mundo olvidado, desconocido, pero increíble y real.

Aquí comienza la historia del otro mundo.

Capítulo I

—¿Dónde estás, Gabriel? Ya está la comida —llamó con fuerza Aminara, quien había preparado un delicioso plato para su hijo. Mientras preparaba la mesa, murmuraba—: Otra vez se fue este niño. Seguro que está donde le prohibí que fuera. ¿Qué voy a hacer con él?

Gabriel estaba en la línea que dividía el final del terreno de su casa con el ancho y grande campo obstruido por un gran valle profundo y amplio, el cual su madre le había advertido que no fuera; sin embargo, soñaba con conocerlo y con saber que había más allá.

Estaba acostumbrado a pararse todos los días a la misma hora a observar, como si buscara la manera imposible de cruzar, con alguna especie de estrategia inteligente o tal vez una estupidez de niño impetuoso.

—¿Cuántas veces te he dicho que no estés aquí solo, hijo? Hay muchos peligros para un niño de tu edad.

—Mamá, algún día voy a cruzar ese valle y vas a ver que nada puede dañarme. Sé que lograré conocer lo que hay fuera de los límites de la ciudad. Era tan fuerte la convicción de Gabriel que hacía que ella reflexionara en su interior, como sabiendo que lo que su hijo decía era verdad y preguntándose cómo podía parar los sueños de un niño de ocho años.

—Está bien, hijo, pero lo que me interesa que cruces ahora es la comida que te prepararé.

—Te amo, mamá.

—Yo te amo más, hijo, y quiero que te pongas a estudiar luego de comer.

—Sí, mamá, y luego quiero que me hables del rey y de su castillo. Sueño con entrar y conocerlo.

—Ay, este niño lo quiere conocer todo... Me va a volver loca.

Y así fue pasando el tiempo para Aminara y su amado hijo.

A medida que el niño iba creciendo, sus habilidades naturales también iban evolucionando, tanto que su madre sentía que no podía controlarlo y que seguramente, en algún momento, la gente del pueblo se daría cuenta de que no era normal.

A los doce años, Gabriel comenzó a experimentar el despertar de cierta fuerza extraña y, a la vez, emocionante en su cuerpo. Entonces, cuanto más la descubría, más quería ponerla a prueba.

—Mamá, mamá, ¡ven rápido!

Aminara dejó lo que estaba haciendo y fue corriendo a verlo al amplio jardín que tenían detrás de su casa.

—¿Qué sucede, Gabriel?, ¿estás bien? —gritó asustada.

Cuando llegó hasta él quedó atónita por lo que estaba viendo y todo su cuerpo se paralizó. Con voz sorprendida y temblorosa dijo:

—Hijo, pero... ¿qué estás haciendo? —preguntó al ver que el niño estaba levantando una roca gigante solo con sus manos.

—Mira, mamá, la fuerza que tengo. Ni siquiera me siento cansado, y eso no es lo único que puedo hacer; también puedo dar grandes saltos hasta el cielo y correr muy rápido, mira...

Gabriel le mostró a su madre sus grandes habilidades.

—Mami, ¿todos los niños de mi edad pueden hacer esto que hago yo?

Entonces, sin poder quitar el asombro de su cara, Aminara le dijo:

—Vamos, deja eso y metámonos a la casa. Tenemos que hablar.

—Sí, mamá —respondió, como pensando que había hecho algo malo.

Ya en la casa, le sirvió un vaso de leche y unas galletas.

—Hijo, escúchame bien: nunca, pero nunca, le digas a nadie lo que puedes hacer, ni cuentes tus habilidades, porque pueden asustarse. No lo entenderían y podría causar gran alboroto en la ciudad, ¿entendiste? —Al ver que no respondía, le volvió a preguntar, pero con un tono más firme—: ¿Entendiste? ¡Contesta! ¡Oh, no! ¿No me digas que ya se lo has dicho a alguien? —le preguntó, agarrándose la cabeza.

—Lo siento, mamá, es que...

—¿A quién se lo dijiste? ¡Dímelo ya!

—Estoy tratando de decírtelo, pero no me dejas —respondió Gabriel.

—¡Habla! —insistió su madre.

—Yo estaba en la escuela cuando en la hora de descanso me llamó la atención una niña muy extraña que estaba sola y alejada de los demás. Sostenía en sus manos una piedra. Me acerqué y le pregunté qué hacía. Sin darse la vuelta, me dijo que no hacía nada. Yo le pregunté su nombre y me preguntó: «¿Tú crees que esta roca se siente sola en este mundo?». Yo le respondí que no lo creía, que solo era una piedra. También le dije que me llamaba Gabriel. Ella respondió: «Te felicito. Ahora, déjame sola». Entonces, levanté una roca un

poco más grande del suelo y le dije que era solo una piedra, la rompí y me fui, pero en eso que me iba me gritó su nombre, Uriel. Nos hicimos amigos y me pidió que le mostrara mi fuerza, así que lo hice.

—Hijo, entiendo que te haya dado pena esa niña, pero ¿por qué lo hiciste?, ¿no ves que puede contárselo a alguien y que eso nos traería problemas? Quiero que te alejes de ella y, si te pregunta algo, dile que no puedes verla más y que estás enfermo.

—Pero, mamá, no me duele nada... Tú me has enseñado a no mentir. Además, no puedo decirle eso porque ya la invité a que viniera hoy. Bueno, en realidad ella se invitó sola, pero yo acepté.

—¿¿Qué??, ¿cómo se te ocurre? ¿Para qué quiere venir?

—Porque ella es como yo, mamá.

—¿De qué me estás hablando? ¿A qué te refieres? —preguntó la madre.

—¡Ella puede volar! Me va a enseñar a hacerlo también y me va a mostrar otras de sus habilidades.

—¡Esto no puede estar pasando! No puede ser... ¿A qué hora viene?

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad, mamá? ¿Qué es lo que me tienes que decir?

—Cuando ella venga, hablaremos.

—Está bien, mamá —aceptó Gabriel.

En ese momento, un viento extraño comenzó a meterse a la casa, una energía muy poderosa que sorprendió en gran manera a Aminara y la hizo sentir un fuerte temblor en su cuerpo.

—Pero ¿qué es esto que estoy sintiendo? —murmuró.

—No te asustes, mami, ella es Uriel.

—¿Pe-pero dónde está?

Entonces, oyó una voz tras ella:

—Hola, señora, ¿qué tal? Aquí estoy, detrás de usted. ¿Le gustó mi presentación? Quería sorprenderla.

—Hola, Uriel —dijo Gabriel, contento.

—¡¡Ahh!! —gritó Aminara con susto—. Pero, niña, ¿cómo se te ocurre aparecer así? ¿Acaso quieres matarme del susto? Ahora, dime: ¿cómo has hecho eso? He sentido cómo una especie de fuerza me paralizaba y me hacía temblar.

—¿Mamá, estás bien?

—Perdón, señora —se disculpó Uriel, sonriendo—, por presentarme así. Solo quería mostrar lo que puedo hacer. Me llamo Uriel por mis habilidades de

nacimiento y vivo en el pueblo oeste. Entonces, ¿qué le pareció?

—¡Increíble! —respondió Aminara emocionada—. Ven, siéntate, niña. Me imagino que nadie más conoce lo que puedes hacer, ¿verdad? ¿Sabes que podría ser peligroso si alguien se llegara a enterar?

—No se preocupe, señora, nadie lo sabe. En mi casa me enseñaron a esconderme, pero desde que conocí a su hijo me he sentido muy bien porque puedo mostrarle lo que puedo hacer. Ahora también puedo mostrárselo a usted; así no nos sentimos tan solos.

—Espera, ¿por qué dices «nos sentimos»? Hablas de mi hijo, me imagino.

—Sí, de Gabriel y de un amigo que vino conmigo —dijo Uriel, riendo.

—¿Qué amigo? Yo no lo veo —dijo Gabriel, extrañado.

—¿De qué estás hablando, niña? Explícate —pidió Aminara. Después, murmuró entre dientes—: Ay, esta niña ya se volvió loca.

—No, señora, no estoy loca. Él está aquí ahora. —Y dirigiéndose al aire dijo —: Rafael, deja de esconderte y muéstrate. No te hagas más el misterioso.

—Uriel, arruinaste mi gran entrada —dijo un chico, mientras aparecía frente a todos—. Hola, señora. Hola, Gabriel. Mi nombre es Rafael y vengo del pueblo norte de Portcan.

—Esto no puede estar pasando —murmuraba Aminara sorprendida, mientras le temblaba el cuerpo—. ¿Cómo es que algo así es posible?

—Hola, Rafael —saludó Gabriel—. Es increíble conocerte, explícame cómo hiciste eso, por favor.

—Bueno, pero luego de que comamos algo, porque me estoy muriendo de hambre.

—Gabriel, creo que tu mamá se va a desmayar —señaló Uriel.

Aminara estaba pálida por todo lo que estaba viendo.

—¿Mamá, estás bien? Ven, siéntate. ¿Quieres agua?

—¡Tú siéntate ahora mismo! ¡Y ustedes dos también! —exclamó la madre.

—Sí, señora —respondieron todos.

—Tú, niña... Uriel, o como sea que te llames, dime: ¿cómo obtuviste tus poderes y desde cuándo lo sabes? No, deja, no me expliquen nada, que ya no tiene sentido. Lo que sí quiero que me digan es si hay más como ustedes. Me refiero a otros niños que tengan habilidades especiales y quiero que me digan la verdad.

—Bueno, señora, no estoy seguro —dijo Rafael—. Todavía no sé usar muy bien las mías.

—Bueno, ahora escuchen bien lo que voy a decirles. Hubo una época en la que

en Portcan nacían niños con grandes poderes y, cuando eso sucedía, eran elegidos por el rey. Luego, el Patriarca enviaba a sus mensajeros a buscarlos cuando cumplían la edad de trece años y se los llevaban a Arcan, donde pasaban a formar parte de los soldados más poderosos de aquella ciudad. Ellos nacían porque entonces existía un propósito muy grande y trascendente y, luego de haberse cumplido, nunca más volvió a suceder. Eso fue hace más de trescientos años, hace tanto que muchos lo han olvidado, tal vez todos, y nadie habla del tema. Por eso, si ustedes están aquí es porque algo grande está por suceder; aun así, me llama la atención que no hayan aparecido los mensajeros del Patriarca.

—¿Lo que usted nos está diciendo es que somos los elegidos para algo grande? —preguntó Uriel.

—¿Somos los elegidos? Pero ¿para qué? —se extrañó Rafael. —Pero, mamá, ¿estás segura?

—¡A ver! Déjenme pensar. Por el momento nos esconderemos. Sí, eso haremos. Los arcanianos ya los tendrían que haber detectado, pero por alguna desconocida razón eso no pasó, por lo que les pido de corazón que no se muestren a nadie más. ¿Entendido? —Hizo una pausa y continuó—:

Aliméntense bien ahora y vayan cada uno a su casa. Mañana vengan temprano; entrenarán para perfeccionar sus habilidades y volverse más fuertes. Si esto está sucediendo, seguro que es un mensaje de nuestro rey.

—¿En serio? ¡Genial! —exclamó Uriel.

—Señora, usted es grandiosa —dijo Rafael.

—Te amo, mamá —murmuró Gabriel.

—¡Sí, sí, ya! Ahora, hagan lo que les digo.

En ese momento, los niños quedaron tan emocionados que no pudieron dormir, pensando en volverse más fuertes. El tiempo fue pasando y seis meses más tarde...

Aminara buscó entre sus archivos guardados alguna información que pudiera ayudarla a entrenar a esos niños. Ella sabía que había una leyenda de un hombre que vivía fuera de las ciudades, llamado Daniel, que era un gran maestro y muy poderoso. Solo debía buscar el camino que los llevara hacia él. Se decía que su casa estaba en un lugar oculto y prohibido.

No había podido dormir buscando la respuesta a este mensaje oculto en la aparición de esos niños y sus habilidades. Ella sabía que algo no estaba bien y tenía que averiguar qué era, así que se fue a casa del anciano sacerdote conocido del pueblo, pensando que tal vez él pudiera saber algo. Muchos le

buscaban diariamente para que aclarara sus dudas y les aconsejara. Su nombre es Qubel y era de edad muy avanzada. Había vivido la era de la recolección. Aminara, al llegar a su morada, llamó a la puerta. Un joven extraño salió a recibirla:

—Me imagino que viene a ver al anciano.

—Así es. Si es posible, me gustaría hablar con él, porque es algo urgente.

—No creo que tenga problemas en recibirla, pues a su edad solo se la pasa descansando, así que ahora mismo iré a buscarle. Si gusta, puede pasar y esperar aquí, por favor.

—Está bien, niño, muchas gracias.

El joven fue a buscarle a su lugar de descanso. Cuando vio al anciano, le dijo:

—Anciano, hay una mujer preguntando por usted en la sala y dice que es muy importante.

—Me imaginaba que este día llegaría en algún momento. Ahora mismo voy, ya estaba listo.

—Pero, anciano, ¿de qué está hablando? —inquirió el joven, extrañado.

—Es sobre... —Entonces, se interrumpió y le preguntó—: Pero ¿qué haces? ¿Por qué no estás trabajando? Ve a terminar lo que estabas haciendo.

—Mmm, está bien.

El anciano salió a recibir a la mujer a paso lento y, como sabiendo el motivo de su visita, le dijo:

—Sabía que vendrías en algún momento. ¿Cómo estás?, ¿y tu hijo?

—Justamente venía a hablarle sobre eso, sobre mi hijo. Usted sabe que, desde que nació, no se ha comportado como un niño ordinario y, ahora que ha crecido, la evidencia es mayor.

—Mujer, cuando lo trajiste al nacer, yo lo supe y te dije que algún día cuando creciera vendrías a mí. Veo con agrado que tal día ha llegado. Pero escúchame: ha pasado mucho tiempo desde la última recolección y sorpresivamente dejó de suceder; ya ningún niño volvió a mostrar indicios de poder alguno hasta que vi a Gabriel. Entonces, sentí como si todo hubiera vuelto a la normalidad, pero sé muy bien que no...

En ese momento, Aminara le contó lo que había sucedido con todo lujo de detalles, sabiendo que si esto estaba pasando era porque algo grande estaba por venir. Entonces, le consultó sobre qué era lo que tenía que hacer. El anciano comenzó a temblar y le dijo que lo acompañase hasta la biblioteca de su casa. Aminara se desesperaba de los nervios.

—Por favor, anciano, dígame qué está pasando...

—Estoy buscando un mapa. Esto es algo muy grande.

—¿Usted se refiere al mapa o a la situación?

—A la situación, hija. Escúchame bien, debes llevar con urgencia este mapa a los niños y decirles que vayan lo antes posible hacia el lugar marcado; es algo que deben hacer.

—¿Qué? ¿Está usted loco? ¿Cómo voy a enviar a esos niños a un lugar desconocido? ¿Quién sabe qué cosas habrá allí? Además, uno es mi hijo y no pienso dejarlo ir.

—Créeme que te entiendo, mujer, pero debes saber que la recolección terminó por decisión del Patriarca y no del rey, y eso me dice que no es algo para nada bueno. No hemos tenido acceso al rey desde entonces, así que estoy seguro de que este es un mensaje que él nos quiere hacer llegar y por eso debes hacerlo. Además, no debes preocuparte por ellos ni por tu hijo, porque, si esto es lo que pienso que es, no tendrán ningún problema. Tú vienes de una familia de guerreros, así que sabes bien cómo es esto. Además, voy a enviar a Sariel con ellos.

—¿Sariel? ¿Y ese quién es?

—Es el joven que vive aquí en este pequeño templo. Aunque solo es un poco mayor que Gabriel, no solo ha estado aquí sirviendo, sino también aprendiendo y entrenando; yo mismo me aseguré de que se volviera muy fuerte y no sabes cuánto ha progresado.

—¿Qué? —exclamó Aminara—. No me diga que él también es...

—¡Así es! Cuando nació fue entregado por sus padres para servir al rey y fue puesto a mi disposición. Desde entonces, he estado preparándole para este momento, pero ahora ya no hay nada que yo pueda enseñarle, así que es tiempo de que vaya con el legendario maestro; estoy seguro de que tú también sabes que existe.

—No puedo creerlo... Esto quiere decir que...

—Ya no hay tiempo que perder, solo para aceptarlo. ¡Sariel, ven aquí!

¡Ya estoy listo para partir, anciano! —anunció el joven Sariel.

—¿Acaso tú ya lo sabías? —preguntó Aminara.

—Sí, el anciano me preparó para este día.

—Sariel, toma este mapa y ve con ella. Busca a los demás niños y salgan con urgencia hacia el punto indicado. Cuando vean a Daniel, díganle que Qubel los envía; él sabrá qué hacer.

—Como tú digas, anciano y padre. Muchas gracias por enseñarme todo lo que sé hasta ahora; nunca lo olvidaré. Por favor dícales a mis padres que los

quiero.

—Está bien, hijo, solo hice lo que se me había encomendado. Prepárate para esta nueva etapa que comienza para ti con tus nuevos amigos y compañeros.

Cuida de ellos y aprende a su lado. Nunca olvides que tienes un propósito.

—Dé por hecho que así será. Hasta pronto... ¡Vámonos, señora!

—Está bien, vamos. Muchas gracias, anciano. Solo espero que tenga razón.

—Vayan en paz.

Capítulo II

De regreso a casa, Aminara no dejaba de pensar en todo lo que estaba aconteciendo y Sariel, dándose cuenta, le preguntó en el camino:

—Señora, ¿está usted bien?

Pero ella no lo escuchaba y solo caminaba sin detenerse. Sariel volvió a preguntarle, pero ahora con un tono de voz más alto:

—Señora, ¡¿está usted bien?!

—Mmm, sí, perdóname, estoy bien. Ya falta menos para llegar a casa.

—¿Sabe? El anciano me contó que su hijo Gabriel, al nacer, era muy distinto a los otros niños, pero usted no se ha sorprendido mucho con eso, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso?

Al mirar a Sariel, pudo ver y sentir una fuerza sobrenatural que se reflejaba en sus ojos y un aura tremenda que lo rodeaba. Él le sonrió y le dijo:

—Señora, usted no es una mujer ordinaria y eso pude saberlo desde que la vi...

—¿Cómo? ¿Por qué lo dices?

—Es lo que dijo el anciano —respondió Sariel—. Usted viene de una familia de guerreros, así que imagino que su hijo debe de tener grandes habilidades. Déjeme decirle que eso me emociona mucho.

—Pero... ¿qué clase de niño eres tú?

—Aún no lo sé —respondió Sariel sonriendo.

—¿Qué niño más extraño —murmuró Aminara. Después, más alto, le dijo—: Bueno, te contaré un secreto: cuando yo era más joven, era una guerrera destacada y estaba en las fuerzas del ejército, pero nada más.

—Me lo imaginaba. En Portcan no he visto a personas como nosotros; por eso, me alegro de conocerla.

—A mí no me alegra tanto, pues me preocupa que desde hace tiempo siento algo extraño y no sé qué es. Bueno, ya hemos llegado, entremos a la casa, rápido.

Entrando en la casa buscaron a los demás niños para indicarles todo lo que debían hacer.

—Vengan, niños, quiero presentarles a alguien. Él es Sariel.

—Hola a todos —se presentó el chico—. Me llamo Sariel y vengo del norte de Portcan. Me pone muy contento conocerlos.

—Soy Rafael, ¡bienvenido!

—Bienvenido, me llamo Uriel.

—Bueno, yo soy Gabriel, bienvenido a mi casa, que también ahora es la tuya.

—Muchas gracias a todos.

Entonces, intervino Aminara:

—Muy bien, ahora escúchenme todos: todavía no sabemos qué está pasando, pero seguro que no es algo normal. Sariel tiene un mapa que los llevará donde vive un antiguo guerrero o algo así. Su nombre es Daniel y se dice que vive en un gran valle oculto. Deben ir allí a buscarlo. Por el momento, no se me ocurre nada más que hacer y, tal vez, él sepa con seguridad lo que está sucediendo.

También puede enseñarles a usar sus dones. —Entonces, girándose hacia su hijo, le dijo—: Hijo mío, te has convertido en un hombre y tengo que aceptarlo, aunque me duela. Ya es hora de que conozcas tu propósito y, si este es un mensaje de nuestro rey, debemos aceptarlo y hacer lo que nos dice. Quiero que ahora se alimenten bien y que descansen, pues mañana emprenderán un largo viaje, ¿está claro?

Todos los niños, con alegría y emoción, hicieron caso a Aminara.

—¡Sí, señora!

Al día siguiente, muy temprano, cuando llegó la hora de partir rumbo al valle escondido, los jóvenes estaban listos para salir en su primera aventura a ese lugar desconocido y misterioso. No se imaginaban las cosas que los esperaban ni lo que se encontrarían en su camino.

Aminara les había preparado las provisiones para su viaje y les enseñó todo lo que debían comer de la naturaleza y lo que no. De pronto, Rafael dijo:

—Alguien viene.

—¿Cómo? —se asustó Aminara.

¡Toc, toc, toc! Se escuchó con fuerza cómo alguien llamaba a la puerta.

—Puedo sentir una fuerte energía —dijo Sariel.

—Yo también —respondió Rafael.

—Pero ¿cómo? —Aturdida y preocupada, Aminara dijo—:

Mejor iré a ver.

Al abrir la puerta, había una mujer junto a un niño de la misma edad que los otros. Aminara, sorprendida, preguntó: —Hola, ¿se le ofrece algo?

La mujer le dijo:

—Hola, disculpe mi intromisión, usted debe de ser la dueña de esta casa. Espero haber llegado a tiempo.

—¿A tiempo de qué? Y, perdón por preguntarlo así, pero ¿quién es usted y qué quiere?

—Perdón por llegar sin avisar, mi nombre es Sefar. He traído a mi hijo Miguel y para no quitarle mucho tiempo iré al grano.

Aminara estaba sin palabras y no entendía absolutamente nada de lo que estaba sucediendo. Sefar continuó:

—Debo pedirle que permita a mi hijo acompañar al suyo hasta el gran valle oculto, por favor.

—¿Qué? ¿Cómo es que usted...?

—¿Cómo es que lo sé? Tuve un sueño sobre algo terrible mientras estaba embarazada: había fuego y muerte, y pude ver a jóvenes peleando en una batalla. Uno de ellos era mi hijo, que aún no había nacido, y cuando di a luz supe que era él. Entonces, fui a ver al anciano y él me dijo que cuando creciera hasta la edad de doce años debería ir a verle. Cuando fui, me dijo que viniera aquí con usted.

Aminara estaba atónita por lo que acababa de escuchar, así que los dejó pasar a su casa sin hacer más preguntas.

—Hasta aquí llego yo —dijo Sefar—. Esta era mi misión y ya la cumplí. —Entonces, hablándole a su hijo dijo—: Escúchame, Miguel, acuérdate de lo que hablamos, ¿vale? Recuerda que tienen una misión. Estoy segura de que es el rey quien la encomienda, así que, por favor, cumple con este mandato.

—Sí, madre, así lo haré.

Entonces, Sefar se dirigió a Aminara:

—Señora, me da gusto haberla conocido. Sé que usted también está cumpliendo con su misión y se lo agradezco muchísimo. No se preocupe porque también he visto a su hijo y a los demás niños en mi sueño; créame, es algo sorprendente. Soy muy feliz, así que me retiro. Hasta pronto, hijo, te amo.

—Mmm —respondió Aminara, dubitativa—. Eh, está bien. Adiós.

—¡Adiós, madre!

Aminara, que no paraba de caer en el asombro, llevó a Miguel con los otros

niños para presentarlos. Entonces, todos quedaron en silencio.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Rafael.

—¿Por qué siento esta presencia? —inquirió Sariel.

—El es Miguel y también irá con ustedes —explicó Aminara.

—Así es, me llamo Miguel y me da mucho gusto conocerlos.

—¿De dónde eres?

—Pareces un niño ordinario, pero algo me dice que no lo eres —señaló Uriel.

—Claro que no lo es —puntualizó Sariel.

—Bueno, dejen ya de estar mirándolo. Lo importante es que ahora somos cinco los que vamos. Bienvenido, Miguel, yo soy Gabriel y ellos son Sariel, Uriel y Rafael. ¿Estás listo para ir con nosotros?

—¡Sí! Por supuesto que sí.

—Entonces será mejor que nos vayamos —Apresuró Uriel.

—Es tiempo de irnos, mamá.

—Hijo mío, nunca te rindas.

Todos se despidieron de Aminara y emprendieron su viaje a lo desconocido.

Capítulo III

Así comenzó el andar de estos cinco jóvenes que creían en la misión que se les había encomendado. Era un largo trayecto el que tenían que realizar para llegar a aquel valle oculto, pero estaban tan entusiasmados que eso era lo de menos, porque para ellos era una aventura increíble.

Sariel se convirtió en el guía del grupo, ya que él tenía el mapa y sabía cómo leerlo; Rafael se encargaba de buscar el agua y la comida; Uriel les enseñó la habilidad de volar por los cielos; y Miguel y Gabriel ayudaban en todo.

Habían pasado ya noventa días desde su partida y, según lo que marcaba el mapa, no habían llegado ni siquiera a la montaña que indicaba la mitad del camino, aunque a lo lejos era visible para ellos.

Los días pasaban y el lazo de amistad que los unía era cada vez más fuerte entre ellos; podían conocer más de cada uno, su vida, historia, gustos y sueños. Sin darse cuenta, aumentaba su fuerza y su poder.

En un momento, Sariel y Rafael sintieron una extraña energía, por lo que decidieron adelantarse para investigar de dónde provenía.

—Escuchen, hay una especie de energía poderosa más adelante, pero no puedo identificar qué es exactamente, así que estén preparados —avisó Rafael.

—No me digas que tienes miedo —dijo Uriel riendo—. Si quieren, yo iré delante para protegerlos, niños de mamá.

—Seguro que moriremos antes con la comida que nos das...

—¿Qué dijiste?

—¡No! ¡Nada, nada! —respondió Rafael.

Todos reían. Gabriel intervino:

—Bueno, entonces vamos a ver qué es. ¿Dónde exactamente?

—Es un poco más adelante.

—Sí, justo donde el mapa marca el río; sea lo que sea debe de venir de ahí —puntualizó Sariel.

—Vamos, entonces —dijo Miguel.

Llegando al río pudieron notar que no era uno cualquiera, sino uno bastante grande, y que había que cruzarlo obligadamente.

—Es bastante ancho y parece profundo, así que sugiero que volemos por encima y listo. Así, de paso ponen en práctica lo que les he enseñado — propuso Uriel.

Todos aceptaron la sugerencia de Uriel y comenzaron a cruzarlo por aire, teniendo en cuenta que hacía muy poco habían aprendido a usar esa habilidad. No eran tan veloces como ella. De repente, una incontrolable presión los atrajo hacia abajo y el único que pudo ver qué era el causante fue Rafael, quien poseía la habilidad de ver lo oculto.

—Pero ¿qué es eso?

—¿Qué sucede, qué viste? —preguntó Miguel.

—Puedo sentir un gran poder —intervino Sariel.

—Es una especie de espíritu en el río, puedo verlo —dijo Rafael.

—¿Un espíritu? —preguntó Uriel.

—Hay que cruzar ya o nos caeremos al agua.

Un estruendo salía de las profundidades, como si fuera una voz potente.

Mientras luchaban por no caer, sus cuerpos se volvían cada vez más pesados y, sin poder sostenerse más, cayeron como grandes piedras. Sorpresivamente, Miguel creó un escudo en forma de burbuja gigante a su alrededor para que ninguno se ahogara.

—Miguel, ¿cómo hiciste eso? ¿Cómo no nos dijiste antes que podías hacer algo así? —preguntó Rafael.

—No lo sé, solo imaginé lo que quería.

Y las tensiones se aliviaron con un momento de risas entre ellos.

—Qué gran imaginación, eres genial —dijo Sariel.

—Bueno, pensemos cómo salir de aquí. ¿Puedes hacerla subir? —preguntó Rafael.

—Hay mucha presión —respondió Miguel.

—Eso no es problema para mí —dijo Uriel—. Miguel, mantén la burbuja estable y haré que nos elevemos hasta arriba.

—Como tú digas.

Uriel comenzó a elevar la burbuja hacia la superficie, pero, de repente, una luz en el agua comenzó a rodearlos y de la luz salió una voz que decía: «Yo soy el espíritu del río. ¿Ustedes quiénes son y qué buscan en mis dominios?

—¡Eras tú! No queremos nada contigo, solo queríamos cruzar y nos atrapaste, así que será mejor que nos liberes o ya verás.

—¡Uriel! Tenemos que ser más amistosos —dijo Gabriel.

—Qué valor tienes, niña. Estando en esa situación, te atreves a amenazarme.

—No siento que esté en una situación de peligro —respondió Uriel—, y tú todavía no has visto lo que soy capaz de hacer, así que no me provoques.

—Es cierto, no creo que usted quiera verla enojada. Déjenos cruzar y nos iremos —dijo Rafael.

—Veo que no hay mentira en sus palabras. ¿A dónde quieren ir?

—Necesitamos llegar al valle escondido; por favor, libérenos —pidió Miguel. El espíritu del río se quedó mirando a Miguel y, al ver la determinación en sus ojos se convenció de que no eran enemigos.

—Está bien, los dejaré libres para que puedan ir donde quieren, pero déjenme advertirles que para llegar al valle escondido deben cruzar la montaña de fuego, donde se encontrarán con fuerzas superiores y deberán enfrentarse a ellas porque pondrán a prueba su mente y corazón.

—Se lo agradezco mucho. Ahora, sácanos, Uriel.

—Está bien.

Y así lograron salir del profundo río y se dispusieron a continuar su camino usando la habilidad de volar.

—Qué bien, ahora me siento liviano otra vez —señaló Rafael.

—Aunque hemos perdido mucho tiempo —respondió Sariel, preocupado.

—Tienes razón, debemos recuperar el tiempo perdido, ¡volemos a toda velocidad! —dijo Uriel.

Siguiendo su camino por aire rápidamente, no dejaban de pensar en lo que les había dicho el espíritu del río sobre la montaña.

—Debemos estar preparados para lo que nos esté esperando en ese lugar —dijo Sariel.

—Yo pienso que es positivo, porque va a servirnos para nuestro entrenamiento. Solo hemos practicado por nueve meses hasta ahora y nos hemos vuelto muy fuertes, así que no debemos temer a nada —dijo Uriel.

—Es cierto. Además, estamos juntos y eso nos vuelve temibles —señaló Rafael.

—Tienen razón, tenemos que seguir —los animó Miguel. Habían pasado poco más de tres meses desde que emprendieron el viaje al valle oculto y los jóvenes habían vivido muchas experiencias nuevas. Por fin, llegaron a la mitad del camino marcado en el mapa.

Al adentrarse, conocieron por primera vez lo que era el frío extremo y la nieve, pero gracias a que Miguel podía crear un escudo que los protegía de

todo pudieron sobrevivir.

—Creí haber escuchado al espíritu del río decir que esta era la montaña de fuego —dijo Gabriel.

—Es verdad, eso nos dijo, pero este frío casi nos mata —respondió Rafael.

—Deberíamos regresar y darle su merecido por habernos engañado... — exclamó Uriel, enfadada.

—Ya no hay tiempo para eso, tenemos que seguir —señaló Miguel.

El frío era tan poderoso que comenzó a congelar todo a su alrededor y una poderosa presencia estaba en el lugar.

—Oh, no, otra vez —dijo Rafael.

—¿Qué sucede? No me digas que...

Y una potente voz pudo oírse en la tormenta:

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí? ¡Váyanse!

—Lo siento, pero no podemos hacer eso, necesitamos cruzar —dijo Miguel.

—Yo soy el guardián de este lado de la montaña y nadie puede pasar sin la autorización del rey o del Patriarca. Si insisten, morirán.

—Lo siento, pero tampoco podemos morir aquí —respondió Uriel—. Te lo advierto, será mejor que te apartes de nuestro camino.

—¿Y quién te crees tú para amenazarme?

—Yo soy Uriel y tú jamás podrás matarnos, así que o nos dejas pasar o te pesará.

El espíritu pensó: «Esta niña tiene una determinación que es de temer, pero, aun así, quiero ver qué puede hacer».

—Oye, niña, tú quisiste esto. Ahora conocerán mi furia.

La tormenta comenzó a crecer más y más, congelándolo todo.

—¡Miguel, ahora! —gritó Rafael.

—¡Escudo de luz!

—¡Debo ser capaz de contrarrestar esa tormenta! —dijo Uriel.

—Pero ¡cómo lo harás?! —preguntó Sariel.

—¡Solo tengo imaginar lo que quiero, algo que sea más fuerte que esa tormenta! Un huracán...

—¡Increíble! —gritó Gabriel—, es como si estuvieras generando un fuerte viento a nuestro alrededor que se hace más fuerte.

—¡Sigue así, Uriel! —la animó Miguel.

—¡Lo tengo! ¡Lo que quiero es un huracán relampagueante!

Uriel fue capaz de crear un poderoso huracán que, además, expulsaba relámpagos desde su interior arrasando con todo el frío y el hielo que los

amenazaba, ante la sorprendida mirada de todos.

—¿Qué?! —exclamó el espíritu—. ¿Cómo es posible que esa niña haya creado ese huracán tan poderoso y que, además, salgan relámpagos de él? ¡No puede ser!

El espíritu de la tormenta fue duramente golpeado por el ataque de Uriel haciendo cesar el frío y el peligro.

—Solo puedo decir que esto es solo el resultado de mi descuido; sin embargo, no me apetece seguir con esta lucha, así que aprovechen que me voy a descansar...

—¿De qué estás hablando? —preguntó Uriel.

—No importa Uriel —respondió Miguel—, es nuestra oportunidad de pasar.

—¡Se lo agradezco mucho gran espíritu! —gritó Gabriel.

—¡Espera! —intervino el espíritu—. Parece que tu nombre es Uriel. Antes de que te vayas quiero darte algo que te pertenece desde ahora y que solo tú puedes controlar. Ha estado oculta aquí desde que fue forjada.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Uriel.

Una espada salió de un gran torbellino.

—¡Parece una espada! —gritó Miguel.

—Es la espada relámpago —explicó el espíritu—, igual que tú lo eres, y creo que ha estado aquí siempre esperando a alguien digno de portarla. Estoy convencido de que tú eres la indicada, así que úsala para la justicia y al servicio del rey. Une tu corazón a ella y te corresponderá con todo su poder.

—¿Qué? No puedo creerlo. Confía en mí, la usaré bien. —Asombroso —susurró Gabriel.

—Me he quedado paralizado, no creí que algo así existiera

—dijo Miguel.

—¡Sí! Y mucho menos yo —murmuró Uriel.

Todos agradecieron al espíritu de la tormenta que los dejara pasar y se fueron. Una prueba muy difícil había sido superada trabajando en equipo y confiando los unos en los otros. Cada experiencia vivida confirmaba la misión que se les había encomendado, y así avanzaban con la idea de llegar cuanto antes con el antiguo guerrero. Sin darse cuenta, su fuerza aumentaba misteriosamente.

Ya casi estaban en la cima de la montaña y, por lo que sabían,

les quedaba menos camino por recorrer. Sus caras no escondían para nada la emoción y la alegría que había en sus corazones. Al llegar, se encontraron con lo que parecía ser un volcán a punto de hacer erupción, que lanzaba rocas y fuego en todas direcciones, lo que hacía casi imposible cruzar. Y, por supuesto, ni hablar de darse la vuelta. Ellos sabían que faltaba menos y no iban a darse por vencidos ahora.

—El calor de este volcán es impresionante. Esta debe de ser la montaña de fuego de la que nos habló el río —dijo Sariel. —Por lo visto, esto no será nada fácil —contestó Rafael.

—Ay, niños, ¿no me digan que tienen miedo? —los acusó Uriel.

—Podríamos intentar volar por encima, pero... —Miguel se interrumpió.

—Pero nos haría pedazos —concluyó Gabriel—; además, tal vez nos pase lo que en el río. Creo que lo mejor será que usemos una vez más ese extraño escudo tuyo y, a la vez, intentemos volar sobre él.

—Tienes razón, amigo. Aunque es muy arriesgado, debemos intentarlo.

Y así fue cómo este grupo de amigos y guerreros decidieron cruzar juntos por encima del ardiente magma, aunque no fuera tan fácil como parecía.

Todos se juntaron mientras Miguel hacía un gran esfuerzo creando el escudo a su alrededor. Colaborando, entre todos moverían la burbuja por el aire hasta el otro lado.

Todo parecía ir bien hasta que la fuerza de la gravedad comenzó a succionarlos hacia abajo...

—¿¡Pero qué...!?

—¡Temo que, si no nos apresuramos, caeremos! —gritó Sariel.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Miguel.

—¡No puede ser, es un remolino! —gritó Gabriel.

—Y no solo eso, sino que está hecho de lava ardiente —dijo Sariel.

En ese momento, la montaña comenzó a arder más y más. A pesar de estar cubiertos por la barrera invisible de Miguel, se podía sentir el fuerte calor y todas sus consecuencias. De repente, el fuerte remolino los absorbió rápidamente a las profundidades del magma y solo fue cuestión de tiempo para todos y cada uno de ellos comenzar a debilitarse y sentir la falta de oxígeno. Ya sin fuerzas para elevarse y salir de ese mar de fuego líquido, Miguel sabía que no podría mantener más tiempo su escudo.

—Amigos, no creo que pueda sostenerlo más, la presión es demasiada.

—No te preocupes, tal vez este fuera nuestro destino —se resignó Gabriel.

Miguel, al ver que todos sus compañeros perdían el conocimiento, sintió una profunda impotencia y, a punto de rendirse mientras el fuego hacía todo por entrar y sus ojos cansados se cerraban poco a poco con piernas endebles, un pequeño resplandor apareció de la nada y comenzó a moverse rápidamente hacia él.

—¿Qué es eso? —dijo Miguel—. Es como algo brillante que viene hacia mí en medio de la lava. No puedo distinguir bien qué es. ¿Cómo es que ha penetrado el escudo sin dañarlo? ¡Pero si es un arco de fuego! No siento que vaya a hacerme daño. Tal vez si lo cojo con mis manos...

En ese instante, el objeto brillante que apareció en el magma penetró el escudo sin hacerle daño. Era un arco de fuego que se puso frente a Miguel. Entonces, este lo sujetó con sus manos fuertemente y sin quemarse hasta que todas sus fuerzas volvieron a él. Al tensar firmemente la cuerda, una flecha apareció y, en su mente y alma, sintió la certeza de lanzarla hacia arriba conjurando su fuerza, haciendo su escudo a la inversa con una palabra:

—¡Reversión!

Como una gran bola brillante en medio de un torbellino hacia el cielo, salieron despedidos, huyendo así de su falso destino, en el cual estaban por sucumbir. Sin embargo, la gran fuerza del alma jamás los dejó.

Una vez a salvo, alejados del gran volcán y con una brisa fresca de mañana, los jóvenes despertaron confundidos y sorprendidos con un Miguel sonriente, sentado en una piedra y relajado, que los esperaba.

—Ya era hora de que despertaran. Espero que hayan descansado bien.

—Pero ¿cómo es que estamos aquí? —preguntó Uriel—. Miguel, ¡deja de sonreír y dime qué sucedió!

—Bueno, es algo complicado de explicar, pero solo les diré que es temprano y que debemos continuar.

Después de esa respuesta, ya nadie hizo más preguntas, sino que se abrazaron y comenzaron a reír por la alegría misma de estar bien y juntos.

—Amigos, les tengo muy buenas noticias —anunció Sariel—: El valle

escondido está justo frente a nosotros y, como verán, es inmenso como un mar.

—Eso es excelente —dijo Gabriel—. Entonces, no perdamos más el tiempo y entremos en él.

Todos saltaban de alegría, ya que, al fin, después de diez meses de viaje y duras pruebas, habían podido llegar, aunque no todo iba a ser tan perfecto como esperaban, puesto que era tan grande como un mar y ahora su nuevo reto sería encontrar al antiguo guerrero en este laberinto.

Todos, decididos, se adentraron con gran confianza y siguieron su camino hasta que escucharon una voz de mujer muy extraña:

—¿A dónde creen que van? ¿No saben que este lugar está prohibido para cualquiera que pase sin autorización?

—¿Quién eres? —preguntó Gabriel.

—¿De dónde viene esa voz? No puedo verla —dijo Sariel.

—¡Muéstrate! —exigió Uriel.

—¡A todo aquel que ingrese a este lugar sin permiso solo le espera la muerte!

—continuó la voz.

—¿Eso que se escucha suena como alas o es mi imaginación? —preguntó Rafael.

—No entiendo cómo unos seres insignificantes como ustedes pudieron llegar hasta aquí —se rio la voz.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no sales y me lo dices a la cara, cobarde? —exclamó Uriel.

—Eso es justo lo que haré.

—¡Prepárense! —gritó Miguel.

Y, de entre los altos árboles, se pudo sentir el batir de grandes alas que bajaba hacia ellos y todos pudieron verla.

—Es un ¡serafín! —dijo Gabriel.

—¿En serio? —se sorprendió Sariel—. Nunca vi ninguno. ¿Cómo lo sabes?

—Yo tampoco los vi, pero mi madre me habló de ellos y de su aspecto.

—Miren sus ojos —señaló Rafael—: ¿Qué hará en este lugar tan lejos de su tierra?

—Tengan mucho cuidado —dijo Gabriel—; tienen fama de ser muy poderosos.

—Pero qué falta de respeto —se oyó la voz del serafín—. Ahora, díganme, ¿a qué han venido a este lugar?

—Vaya, qué bonitas alas tienes —dijo Uriel.

—¡Eh!

—Perdona nuestra intromisión —dijo Sariel—, pero no queremos tener una pelea innecesaria, solo hemos venido buscando al antiguo guerrero, pues nos dijeron que vive aquí. Tal vez podrías ayudarnos a encontrarlo...

—¿Ayudarlos? —preguntó el serafín entre risas—. ¿Acaso crees que el maestro recibirá personas como ustedes?

—¡Oye! ¿Quién te has creído para hablarnos así? ¿Acaso quieres pelear? —preguntó Uriel.

—Vaya, qué niña tan impulsiva.

—¿Maestro? —preguntó Gabriel—. ¿Dijiste maestro? Eso quiere decir que tú lo conoces. Por favor, hemos recorrido un largo camino solo para verlo a él.

—Así es —insistió Sariel—, dile que venimos en nombre del anciano Qubel.

—¡Ay, cállense ya! —explotó Uriel—. ¡Escúchame! No me importa quién seas, te lo diré claramente: hemos viajado casi durante un año solo para llegar aquí, agotados, con hambre y sed, así que nos llevarás con él por las buenas o por las malas, tú eliges.

—Eso me gustaría verlo —la retó el serafín.

—¿Ah, sí? ¡Ahora verás, prepárate a pelear! No me culpes si sales llorando.

—Está bien, estoy lista. Oye, ¿de dónde sacaste esa espada? ¿Cómo la obtuviste?

—¿Qué?, ¿esta espada? Me la gané, seguro que ahora estarás temblando, ¿no?

—¿Ganarla? No lo creo, seguro que la robaste —respondió el serafín.

—¡¿Qué?! Ahora verás.

Y, en medio de la discusión, otra voz pudo escucharse entre los árboles.

—¡Vaya! Me he quedado sorprendido. Remeiel, ¿no me presentas a tus nuevos amigos?

—¿Remeiel? ¿Ese es el nombre para un alado? —se burló Uriel.

Todos estaban sorprendidos por la aparición del serafín, cuando entonces apareció alguien más de entre los árboles, agitando sus enormes alas.

—¿Qué quieres, Rael? ¿No ves que estoy divirtiéndome un poco con estos niños?

—Otro serafín... —dijo Rafael.

—Remeiel y Rael... ¿Esos son nombres para serafines? —preguntó Gabriel.

—El maestro me mandó llamarte, Remeiel, es hora del almuerzo —dijo Rael

—. Trae a tus amigos también; si lo que quieren es verlo, no les hagamos perder más el tiempo.

—Bueno, síganme y los llevaré con el antiguo guerrero. —¡Excelente! —exclamó Miguel.

—Por lo menos no tuvimos que pelear con ellos —murmuró Sariel aliviado.

—¿Qué dices? —dijo Uriel—. Yo la hubiera derrotado, pero la salvó el otro sujeto volador.

—No creo que hubiéramos tenido mucha oportunidad con ellos; se puede sentir un gran poder —señaló Sariel.

—Tienes razón —dijo Rafael—, es como si estuvieran en otro nivel.

—Lo importante es que al fin hemos llegado, ¿no lo creen? —dijo Gabriel.

—Así es, finalmente hemos llegado al valle escondido —dijo Rafael.

—¿Vienen con nosotros o acaso van a seguir parlotando? —los apremió Remeiel.

Capítulo IV

Al fin, Miguel y sus amigos llegaron a la entrada de ese lugar oculto del cual les había hablado el anciano. Luego de haber andado tanto y de superar muchas pruebas se habían encontrado con dos serafines que, al parecer, conocían al anciano, puesto que le llamaban «maestro», aunque eso no era lo único sorprendente, ya que todo el lugar era distinto a lo que antes en su vida habían conocido.

Estaban emocionados por saber qué los esperaba y conocer su destino. Había sido un largo viaje, pero les había servido para conocerse a ellos mismos y para controlar sus habilidades.

—Déjenme advertirles que su viaje aún no acaba, así que no se relajen —dijo Remeiel.

—¿Qué? ¿Pero no es este el valle escondido? —preguntó Uriel.

—Sí que lo es, pero es solo la entrada y aún debemos ir hacia el centro.

Tengan en cuenta que es un lugar oculto; si fuera tan fácil llegar como ustedes lo hicieron, no tendría sentido su nombre, ¿no les parece?

—Y, por cómo lo dices, no queda nada cerca —dijo Rafael.

—Se ve que eres muy atento. Si nos damos prisa, seguramente lleguemos en poco más de siete días —puntualizó Rael. —Temí que dijeras eso —le respondió el chico.

—Entonces deberemos buscar dónde beber agua y alimentarnos —intervino Sariel.

—Pienso lo mismo; estamos muy cansados y ya no tenemos provisiones —señaló Gabriel.

—Yo necesito dormir un poco —suspiró Uriel.

—¡No! Si hacemos eso tardaremos treinta días en llegar —exclamó Remeiel.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? Eso es imposible, solo descansaremos un día como máximo —dijo Uriel.

—Debo decirles que aquí el ciclo temporal es totalmente distinto al del planeta, ya que ha sido alterado para un fin especial que no puedo decirles —explicó Remeiel.

—Así es. Como podrán notar, cuanto más avanzamos, el aire y la gravedad se

tornan más densos, por lo que volar se les hará más difícil y consumirá más energía. Debemos ir a pie y lo más rápido que se pueda —dijo Rael.

—¿Cómo es posible? —preguntó Rafael.

—Luego se lo explicaremos con más detalle. Ahora, si gustan...

—Entonces no hay que perder tiempo, hagamos un último esfuerzo —los animó Miguel.

—Vamos, espero que puedan seguir nuestro ritmo porque iremos a toda velocidad... ¡Andando! —exclamó Remeiel.

Inmediatamente Remeiel y Rael comenzaron a correr y a dar saltos a una supervelocidad, tanto que todos se quedaron con la boca abierta y su asombro fue grande. Sin embargo, no se rindieron y, reuniendo todas sus fuerzas, los siguieron.

—Son muy veloces, casi no puedo verlos —se lamentó Uriel.

—Debemos apresurarnos o los perderemos —dijo Sariel.

—Increíble —susurró Miguel.

—Ya decía yo, ellos están en otro nivel —intervino Rafael.

—No importa, no debemos detenernos —los animó Gabriel. —¡No me rendiré! —exclamó Uriel.

—Vaya, sí que son resistentes, eso me gusta —le dijo Rael a Remeiel.

—¡Puf! Aunque les llevamos mucha distancia, no se rinden...

Y así fue la carrera de siete días que libraron estos jóvenes, a toda velocidad y sin detenerse. Gracias a que no eran niños ordinarios, Rafael y los demás pudieron seguir el rastro de los serafines. Al mismo tiempo, estos quedaron muy sorprendidos al ver que los visitantes no se quedaban atrás ni desistían. Luego de haber esprintado sin parar durante cinco días, los serafines se detuvieron de improviso; los jóvenes, sin aliento, pudieron alcanzarlos al cabo de unas horas. Mientras trataban de recobrar el aliento, Miguel pudo ver en ellos cara de preocupación, por lo que no dudó en preguntarles:

—¿Sucede algo? ¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Miguel.

—Algo está pasando en el planeta y fuera de él —dijo Remeiel.

—¿Algo? ¿A qué te refieres con algo? —preguntó Rafael.

—Tal vez ustedes no puedan percibirlo, pero una energía que no habíamos sentido antes ha aparecido —dijo Rael.

—¿Qué clase de energía? Explicáte —exigió Uriel.

—No hay tiempo para explicarles; será mejor que lleguemos cuanto antes con el maestro. Vámonos —contestó Remeiel.

—Será lo mejor —convino Miguel.

Y, sin perder más tiempo, todos retomaron su camino.

Luego de todo lo recorrido, al fin llegaron al lugar indicado y pudieron ver una extraña casa al lado de un río que brillaba como el cristal, pero no podían mantenerse en pie, así que cayeron al suelo, desvanecidos.

—¡Maestro! Creo que tiene visita —dijo Rael.

Se escuchó una voz que decía:

—¿Visita?

Y de la casa salió un hombre que tenía un aspecto de gran autoridad y fuerza, muy distinto a cualquiera que hubieran visto antes.

Evidentemente, él era el antiguo al que habían venido a buscar. Su rostro reflejaba tranquilidad y templanza, como si nada le preocupara.

—Levántense, no sean irreverentes —los apremió Remeiel.

—Él es nuestro maestro, a quien ustedes querían ver con tantas ansias —intervino Rael.

—Ahora pueden decirle a qué han venido.

Entonces, el maestro se dirigió a los jóvenes y les dijo:

—Sean bienvenidos, ¿por qué me buscan?

—Señor, mi nombre es Sariel y hemos venido porque el anciano de Portcan nos ha enviado. Creo que usted lo conoce.

—¿De parte del anciano?

—Así es, él me dijo que le entregara esta carta, donde está lo que necesita saber...

—Permíteme leerla.

Querido Daniel:

Envío a estos jóvenes hacia ti porque lo que hemos temido se ha hecho realidad; el tiempo del final se acerca. Por eso te pido de corazón que los prepares para que puedan cumplir con el mandato del rey, pues ese es su destino. Los encomiendo a tu cuidado; eres el único que puede hacer este trabajo y, tal vez, sea la última cosa que te pida. Desde aquí te saluda tu amigo Qubel.

Al finalizar, el antiguo guerrero se quedó un momento en silencio y, luego, con una pequeña sonrisa, les dijo:

—Primero deben saber que mi nombre es Daniel. Desde ahora, ustedes me llamarán «maestro», porque he de enseñarles todo lo que necesitan saber.

Los jóvenes viajeros recibieron la gran noticia sin ocultar su alegría y comenzaron a abrazarse y a festejar, mientras se lo agradecían de rodillas.

—¡Muchas gracias, maestro!

—Escúchenme todos, ustedes han venido aquí con un propósito y una misión

muy importantes: proteger nuestro mundo y servir principalmente a nuestro rey. Deben saber que esto va a conducir a una guerra donde pondrán su vida en juego, pero este es su destino y es un camino sin vuelta atrás. Además, conduce a una muerte segura, así que la única manera de superarlo todo es volviéndose los más fuertes. Eso dependerá de ustedes, no quiero que lo olviden.

Todos se inclinaron en señal de obediencia y respeto.

—Maestro, antes de comenzar, mi nombre es Gabriel y quiero hacerle una pregunta, si me lo permite, sin ofenderlo.

—Habla.

—¿De dónde proviene usted? Su aspecto es muy distinto a nosotros y, a juzgar por su apariencia, no pertenece a Portcan ni a Serf.

Daniel había nacido en Arcan, cuyos habitantes superaban en altura al resto de habitantes.

—Mmm, está bien, te lo diré. Yo soy Daniel, nacido y proveniente de Arcan, la ciudad de los poderosos guerreros.

Al decir eso, un gran asombro los invadió a todos, ya que hacía cientos de años que nadie había visto un guerrero arcaniano de cerca y mucho menos estos niños.

—Desde la Antigüedad, mi misión siempre ha sido preparar a las fuerzas de Arcan al servicio del rey. Ya habrán conocido a mis dos aprendices, Remeiel y Rael; ambos son serafines y, también, son hermanos de sangre. Ellos están conmigo desde hace mucho tiempo y han aprendido todo lo que han podido; aunque creo que son bastante poderosos, aún no son comparables a un guerrero arcaniano de sangre pura, pero estoy seguro de que algún día lograrán superar a cualquiera, incluyéndome a mí, así que también quiero que ustedes lo hagan a partir de ahora y quiero que se cumpla. Ahora, quiero que ustedes dos me digan su nombre, tú y la niña —dijo refiriéndose a Miguel y a Uriel.

—Mi nombre es Miguel.

—Yo soy Uriel, señor.

—Algo que me sorprende es que llevan con ustedes dos de las siete armas legendarias. No voy a preguntar cómo las obtuvieron, pero si las tienen es porque ellas los han elegido. Por si no lo sabían, esas armas contienen conciencia propia, pero su brillo aún no está completo y eso se debe a que ustedes no despertaron aún su poder. Pero no se preocupen, yo voy a hacer que eso suceda. Ahora deberán guardarlas para el entrenamiento. De todas formas, no nos apresuremos; aún tenemos tiempo. Hoy descansarán y mañana

comenzaremos, pues necesitan recobrar energías. Mis aprendices les darán de comer y luego podrán ir a dormir.

El momento del descanso había llegado y era necesario prepararse para lo que estaba por venir.

Al salir el sol blanco, Daniel ya estaba en pie y listo para comenzar a preparar a los niños. Aunque no lo demostraba, en su interior había emoción y nostalgia por recuerdos del pasado. También sabía que este sería su mayor reto y, tal vez, la última misión, por lo que estaba dispuesto a dedicarle todo su esfuerzo. —Buenos días, mis aprendices, hoy comienza su entrenamiento, así que espero que estén preparados en cuerpo y espíritu y no se guarden nada, porque todo lo van a necesitar. Como lo habrán notado, este es el inicio de una nueva etapa para ustedes y la más grande de sus vidas. No pienso ocultarles nada, así que voy a ser sincero: es necesario que se vuelvan lo más fuertes posible, porque es el rey quien los manda y quien los ha elegido por alguna razón; no deben fallarle.

»Los tiempos están cambiando y nuestro mundo también. Sé muy bien que tienen dudas y se han preguntado qué es lo que está pasando. Y la causa de este cambio es la fuerza del universo, que ha penetrado en nuestro planeta. Esa fuerza es desconocida para nosotros, pero lo que sí sabemos es que ha corrompido la naturaleza y crece cada día que pasa. Sé que tienen preguntas, pero vamos a dejarlas para después.

»Primero deben saber algo muy importante. Seguro que habrán escuchado que nuestro mundo se divide en cuatro grandes ciudades: Portcan, Serf, Querb y Arcan. Aunque todas fueron creadas con un propósito, Arcan existe para protegernos y vigilar, por lo que los arcanianos son los más fuertes. Aun así, nuestro rey, con su gran sabiduría, bendijo a todas las ciudades con guerreros privilegiados como ustedes, por lo que en una época eran llevados a Arcan, donde se les entrenaba. Así lo fue por mil años, hasta que un día hubo un gran temblor que estremeció el universo entero. Desde ese momento, las ciudades dejaron de aportar niños poderosos y el rey dejó de hablar con su pueblo.

»Solo ha habido una persona encargada de todos los designios del rey, el Patriarca. Él es el único con gran autoridad y poder después del rey. Su nombre es Shemihaza y se supone que él es el encargado de todo desde que nuestro rey dejó de hablarnos, pero nunca nos ha dicho cuál fue la verdadera razón del silencio. Todos creíamos que no volveríamos a oír su voz, hasta que ustedes nacieron. Hoy están aquí frente a mí como una respuesta a nuestras preguntas.

»El Patriarca está por encima de los dieciocho generales y es la máxima autoridad; se supone que es el más poderoso de este mundo. Si él cae, nosotros también, que eso les quede claro.

»Ahora entenderán por qué están ustedes aquí. No creo en la casualidad, pero sí en el propósito y, desde que esta fuerza ha llegado a nosotros, todo ha cambiado, incluyendo el clima, la gravedad, el aire y hasta los soles. He tratado de investigar de dónde proviene esto y me he perturbado; algo no está bien y puedo sentir una fuerte energía que crece día a día.

»Por eso, su misión comienza ahora y deben volverse más fuertes que cualquiera, más fuertes que yo, inclusive. He creado una barrera que cubre todo el valle para que nadie sepa qué hacemos aquí por lo menos durante un tiempo. Necesito que se comprometan con ustedes mismos para lograr este cometido, porque una gran batalla se acerca y, con ella, el mayor desafío para todo el planeta. ¿Les quedó claro?

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

Todos estaban conmocionados por lo que su maestro les había contado, pero también comprendieron la importancia de la situación; solo les quedaba aceptar su destino.

Luego de la extensa charla que mantuvieron, comenzó por fin el duro entrenamiento. Los niños habían progresado bastante desde el día que iniciaron su viaje, pero ahí fortalecieron su fuerza física junto con sus mentes y espíritus. Después de tres años juntos en aquel lugar, su madurez se hizo evidente.

El extenso valle les proporcionaba todo lo que necesitaban, como agua y alimentos, por lo que no había necesidad de salir de allí. Los secretos guardados y la naturaleza increíble hacían que no todo fuera entrenamiento, pues también disfrutaban de todos sus beneficios.

Sus lazos de amistad hicieron que los siete jóvenes fueran inquebrantables y no tuvieran temor a nada que pudiera acecharlos en algún futuro catastrófico. Entretanto, fuera de ese paraíso, la oscuridad había consumido la mitad del planeta. Todos pensaban que se trataba de un fenómeno natural; sin embargo, en Arcan sabían de qué se trataba realmente.

Luego de un tiempo, Gabriel, cuando su edad pisaba los quince años, se acercó junto a los demás a su Maestro para comentarle ciertas ideas que se les habían ocurrido, y Daniel aceptó escucharlos.

—Maestro Daniel, permítame hablar en representación de todos —dijo Gabriel.

—Si nadie se opone, adelante, te escucho.

—Muchas gracias. Hemos estado planteándonos entre todos que, además de amigos, somos un equipo, ante todo de amigos, y como tales necesitamos un guía, alguien que nos lidere, nos apoye en nuestras decisiones y nos aconseje.

—Me parece excelente, Gabriel. Pero ¿quién será ese que lleve tan gran responsabilidad?

—Bueno, aunque todos somos responsables y capaces, creemos que el que está más cualificado para llevar sobre sus hombros esta responsabilidad es Miguel.

—¡Ah! ¿Pero qué...? ¿Cuándo hablaron de esto? No sé si estoy listo para lo que pides, Gabriel —intervino Miguel, asombrado.

—Claro que lo estás, era una sorpresa que teníamos —explicó Rafael.

—Así es —señaló Uriel—, todos creemos que tú puedes con este cargo. Yo no podría, pues no tengo mucha paciencia con ustedes.

—Hemos hablado y estamos de acuerdo —añadió Rael.

Todos mostraron su apoyo al nuevo líder, y Daniel se alegró con ellos y les dijo:

—Veo con asombro cómo han progresado en estos años y cómo han crecido. Ahora, Miguel, ya conoces tu destino y tienes la obligación de guiar a este gran equipo con sabiduría.

—Estoy sorprendido, amigos, y a la vez muy agradecido de que todos piensen tan bien de mí. Son mis amigos, además de mis compañeros, y eso me hace muy feliz. Mi primera acción como líder, si me lo permiten, es que tú, Gabriel, seas la voz que nos representa a todos; Uriel, amiga, quiero que tú te encargues de darnos ánimos y fuerzas siempre; Remeiel, necesito siempre tu apoyo, así que quiero que seas la segunda al mando; Rafael, tú nos abrirás paso hacia adelante; Sariel y Rael, quiero designarlos como nuestras torres y murallas, para que siempre velen por nosotros. Si estamos unidos no habrá quien nos detenga.

Luego de esta gran reunión, todos formaron un círculo y extendieron sus brazos hacia el centro en señal de pacto y unión.

—Este es nuestro mundo, nuestro destino —murmuró Miguel.

Capítulo V

Mientras en aquel lejano valle los decididos jóvenes se disponían a volverse más fuertes, en AN las cosas comenzaban a ponerse más serias, mientras la oscuridad crecía cubriéndolo todo.

En Arcan, el Patriarca sabía lo que estaba sucediendo y había convocado a dos de los dieciocho generales, de los que se decía que eran los más fuertes, llamados Asael y Ramael.

—¿Nos ha mandado llamar, señor? —preguntó Ramael. —Así es —dijo Shemihaza.

—¿Qué es lo que le preocupa a nuestro señor? —inquirió

Asael.

En principio, Shemihaza, que era el Patriarca, no tenía intenciones personales sobre la fuerza que estaba cubriendo el planeta, pues su idea era controlarla e informar al rey. Pero ya hacía más de trescientos años que no se presentaba en el castillo ni tampoco recibía a ningún llamado de Su Majestad. Incluso llegó a pensar que el rey ya no estaba en su trono, puesto que tampoco sentía su presencia. A causa de ese silencio, la duda comenzó a crecer en su interior, por lo que los miembros de los vigilantes comenzaron a tomar parte para aconsejarle y algunos actuaron incluso por su propia cuenta.

—Escúchenme, me he descuidado en mi labor como Patriarca y, a causa de eso, una fuerza extraña ha entrado a nuestro mundo, a pesar de que con mi magia he puesto una barrera de protección. Quiero que investiguen de dónde proviene, por dónde y en qué forma ha descendido y si alguien más sabe de esto. Busquen la abertura e infórmenme —dijo Shemihaza.

—¿Y qué debemos hacer con ella?, ¿la destruimos? —preguntó Asael.

—Por el momento no, solo quiero saber de qué se trata y qué es lo que hace. Tal vez no sea visible a los ojos, pero confío en que con su poder no debemos preocuparnos, ¿no es así? —respondió el Patriarca.

—Bueno, deje que yo me encargue —intervino Asael.
—Así es, señor, nosotros nos ocuparemos —dijo Ramael.
—Ahora, vayan. Espero saber pronto de ustedes —dijo Shemihaza.
—¡Sí, señor! —respondieron, y se fueron.
Entonces, llamó a uno de sus soldados:
—Dile a Harmoni que venga inmediatamente —dijo Shemihaza.

Asael y Ramael se dirigieron directamente hacia donde la fuerza se sentía con mayor intensidad.

—Ahora sabremos de qué se trata todo esto —dijo Asael.
—Dime, Asael, ¿por qué estás tan interesado en esta energía? Sé muy bien que con tus habilidades ya sabías algo de esto, estoy segura.
—Está bien, te lo diré. Quiero saber qué o quién es capaz de abrir una grieta en la barrera que el mismo Shemihaza creó.
—Es verdad, yo también quiero saberlo...

En su viaje se encontraron con el hábitat natural de unos seres vivientes, un lugar enorme y lleno de vida que solo la naturaleza de AN podía proporcionar.

—¿Pero qué es este lugar? ¿Qué son esas cosas? En toda mi vida, jamás me habría imaginado esto, Asael.

—Una vez escuché de este lugar, aunque no supe dónde estaba. Tengo entendido que solo el Patriarca lo conoce y que, a veces, viene a descansar aquí. Me dijo que esto no le pertenece a ninguna de las ciudades, solo al planeta.

—¡Vaya! —exclamó Ramael.

—También escuché que estos animales están desde antes que nosotros.

—¿Cómo?

—Así es, y que en su sangre se guarda toda la información de miles de años y, tal vez, hasta un gran poder.

—No puedo creerlo, Asael.

—Pues créelo, pero ahora eso no importa. El sol rojo está saliendo y aún queda mucho camino, volemós a toda velocidad.

Cuanto más se acercaban a la abertura, más se podía sentir la energía que cubría a ambos. Lejos de sentir rechazo, el deseo llenaba su corazón. Al fin, cuando llegaron pudieron ver un enorme agujero en el cielo del que emanaba una poderosa energía llena de oscuridad que se expandía rápidamente.

—Increíble, Ramael, puedo sentirla.

—¿Qué sucede, Asael?

—Puedo sentir cómo esa fuerza hace contacto con mi espíritu y llena mi cuerpo, ¿no lo sientes? —dijo Asael, mientras la oscuridad lo cubría.

—¡Oh, no! Apártate, Asael, ¡la destruiré!

—¡No! Ni se te ocurra hacer eso, estoy bien, mejor que nunca.

—¿Estás seguro? Siento algo extraño en ti.

—No te imaginas lo bien que me siento ahora, debes venir aquí para sentir este magnífico poder recorrer tu cuerpo, ¿no temas!

—Yo no le temo a nada, Asael, déjame intentarlo. Y al acercarse extendió su mano sobre la oscura grieta. Entonces, la oscuridad los impregnó a ambos, y sintieron lo que nunca habían sentido. Sus aspectos comenzaron a cambiar y su poder empezó a incrementar rápidamente. De ellos comenzó a desaparecer todo remordimiento y control, y se llenaron de nuevas ideas y pensamientos perversos.

—No sé qué pasa, pero es increíble, siento cómo fluye mi espíritu.

—Así es, antes estábamos ciegos, pero ahora vemos. Creo que alguien más estuvo aquí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ramael.

—Lo encontraremos y lo mataremos, por supuesto. Nadie debe saber de esto y, por el momento, tampoco se lo diremos a Shemihaza.

—Estoy de acuerdo contigo.

—La energía me indica que el sujeto fue en esa dirección. Si no me equivoco, ahí se encuentra Querb.

—¿Un querubín visitando estos lugares? Qué extraño, Asael.

—No me sorprende, no olvides que la mayoría de ellos son poseedores de una gran magia. Apresurémonos mejor antes de que cometa alguna estupidez.

—¡Sí! —exclamó Ramael.

Ambos, luego de haber hecho contacto con la fuerza, se dirigieron rápidamente a la ciudad de Querb para encontrar al sospechoso.

Mientras, en Arcan, el Patriarca se dio cuenta de que las presencias de sus enviados habían cambiado, aunque eso no le preocupó demasiado, así que envió a Harmoni, quien era una poderosa comandante de sus fuerzas, a investigar si en la ciudad de Serf sabían algo de lo que estaba sucediendo.

Harmoni tenía la habilidad de teletransportarse, por lo que era difícil detectar su presencia. Además, ella dudaba en su corazón de cierta información incompleta que Shemihaza le había proporcionado, así que se dirigió a Serf para hablar con un sabio

llamado Allcan.

—Buenos días, Harmoni, ¿te ha enviado el Patriarca? —Buenos días, sabio de Serf, así es; nuestro gobernante me ha enviado a una misión de la que me imagino que sabes algo. —Me lo imaginaba, pero veo que no has seguido al pie de la letra su orden, ¿verdad?

—Tengo mis razones, sabio.

—Entonces, dime, Harmoni, ¿qué es lo que te preocupa? —Algo está pasando en el planeta y no es nada bueno. Hay muchos misterios por los salones de Arcan, y nuestro líder se limita a informarnos, pero sé que todos corremos peligro y pensé que usted sabría algo. Por eso, vine aquí.

—No sé mucho, en realidad, pero sí puedo decirte que hemos percibido aquella fuerza y sabemos que se hace cada vez más grande. Seguramente lo que Shemihaza quiere saber es si estamos planeando algo para detenerla, pero lo cierto es que no podemos hacer nada.

—Me lo imaginaba, Allcan, entonces no puedo quedarme sin hacer nada.

—Niña, tú has nacido aquí en Serf y fuiste seleccionada de entre muchos para ocupar el cargo que tienes ahora. Sabes todo de nosotros y también sabes que el Patriarca ha desobedecido a nuestro rey y ha dejado de cumplir con su mandato. Se acercan tiempos difíciles.

—Lo sé, como también sé que envió a Asael y a Ramael a inspeccionar de dónde proviene todo, pero no les dijo que la destruyeran. ¿Acaso terminaremos peleando entre nosotros? —Sí, pero eso ya sucedió, ya se han encontrado con el origen y, además, no son los únicos, sino que hay alguien más que lo ha hecho. Ellos van a ir a buscarlo, pero por alguna razón se volvieron más fuertes, así que no puedo saber qué planean. —Dígame, sabio, ¿dónde está ese lugar?

—Es en Querb. Lo más probable es que estén buscando a un querubín.

—Entonces debo ir inmediatamente y llevarlo con el Patriarca.

—Por favor, Harmoni, no te arriesgues. Ellos ya no son los mismos y no piensan como tú. Si vas sola, observa y regresa inmediatamente con Shemihaza.

—Yo soy una comandante de Arcan y no puedo dejar pasar esto, debo cumplir

con mi trabajo. No se preocupe por mí, porque me han preparado para esto.

—Está bien, recuerda que no está todo perdido. Estoy seguro de que todo esto forma parte de un propósito. Antes de que te vayas debes saber que un arcaniano muy poderoso está preparando a unos jóvenes que fueron elegidos en secreto por el destino.

—Increíble, ¿y quién es? —preguntó Harmoni.

—Es Daniel, tu amigo —respondió Allcan.

—No puedo creerlo, me ha dejado impresionada, eso sí que es una buena noticia. Entonces, el Patriarca no debe de estar al tanto de esto, ¿verdad?

—Solo sabe que Daniel vive en algún lugar lejos de Arcan y nada más, pero él se oculta en un gran valle y con el poder de su magia ha creado una barrera para que sea invisible a cualquiera.

—Entonces iré a visitarlo antes de ir a Querb y le contaré todo lo que sé hasta ahora. No se preocupe, yo sabré cómo encontrarlo, ahora me voy —respondió Harmoni, decidida.

—Ve en paz, hija, y que la voluntad del rey te acompañe.

Harmoni estaba muy entusiasmada con la noticia que le había dado el sabio de Serf, así que decidió ir a buscar a Daniel para conocer a sus aprendices e informarles de todo lo que estaba sucediendo.

Aunque el lugar estaba protegido por una barrera que Daniel había creado para que nadie lo encontrara, las habilidades que poseía Harmoni le facilitaban mucho las cosas, sobre todo porque esas habilidades eran la telepatía y el teletransporte combinados. Gracias a eso, pudo contactar con su antiguo compañero Daniel.

—Daniel, estoy hablando a tu mente. Soy Harmoni, necesito que me indiques dónde estás.

Mientras tanto, Daniel entrenaba a sus aprendices. Entonces, pudo sentir la voz de Harmoni hablándole en su interior.

«Ah, alguien intenta hacer contacto conmigo», pensó.

—¿Eres tú, Harmoni?

—Así es, mi querido Daniel, vengo de hablar con el sabio de Serf y me contó lo que estás haciendo. Necesito hablar contigo.

—Está bien, abriré una brecha para que puedas entrar.

Y sus pupilos se preguntaban con quién hablaba su maestro.

—¿El maestro está hablando solo? —preguntó Rafael.

—Parece que sí, todo esto del entrenamiento lo está volviendo loco —dijo Uriel.

—No lo creo, parece que habla con alguien —señaló Miguel.

—¿Quién será? —dudó Rael.

—Listo Harmoni, espero que puedas verla —dijo Daniel.

Y en ese momento algo bajó del cielo como un estruendo, ante la mirada sorprendida de todos.

—Hola, Daniel.

—Hola, Harmoni, ha pasado mucho tiempo.

—Así que esos son tus valerosos aprendices. Te juro que ni me imaginaba que estabas aquí y mucho menos haciendo esto...

—Bueno, es que todo debía ser un secreto, aunque ahora ya no lo es para ti. —Entonces, se giró hacia sus aprendices—: Vengan todos, quiero presentarles a una vieja amiga. Ella es Harmoni y es una comandante de Arcan. Como habrán visto, es una descendiente de Serf, como Remeiel y Rael.

—Hola a todos. Es increíble, Daniel, lo que has logrado; aún sigo sorprendida y emocionada, pues esto me trae viejos recuerdos. Sin embargo, necesito que me escuches: no he venido para esto, sino para advertirte de la situación.

—Está bien. —De nuevo, se dirigió a los jóvenes—: Ustedes sigan con el entrenamiento. —Después, se giró hacia su antigua amiga—. Acompáñame, Harmoni, beberemos un té mientras te escucho. Ninguno salía todavía de su asombro por lo que habían visto y sentido.

—Perdóname, amigo, pero no tengo tiempo para eso. Lo que voy a decirte también les incumbe a ellos, por eso es necesario que presten atención.

—Como tú digas —respondió Daniel. Entonces, les dijo a sus aprendices—: Vengan todos y escuchen lo que Harmoni tiene que decirnos.

—Algo terrible está pasando, Daniel, pero aún no sé muy bien qué es. Lo que puedo decirles es que un gran mal se acerca y que una poderosa fuerza ha entrado a nuestro mundo y está cambiando todo lo que conocemos. El Patriarca se ha desviado de su camino y hay cosas que a muchos de nosotros no nos ha dicho. Además, ha enviado a Ramael y a Asael a investigar la energía que nos rodea, pero logré escuchar que les ordenó que no hicieran nada. Ellos ya hicieron contacto con esa fuente y ahora se dirigen a Querb. —¿A Querb? ¿Qué hay ahí?

—No lo sé aún, por eso he decidido investigarlo, ya que es mi trabajo y tengo un mal presentimiento con todo esto. —Déjame acompañarte, Harmoni.

—No, Daniel, tú tienes una misión aquí y debes cumplirla, debes terminar de preparar a estos jóvenes porque, tal vez, en ellos esté la respuesta a todo. Yo estaré bien, confía en mí.

—Está bien, lo haré, porque sé que eres capaz de hacerlo. —Debes saber otra cosa. Al parecer, un querubín también está involucrado en esto, así que esa es mi principal misión, llevarlo con el Patriarca.

—¿Un querubín? Maldición, esto se nos está yendo de las manos.

—Estaba preocupada hasta que vi a estos niños, pero ahora creo que todo va a estar bien.

—Daré todo de mí para que ellos se vuelvan más fuertes.

—Estoy segura de que lo harás, amigo.

—Hagamos una cosa, Harmoni. Si te quedas aquí, seguro que tú les enseñarás otras cosas que yo no puedo enseñarles y, cuando estén listos, iremos todos a Querb, ¿qué te parece? Además, nadie sabrá que estás aquí.

—Así es, señorita, estoy segura de que, una vez estemos listos, iremos todos a solucionar cualquier problema —dijo Remeiel.

—Me encantaría hacerlo, pero Daniel es más que suficiente para prepararlos y estoy segura de que aún no les ha mostrado todas sus habilidades. Además, yo debo cumplir con las órdenes del Patriarca.

—Prométeme que vendrás a contarme todo.

—Lo prometo, Daniel, volveré.

Despidiéndose de todos, Harmoni se marchó rumbo a Querb.

—Por favor, Harmoni, no te mueras —murmuró entre dientes.

Después, hubo un profundo silencio entre todos, pues nadie quería decir una sola palabra; sin embargo, no había tiempo que perder, así que Daniel hizo que todos volvieran al entrenamiento.

Los vigilantes llegaron a Querb y, desde lugares altos, observaban la gigantesca ciudad. Guiados por el rastro de energía del querubín, comenzaron la búsqueda, y ese rastro los llevó hasta un gran templo en el centro de la ciudad, por lo que no dudaron en entrar.

Una vez adentro, mientras caminaban por sus salones, pudieron ver una incontable cantidad de fieles que hablaban y oraban en su idioma local al son de una pegajosa melodía que les era difícil de entender. Entonces, al fin vieron al sujeto parado en una especie de altar, tocando un extraño instrumento.

—¡Ese es! —exclamó Asael.

—Qué extraño, este querubín es diferente a los otros. —Además, parece que todos estos fieles le siguen. Debe de ser

alguna especie de líder. Vamos a hablar con él, Ramael.

En ese momento, cuando se acercaron al altar, los guardianes del templo los rodearon amenazantes.

—Asael, parece que no somos bienvenidos.

—Oye, tú, el líder, queremos hablar contigo, ¿o acaso vas a permitir que haya un derramamiento de sangre innecesario?

—Solo están protegiéndome. ¿Quiénes son ustedes y qué desean? —preguntó el querubín.

—Solo queremos hablar, sobre todo de tu paseo por un lugar muy especial. Habiéndole dicho esto, el querubín se sorprendió y ordenó a todos que salieran del templo y les dejaran solos, por lo que todos obedecieron y se retiraron.

—Muchas gracias, parece que eres un líder muy respetado aquí. Me gustaría saber tu nombre —dijo Ramael.

—Mi nombre es Luzbel y soy el gobernante de esta ciudad. ¿Y ustedes de dónde son?

—Increíble, qué gusto me da conocer a un gobernante. Nosotros somos comandantes de Arcan y mi nombre es Ramael.

—Y yo soy Asael, mucho gusto.

—¿Y a qué se debe la visita de tan poderosos vigilantes? —preguntó Luzbel con un tono preocupado.

—Hemos venido para saber qué hacías en el punto donde se abrió el agujero negro. Es importante que nos digas la verdad, si no quieres morir aquí y ahora —dijo Asael.

—No sé de qué me están hablando.

—No te hagas el tonto y responde; todo este maldito lugar está impregnado de esa energía. Ahora, dínos, ¿qué piensas hacer con el poder que obtuviste?, ¿cuáles son tus planes? —insistió Ramael.

—¿Mis planes? Yo no tengo ningún plan aparte del de servir a nuestro rey, a quien pertenece mi vida.

—Vaya, estoy por derramar una lágrima por este discurso, casi me convences... Ahora escúchame bien: si queremos podemos quemar todo este lugar sin problemas, así que será mejor que hables —dijo Asael.

—No tengas vergüenza en contarnos todo, piensa que somos como tus amigos y que hasta podríamos hacer un trato, ¿qué te parece? —explicó Ramael.

—¿Qué quieres? ¿Poder, dominio sobre las otras ciudades, grandeza o tal vez

algo más?

—Vaya, de verdad que me descubrieron, pero ¿qué harán si les digo que quiero muchas cosas de las que mencionaron o, tal vez, más? No creo que vayan a matarme, porque seguro que ya lo habrían hecho, y puedo ver que ustedes también sintieron ese poder, que lo han probado y que ahora se están llenando de él, ¿verdad? No sé cuáles son sus intenciones, pero les diré que ¡yo lo quiero todo!; quiero el poder y el dominio de todo el planeta, quiero ser el único rey de todo y que el mundo se postre ante mí y que me aclamen como su dios. Vamos a ir a la guerra para conseguirlo —expresó Luzbel.

—Guau, sí que tenías algo guardado. Me dejaste sorprendida —murmuró Ramael.

—Déjame decirte que todo lo que quieres es muy lindo, pero nunca se hará realidad mientras estemos los arcanianos. Sin embargo, hoy estás de suerte, ya que nosotros vamos a ayudarte —dijo Asael.

—¿Cómo? No entiendo... ¿Cómo es que ustedes quieren ayudarme?

—Nuestros motivos no deben interesarte. Vamos a ayudarte y vas a hacerlo a nuestra manera. No sé para cuándo tenías planeada tu fiestecita, pero tendrás que esperar hasta que nosotros te digamos.

—¿Esperar? Yo no puedo esperar. Un rey no puede esperar para reclamar su trono.

—¡Pero lo harás!, a menos que quieras que frustremos tus sueños. Vas a seguir nuestras ordenes al pie de la letra, ¿queda claro? —exclamó Asael.

Cuando el trato se estaba cerrando, Harmoni llegó sin ser detectada.

—Entonces, lo que haré será preparar a todo mi ejército para la batalla. Nuestro plan es entrar a través de Portcan; arrasaremos sus fuerzas, rodearemos el castillo y luego conquistaremos Serf y ya nadie se opondrá a mi poder.

Entonces, de pronto:

—Pero ¿qué es esto? ¡Malditos traidores! ¡No lo permitiré!

¡La furia de Harmoni se desató mientras sacaba su espada!

—Harmoni, ¿qué haces aquí? Mejor cierra la boca, lárgate ahora que puedes y olvida todo lo que has escuchado —dijo Asael.

—¿Te atreves a amenazarme? Yo soy la que comanda las fuerzas de defensa al servicio del rey y no voy a dejar que unos traidores causen daño a nuestro mundo. Ahora mismo los llevaré ante el Patriarca para que sean juzgados.

Harmoni se lanzó directamente a atacar a Asael y al querubín, sin advertir que Ramael estaba detrás de ella. Esta, atacándola por la espalda, la atravesó con

su brazo derecho a la altura del corazón como si fuera una gran espada y, sujetándole la cara con la mano izquierda, le dijo:

—Llegaste en muy mal momento, querida, parece que tu telepatía no te sirvió esta vez ¿verdad? Este es tu fin —dijo Ramael. Y, con lágrimas en los ojos, Harmoni recibió la muerte.

En ese momento, Daniel pudo sentir cómo el fuego de la vida de Harmoni se apagaba y su enojo hizo explosión. Era la primera vez que sus aprendices veían el poder de su maestro revelarse y todo comenzó a temblar. Al ver lágrimas en sus ojos, entendieron que algo malo había pasado.

Daniel, sumido en un profundo dolor, no imaginaba quiénes habían matado a su amiga, pero, aun así, se dispuso a ir a pelear con el responsable, hasta que el sabio de Querb le habló directamente a su mente.

—¡Daniel, no vayas! Si vas ahora, todos tus esfuerzos habrán sido en vano y dejarás solos a estos niños, que aún tienen mucho que aprender. No permitas que el odio se apodere de ti. Lo que Harmoni temía ha comenzado y, por desgracia, fue la primera en sufrirlo. Pero tú debes cumplir con la misión que se te encomendó.

—¡Maldición! Juro que el responsable lo pagará.

Al ver a su maestro así, los jóvenes se acercaron para fortalecerlo y le juraron que se volverían más fuertes.

Mientras tanto, en Querb, el cuerpo sin vida de Harmoni yacía en el suelo.

—Ramael, eres muy descuidada, ¿ahora qué haremos con este cadáver? No lo podemos llevar a Arcan —dijo Asael.

—Era una entrometida, que se hubiera quedado en su casa.

—Levántala, tengo una idea. Querubín, si no quieres que te pase lo mismo, haz lo que te ordenamos y espera nuestra señal.

—Parece que sí van en serio. Está bien, haré lo que ustedes me digan —les dijo, aunque murmuró—: Malditos.

Capítulo VI

Luego de haber llegado a un acuerdo, sucedió que sellaron el pacto con la sangre de Harmoni, la primera víctima de esta rebelión. Con el apoyo de Ramael y Asael, Luzbel comenzaba a ver cristalizadas sus ambiciones.

El plan era la conquista del reino y la obtención del trono, sin importar lo que esto conllevara y las vidas que perecieran en el camino.

Sin embargo, el corazón de Luzbel estaba ansioso y molesto, ya que tenía que rendir cuenta a aquellos dos arcanianos corruptos para lograr su cometido, pero sabía que esa era la única manera de evitar un enfrentamiento directo con Arcan.

—Malditos arcanianos, sigan pensando que pueden controlarme. Mientras tanto, yo me aprovecharé de esta situación y de sus servicios —exclamó Luzbel, riendo—. Esta vez cumpliré con mi más grande anhelo. ¡Soldado!, ¡reúne a todas las fuerzas de Querb y prepárense para la guerra!

—¡Sí, señor!

De regreso a Arcan, los asesinos de Harmoni trajeron consigo su cuerpo y, para evitar que Shemihaza se enterara de esto, decidieron ocultarlo.

—Dime una cosa, Asael, ¿qué haremos con esto?

—¿Recuerdas aquel lugar donde habitan esos animales

extraños?

—¿Piensas arrojarlo ahí? Me parece una buena idea, pues nadie va a ese lugar.

—¡Así es! Y no tendremos que preocuparnos. ¿Te sucede algo, Ramael? ¿Por qué te detienes?

—No lo sé, pero desde que maté a Harmoni he tenido unos sentimientos extraños en todo mi cuerpo. Además, al tener su cuerpo, lejos de darme asco, me pareció agradable y hasta me dio hambre.

—¿Qué será? Tal vez quieres... Bueno, será mejor que nos apresuremos.

—Mira ahí abajo, hay un río; bajemos a beber agua, que quiero lavarme las manos también.

—Está bien, vamos.

Luego de haber bajado a beber, siguieron su camino, pero algo no estaba bien en ellos. La sed no se quitaba y, cuanto más tiempo miraban el cuerpo de Harmoni, la sed y el hambre se hacían más fuertes.

Ramael decidió dejarlo caer.

—¿Qué haces? —preguntó Asael.

—No quiero cargarlo más, no puedo, no sé qué me pasa, hazlo tú.

—No podemos dejarla ahí, iré por ella.

—Lo mejor será ponerlo bajo tierra, no sea que los animales quieran alimentarse de él...

—Tal vez tengas razón.

Sin embargo, sus almas y mentes ya estaban contaminadas y no podían evitar los pensamientos oscuros que los dominaban.

Ramael volvió a ver sus manos con la sangre impregnada y, con fuerte deseo, se las llevó a su boca saboreando la sangre, lo que le causó gran éxtasis.

—Pero ¿qué has hecho, Ramael?

—No lo sé, solo lo hice y se siente tan bien que hasta la ansiedad que sentía se está yendo.

Entonces, como un animal salvaje, se acercó al cuerpo muerto y comenzó a alimentarse, lo que provocó que ese deseo despertara también en Asael, quien, lejos de intentar controlarse, se entregó por completo. Ambos se alimentaron cual bestias hambrientas y bebieron su sangre sin remordimientos. Entonces, sus cuerpos comenzaron a sufrir cambios, les crecieron colmillos y aumentaron sus fuerzas. Con sus cuerpos bañados en sangre, se miraron y se entregaron a placeres que jamás habían tenido como comandantes de Arcan; la energía y la maldad que despedían hizo temblar a todos los seres vivos del lugar.

Al terminar, ocultaron los restos del cadáver y decidieron que ese sería su lugar de regocijo y placer. Pero eso no fue todo, ya

que comenzaron a tener visiones de los recuerdos de Harmoni, pudiendo ver y saber casi todo lo que ella había hecho hasta el momento.

—Puedo sentir cómo se incrementa mi poder —expresó Asael.

—Nuestra querida amiga nos ha dejado un hermoso regalo. —Conque Daniel, ¿eh?

—Creo que debemos hacerle una visita, ¿estás de acuerdo? —Totalmente.

Por su parte, Daniel no dejaba de pensar en su compañera y el dolor por su muerte no se iba, aunque ignoraba que el mal se dirigía ahora hacia él.

Los jóvenes aprendices no dejaban de entrenar con la única idea de volverse más y más fuertes y así poder cumplir con su misión.

—Maestro, ¿está bien? —preguntó Rafael.

—No te distraigas de tu entrenamiento, Rafael.

—Discúlpeme.

Algo preocupaba en gran manera a Daniel, que sentía que un gran peligro se acercaba.

—¿Qué es esto que siento? Algo o alguien viene hacia aquí... y eso no es posible.

Entonces, llamó a sus aprendices con la excusa de que era parte del entrenamiento y les encomendó una misión.

—Escuchen todos, vengan de inmediato, los pondré a prueba para ver cuánto han progresado. Si miran bien hacia el norte podrán ver esos árboles a lo lejos. Se llaman bosques ciegos. Necesito que vayan y me traigan una planta llamada lirios celestes que solo crece en ese lugar.

—¿Bosques ciegos? —preguntó Gabriel.

—¿Lirios celestes? —preguntó Uriel.

—Dejen las preguntas y vayan de inmediato. Todo lo que quieran saber lo descubrirán en ese lugar. Espero que estén preparados. Traíganme todas las que encuentren, si pueden. —¿Si pueden? No entiendo, maestro —dijo Miguel. —Ya lo entenderán, ¡ahora vayan! El primero que venga aquí

recibirá doble ración de comida.

—Yo las traeré, entonces —dijo Uriel.

—¿Crees que te lo permitiré? —preguntó Remeiel. Y todos partieron a gran velocidad hacia los bosques ciegos sin saber de qué se trataba en realidad.

—¿Por qué se llamarán bosques ciegos? —preguntó Miguel. —No lo sé, desde que estamos con el maestro jamás nos había enviado a ese lugar —expresó Rael.

—Por lo menos, ¿saben cómo son esas plantas? —preguntó Uriel.

—Sí, las hemos visto alguna vez, pero no sé para qué sirven

—respondió Remeiel.

—Bueno, eso no importa, ya que debemos encontrarlas. Sospecho que no debe de ser nada fácil —expresó Sariel. Rafael parecía preocupado por algo, luego de haber visto el rostro de su maestro.

—Rafael, ¿te sucede algo? —le preguntó Gabriel. —Estoy bien, solo que... No se preocupen, no es nada. —Entonces sigamos —dijo Miguel.

Mientras todos continuaban su camino a los bosques ciegos, Asael y Ramael llegaban al gran valle. Cuando llegaron, Asael preguntó:

—¿Qué es este lugar, Ramael? Parece que nuestro bello planeta tiene muchos secretos.

—No veo ni siento nada, solo parece un gran lugar verde.

—Ese Daniel es astuto, apuesto a que ha creado algún hechizo para confundir a quien pase por aquí y por eso no sentimos su presencia, pues se oculta como una rata.

—Entonces, por más que bajemos, no lo encontraremos.

—No, mi querida compañera, él se olvidó de que conmigo no funcionan sus trucos. Ahora mismo lo verás.

Y, utilizando su poder, Asael pudo romper la barrera de protección que había hecho Daniel, por lo que inmediatamente pudieron sentir todo lo que había dentro.

—Ya están aquí. Así que eran ellos. No tengo más opción que dejar que me encuentren antes que a los niños.

Daniel sabía que la barrera no funcionaría con alguien como Asael, por lo que era cuestión de tiempo su encuentro, así que solo se sentó a beber té en el portal de su casa como si nada importante pasara, dejando fluir su presencia

para ser localizado más rápido por estos dos.

Asael y Ramael, mientras descendían, observaron con algo de asombro todo el lugar, ya que era muy distinto a todo lo que habían visto antes.

—¿Pero qué es este lugar tan extraño? —preguntó Asael.

—Puf, qué aburrido, últimamente estamos conociendo lugares como estos en todo el planeta, aunque no entiendo por qué alguien como Daniel lo ocultaría de nosotros.

—Tal vez quiere protegerlo o, tal vez, quiere ocultarnos algo.

—Puede ser, Asael, pero ahora mismo se lo preguntaremos personalmente, ya que pudo ocultar este lugar, pero no pudo hacer desaparecer su presencia.

Finalmente, ambos encontraron a Daniel descansando y se miraron a la cara.

—¿Qué es lo que hacen aquí, en mi lugar de descanso?

—¡Daniel! Amigo mío, ¿conque aquí estabas? ¿No te sorprende vernos? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, creo que fueron trescientos años, ¿no es así? —dijo Asael.

—Lo que me sorprende es que me llames amigo, pues no recuerdo que tú y yo lo seamos. Puedo ver que han cambiado algo su apariencia. Se ven más... oscuros, por así decirlo.

—Sí, hemos cambiado un poco. Tú sabes que siempre nos ha gustado innovar.

—Creo que va bien con su personalidad. Bueno, su apariencia refleja lo que tienen dentro.

—Pero qué fea manera de recibirnos, Daniel, no seas descortés —expresó Ramael.

—Tienen razón, les pido disculpas. Ahora mismo no tengo nada para ofrecerles, pero si vuelven otro día les invitaré a un té. Con su permiso, estoy muy ocupado, así que ya pueden retirarse.

—El aire aquí es algo extraño y se siente como si el cuerpo pesara un poco más de lo normal, ¿no te parece? —preguntó Asael.

—Es verdad y puedo jurar que sentí como si alguien más estuviera aquí...

—Ahora, cuéntenos, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo? Y no me digas que solo decidiste vivir en este lugar de mierda sin hacer nada —preguntó Asael.

—Así es, he decidido vivir aquí. ¿Cuál es el problema?

—Es que es algo aburrido para mi gusto, aunque tal vez nos estés ocultando algo —insinuó Ramael.

—Vamos, cuéntenos.

—No tengo nada que contarles, así que váyanse ya—dijo Daniel.

—Tal vez quieras contarnos qué hacía Harmoni aquí —insinuó Asael.

—¿Qué?

—Uy, eso sí sería muy interesante. Parece que tu pregunta le molestó, Asael, mira su cara —señaló Ramael.

—Bueno, si no quieres contarnos, lo haremos nosotros. Hace poco nos encontramos con ella y hablamos un poco.

—Aunque ella no quiso hablar mucho —indicó Ramael.

—¿Qué dijiste? ¿Dónde está ella?

—Ahora fuiste tú, Ramael, quien lo hizo enfadar, mira su cara —señaló Asael, riendo.

—Parece que la dulce Harmoni te interesaba mucho, así que te diré que la pobre sufrió un accidente. Qué pena, no la podrás ver por el momento.

—Ramael, no seas tan dura, ¿acaso no tienes sentimientos? —preguntó Asael sonriendo.

—Malditos, ¿qué le han hecho?!

—¿Esa es la manera correcta de dirigirte a tus superiores? Ya no hay respeto... —dijo Ramael.

—Malditos enfermos.

—Me dieron ganas de hacer arder este lugar. Me está irritando su actitud —señaló Ramael.

—Ahora, dime, infeliz, ¿qué estás planeando? La paciencia se agota. Dímelo o juro que te haré hablar a la fuerza y luego visitaremos a ese viejo de Serf. ¿Cómo se llama? —preguntó Asael.

—¿Al que le dicen el sabio? Creo que Allcan o algo así —respondió Ramael.

—Sí, a ese mismo, así que dime: ¿qué haces aquí?, ¿por qué Harmoni vino a verte?

—No sé de qué estás hablando, yo le pedí al Patriarca que me permitiera vivir aquí luego de la última recolección y él me autorizó, así que si tienes alguna queja debes decírselo a él. ¿O quieres que se lo diga yo? —respondió Daniel.

—Está bien, querido Daniel, te creo. Ahora nos iremos, pero antes ¿no te gustaría saber qué le pasó a la dulce Harmoni? —preguntó Asael.

Daniel, con expresión de odio y tristeza, se mantuvo en silencio.

—Bueno, no te pongas así, mejor que te lo cuente Ramael.

—¡Yo la asesiné! —exclamó ella, con una sonrisa malvada.

Y Daniel quedó paralizado por lo que había escuchado.

Mientras tanto, los jóvenes, al adentrarse en los bosques ciegos, descubrieron el significado de su nombre: en ellos había una magia poderosa que hacía que

todo aquel que entrara se perdiera, pues la niebla espesa que lo cubría debilitaba los sentidos de la orientación, la vista, el oído y hasta la fuerza. Sin embargo, Rafael, que al parecer era inmune a sus efectos, no dejaba de sentir esa presencia extraña que venía de la casa del maestro. Sin decirle nada a nadie, tomó la decisión de volver.

—Oh, no, esa poderosa energía viene de la casa del maestro, tal vez esté en peligro. Debo ir ahora... ¡Maestro!

Utilizando sus habilidades, pudo abrirse camino hacia la salida de aquellos bosques y así dirigirse a donde estaban esas presencias. Mientras, en la casa de su maestro:

—Tenías que haberla visto cuando atravesé su cuerpo. Le caían lágrimas por el fracaso. Qué pena, siempre tan dedicada a su trabajo.

—Pobre, debo decirte que ella me agradaba, pero eso le pasó por meterse en donde no debía. Además, trató de estorbar nuestros planes —añadió Asael, sujetando a Daniel por el cuello. Entonces, le advirtió—: Y eso le pasará a cualquiera que interfiera con nosotros, así que será mejor que te quedes en tu miserable casa y sigas bebiendo esa hierba de mierda. Dile a ese viejo que ya sabe lo que le pasará si sigue metiendo sus narices en lo que no le importa —dijo Asael.

Y, de repente, los tres pudieron sentir una presencia que se acercaba a gran velocidad y con un poder considerablemente alto.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Asael.

—Parece que alguien viene.

—¿Qué? —exclamó Daniel. Entonces, pudo ver quién era—: ¡Oh no, ese es Rafael!

De repente, una fuerte presión de aire cubrió todo el lugar y apareció Rafael.

—¡Maestro! ¿Quiénes son ustedes?

—¡Rafael, vete de aquí ahora! —exclamó Daniel.

—¿Maestro? —preguntó Asael.

—Conque esto era lo que ocultabas, miserable —dijo Ramael.

—Dejen a mi maestro en este mismo instante.

—¿Así que estabas jugando a ser maestro de nuevo? —señaló Asael.

—Eso es algo que no les incumbe a ustedes, así que lárguense de aquí.

—Oye, tú, maldito, te he dicho que lo sueltes —repitió Rafael.

Entonces, la mirada de Asael cambió y, soltando a Daniel, miró fijamente a Rafael, produciendo en este un fuerte temor. Asael le dijo:

—Así que tú eres aprendiz de Daniel. Parece que te enseñó a todo menos a

respetar a tus superiores. Pero no hay problema, yo mismo te lo enseñaré ahora.

—¿Superiores? —preguntó Rafael.

—No debiste haber venido aquí, ahora te harás cargo de tus propias consecuencias —señaló Daniel.

—Pero, maestro, yo...

—Me sorprendes, ¿acaso dejarás a tu discípulo en mis manos? —preguntó Asael.

—No haré nada.

—Entonces, niño, te daré una lección que jamás olvidarás —dijo Asael.

—Asael, me estoy comenzando a aburrir, así que termina de una vez o destruiré todo este lugar yo misma —dijo Ramael.

—No seas así, ¿no ves que la diversión recién comienza?

—Está bien, yo me sentaré a esperar en aquel lugar, pero no tardes.

—Bueno, niño, prepárate.

—¡No soy un niño! —exclamó Rafael.

—Como quieras.

Y la pelea comenzó. Todo indicaba a que Rafael nunca podría medirse con Asael, pero su tenacidad lo empujaba a dar pelea sin rendirse. Rafael lanzaba golpes de puños y patadas a mucha velocidad, pero ninguna lograba tocar a su adversario. Parecía que estaban en dimensiones diferentes, aunque Rafael no había usado todo su poder.

Daniel y Ramael solo observaban el combate desde sus lugares.

Asael, con un solo movimiento de sus manos, logró enviar a Rafael por los aires causándole gran daño.

—¿Eso es todo lo que tienes? Ni siquiera te he tocado y ya estás casi muerto. Te falta velocidad y fuerza, además de actitud, pero qué más se puede esperar del aprendiz de un inútil. —Ya cállate, no permitiré que insultes a mi maestro. El oscuro contrincante no paraba de golpear al niño, aunque con poco esfuerzo, pero este se volvía a levantar una y otra vez sin notar que su fuerza estaba aumentando poco a poco.

«¿Qué sucede aquí? ¿Será que el poder de ese niño está aumentando levemente? Qué extraño», pensó Ramael.

—Qué gracioso —sonrió Rafael.

—¿De qué te ríes?, ¿acaso te gusta el dolor? —preguntó Asael.

—He entrenado por mucho tiempo aquí y, aunque creí que mi fuerza no paraba de crecer, no he sido capaz de asestar un solo golpe... —Entonces, miró a

Daniel—. Maestro, perdóneme, pensé que había sido un buen estudiante, pero me doy cuenta de que hice todo mal.

—No, hijo, todo lo que has hecho estuvo bien, pero debes saber que cada cosa tiene su tiempo. El adversario que tienes enfrente ahora es uno de los más fuertes, así que no te sientas mal —dijo Daniel.

—Qué conmovedora situación, la sinceridad entre alumno y maestro me llena de emoción. Para que vean que soy alguien bueno, voy a matarlos a ambos — señaló Asael.

En ese momento, se comenzó a sentir una fuerte energía que lo cubría todo.

—¿Pero qué?! —exclamó Asael.

—Vaya, parece que este niño tiene más poder del que sabe usar —indicó Ramael.

—Así parece. A ver, niño, demuestra lo que tienes.

La energía comenzó a crecer tanto que llegó hasta los bosques ciegos y todos los que estaban allí pudieron sentirla.

—Pero este poder es de... —comenzó a decir Uriel.

—¡Rafael! —exclamó Sariel.

—No entiendo qué está pasando, puedo sentir otras presencias con él, además del maestro —dijo Miguel.

—Esto viene de la casa del maestro.

—¿Acaso Rafael está ahí? —preguntó Rael.

—Pero ¿Cómo saldremos de aquí? No puedo ver nada —preguntó Remeiel.

—Trataré de hacer algo, he estado practicando el uso de mi poder, tal vez sirva. Háganse a un lado. ¡Destellos de luz! —exclamó Gabriel.

Todos quedaron sorprendidos al ver cómo Gabriel con su ataque abría un gran camino hacia la salida disipando la gran niebla mágica que lo cubría.

Era como un milagro; un adolescente utilizando su poder había podido iluminar los bosques ciegos. Estaban tan sorprendidos que felicitaron a Gabriel y salieron como relámpagos en la tormenta hacia la casa del maestro. ¡Increíble!

—Ya entiendo, no sé por qué, pero puedo sentir la sangre de inocentes en ustedes pidiendo justicia. Yo haré que paguen, miserables —exclamó Rafael.

—¿Que tú qué? —preguntó Asael.

—¿Qué estás haciendo, Asael? Deja de jugar y mávalo ya, ¿o es que quieres que lo haga yo?

—¿Tú qué crees? Ahora mismo acabaré con él.

—No sin antes recibir uno de mis ataques con todas mis fuerzas —dijo Rafael.

—¿Eh? —preguntó Daniel.

—Eso quiero verlo, que sino esto sería muy aburrido —señaló Asael.

—He soñado que caminaba por lugares extraños rodeado de estrellas y hasta pude ver otros mundos, luces interminables y caminos infinitos, así como una especie de prisión oscura que se alimentaba de planetas y de esas mismas estrellas. Todo lo que caía en ella se desvanecía y desaparecía. —Mientras hablaba, su fuerza aumentaba y una luz oscura como del mismo universo lo rodeaba—. Entonces, entendí que ese era mi mundo y que hoy esa será tu prisión... ¡La prisión de las estrellas! —Rafael gritó con fuerza al lanzar un poderoso ataque

Entonces, una oscuridad en forma de remolino atrapó a Asael, quien estaba sorprendido, aunque no se lo veía preocupado.

—Muchacho, lo que acabas de hacer ha sido increíble, me has dejado sorprendido. ¿Daniel te enseñó a hacer conjuraciones? Es como si esto me estuviera absorbiendo.

El agujero negro engulló por completo a Asael haciéndolo desaparecer; sin embargo, Ramael no mostró rastro alguno de preocupación.

—Al fin lo derroté. ¡Ahora es tu turno! —exclamó dirigiéndose a Ramael.

—¿Eso crees?, pero si ni siquiera le hiciste daño a mi compañero —dijo Ramael con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—¡Rafael, detrás de ti! —exclamó Daniel.

Entonces, se abrió de nuevo el agujero oscuro y se pudo escuchar la voz del temible enemigo.

—Déjame felicitarte por esta estupenda técnica. Tal vez con alguien de tu nivel hubiera funcionado, pero conmigo es solo un juego de niños —dijo Asael, con una sonrisa.

—Me imaginaba que no funcionaría, pero déjame decirte que aún estás atrapado en ella y que todavía no has recibido su verdadero poder.

—Pero puedo destruirlo ahora mismo sin problemas —dijo Asael.

—No si te destruyo primero a ti. ¡Coalición infinita! —exclamó Rafael.

—¿Pero qué?! ¡¡Ah!!

Lo que Asael no sabía era que el efecto de la técnica de Rafael era atrapar y debilitar a sus oponentes y que luego causaba una gran explosión interna que terminaba destruyendo a quien la recibiera. Sin embargo, no fue capaz de matar a tan poderoso enemigo y lo que hizo fue provocar más su enojo.

Entonces, Ramael se puso de pie con la intención de matar al joven, pero

Asael, levantándose del suelo sin un rasguño, la detuvo.

—Ramael, te dije que yo me encargaría de esto, así que ya no interfieras por favor. — Entonces, volviéndose hacia Rafael, gritó—: ¡Niño insolente, has sido muy valiente al darme unos golpes, pero no volverá a pasar! Ahora destruiré todo este maldito lugar.

—A pesar de haber usado todas mis fuerzas no le he hecho ningún daño, ahora sí creo que estamos perdidos —dijo Rafael.

—Por tu gran esfuerzo, te premiaré con uno de mis más grandes ataques. Todo el lugar comenzó a temblar por causa del gran poder de Asael, quien estaba enfurecido. Ramael conocía esa técnica, así que inmediatamente creó un campo de energía a su alrededor para protegerse.

—Asael, detente, no lo hagas, destruirás todo —suplicó Daniel.

—Ya no hay vuelta atrás; ahora, desaparezcan. ¡Destrucción mortal!

Y el gran poder de Asael cubrió todo el lugar. Por su causa, todo estaba por ser destruido, no había manera de parar tal ataque gigante, y Rafael comenzó a perder las esperanzas.

—Lo siento, maestro, pero parece que por mi culpa ha llegado nuestro fin —se lamentó Rafael.

—No desesperes, muchacho, si ha de llegar nuestro fin debemos aceptarlo. Mientras tanto, no nos rendiremos.

La gran bola de energía descendía sobre ellos para destruirlos, hasta que algo más sucedió: poderosas presencias llegaron al lugar y sus invocaciones de guerra se oyeron al unísono:

—¡Escudo de luz!

—¡Huracán relampagueante!

—¡Destellos de luz!

—¡Temblor de las estrellas!

—¡Tormenta de fuego!

—¡Explosión ardiente!

—¿Pero qué es eso?! —exclamó Asael.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ramael.

Una gran esfera que acumulaba la energía de todos subió, impactando directamente contra el ataque de Asael. Un gran temblor azotaba todo el valle por el gran choque de estos poderes. Nadie podía creerlo, pero eran Uriel, Miguel, Sariel, Rael, Gabriel y Remeiel, que habían llegado justo a tiempo para ayudarlos.

—¡Maestro, Rafael! Perdonen la demora, nos ha costado bastante encontrar

sus yerbas —se disculpó Miguel.

—Rafael, ¿acaso creíste que te quedarías con toda la diversión tú solo? —dijo Uriel.

—¡Amigos!

Daniel estaba sorprendido por el gran poder de sus aprendices, además de que pudo ver que cada uno de ellos traía consigo las yerbas que les había encargado.

Entre todos generaron un gran choque capaz de vencer el poderoso ataque de Asael, elevándolo hacia el cielo y causando una gran explosión que arrasó con todo el lugar, pero, gracias a la barrera de Miguel, todos resultaron ilesos, aunque Asael y Ramael también lo estaban.

—¿Conque tenías más de un discípulo, maldito traidor, y a todos les has enseñado a conjurar su poder?! —dijo Asael—. No crean que me han derrotado solo por haber unido sus fuerzas, pues ahora mismo les mostraré mi verdadero poder.

—Han agotado mi paciencia, voy a matarlos a todos —dijo Ramael.

Pero, cuando se preparaban para atacar de nuevo, una fuerte voz se escuchó:

—¡Ya basta!

Todos se voltearon a mirar para saber de dónde venía tal voz. Alguien más había llegado al campo de batalla.

—Miren, otro sujeto poderoso ha llegado —añadió Sariel.

—Ese es... —empezó a decir Daniel.

—¿Qué es lo que quieres, Yehadiel?, ¿no ves que estamos ocupados? —le espetó Asael.

—Hola, Daniel, ha pasado mucho tiempo. Primero déjame felicitarte por tus alumnos, se ve que les has enseñado bien.

—Yehadiel —Dijo Daniel al saludarle.

—¿Y ustedes dos no tenían que entregarle un informe al Patriarca?

—Estábamos de camino, pero nos detuvimos a saludar a un viejo amigo — señaló Ramael.

—Ya veo, pero nuestro señor quiere verlos ahora mismo y no hay tiempo para estar jugando —dijo Yehadiel.

—Está bien, en un momento vamos. Escúchame bien, Daniel, nuestro encuentro aún no ha terminado. Tú, niño, ¿Rafael es tu nombre?, disfruta tu vida mientras puedas, pues pronto nos volveremos a ver. Adiós —se despidió Asael.

—Adiós, Daniel —repitió Yehadiel.

Y, como rayos en el cielo, los tres arcanianos se marcharon.

Esta prueba tan difícil se había terminado gracias a la intervención de Yehadiel, que vino con la orden del Patriarca. Pero todos ahora tenían más preguntas y sabían que algo mayor se acercaba.

—Rafael, lo que hiciste fue estúpido —dijo Daniel—, pero me has dado una gran lección. He visto que has superado tu fuerza y no solo tú, sino también todos ustedes; ahora ya saben lo fuertes que serán los obstáculos que deben pasar para cumplir con su misión y su propósito.

»En lo que respecta a tus habilidades, estoy seguro de que te serán de mucha ayuda a ti y a tus compañeros en el futuro, por eso debemos enfocarnos en ellas. No hay tiempo que perder, debemos continuar con el entrenamiento.

Rafael poseía grandes habilidades, como la de doblar el espacio y el tiempo, al igual que la teletransportación por medio de portales, por lo que Daniel, al descubrirlo, decidió enfocarse en eso, ya que tal vez en el futuro les sería de gran ayuda en la batalla.

—Es cierto que necesitan ser más fuertes, pero a partir de este momento será su propia responsabilidad; han aprendido todo lo que yo podía enseñarles y hasta creo que me han superado por mucho, así que deberán buscar su propio camino de ahora en adelante. De todas formas, tengo una tarea para darles; vamos a arreglar este desastre y construiremos una casa nueva, ahora más grande. ¿Qué les parece?

—¡Sí, maestro!

Todos se acercaron a felicitar a Rafael por su enfrentamiento con tan poderoso contrincante. Todos se abrazaron y se emocionaron porque se dieron cuenta de lo fuertes que se habían vuelto.

—Maestro —dijo Remeiel—, hemos traído sus yerbas, aunque no sé bien para qué sirven.

—Muchas gracias —respondió Daniel—, nunca dudé de ustedes. Sin ellas, no podría preparar mi delicioso té.

Todos comenzaron a reír y, en medio de sus risas, pudieron escuchar a alguien hablar.

—Hola a todos, déjenme saludarlos con la paz de nuestro pueblo —saludó Allcan.

Todos quedaron sorprendidos al escuchar esa voz tan extraña.

—Primero que nada, quiero felicitarlos, poderosos guerreros, por su gran desempeño en tan difícil batalla. Y a ti, Rafael, que tuviste el valor de enfrentarte a uno de los más fuertes guerreros de Arcan. Mi nombre es Allcan

y soy el sabio de Serf.

»Tal vez no lo sepan, pero ellos asesinaron a Harmoni. Ella nació en Serf, como dos de ustedes, y era una guerrera leal al rey. Fue escogida y llevada a Arcan para convertirse en guardiana de nuestro mundo, pero lamentablemente tuvo este trágico final. Siempre quiso hacer lo correcto y, aunque se lo advertí, ella se dirigió rumbo a su muerte, aunque tal vez ese era su destino. El dolor que sentimos no podrá sanar, pero no podemos detenernos aquí a llorar, pues debemos seguir y combatir contra las fuerzas del mal que nos han invadido; todo se ha contaminado.

»Asael y Ramael se expusieron demasiado y ya no tienen control; ahora son esclavos de sus deseos. Estoy seguro de que algo sucede, aunque no sé muy bien qué es. Es necesario detenerlos y saber qué está por suceder e impedir que nuestro mundo sea destruido, pues ustedes son los únicos que pueden hacerlo. Deben hacer que nuestro planeta sea lo que fue; esa es su misión y su propósito.

»Daniel, tú debes guiarlos hasta el final de su entrenamiento para que ellos alcancen el máximo de su poder. Les deseo mucha suerte y, si necesitan algo, aquí estaré.

Daniel y sus discípulos agradecieron las palabras del sabio y todos quedaron en silencio por el gran asombro que tenían.

—Bueno, ya lo oyeron —dijo Daniel—, no hay tiempo para lamentar ni pensar siquiera. Tenemos que trabajar duro, es mucho lo que hay que hacer, así que manos a la obra.

—¡Sí, señor!

Capítulo VII

Luego de la feroz batalla que se libró en el valle oculto, Yehadiel fue en busca de Asael y Ramael por orden directa del Patriarca. Estos tenían la misión de investigar dónde estaba la mayor concentración de energía oscura y también si había alguien más que lo supiera.

Los tres regresaron a gran velocidad; sin embargo, el nuevo poder de Asael y su compañera comenzó a hacer efecto desde su interior, provocándoles hambre y sed como nunca habían sentido, y Yehadiel, quien los escoltaba, pudo percibir tal energía, por lo que cierto temor lo invadió.

—Pero ¿qué significa esto?, siento como si el poder de esos dos se incrementara bruscamente, como si hubieran superado al mío —dijo Yehadiel.

—¿En qué piensas, Yehadiel? —preguntó Ramael—. Parece como si algo te preocupara. No será que nos tienes miedo, ¿verdad?

—¿Tenerles miedo a ustedes? ¿Qué cosas dices? Al único al que hay que temer es a nuestro señor.

—Como tú digas —respondió Asael con una risa burlona.

Sin embargo, estos dos ya casi ni parecían ellos mismos, solo pensaban en saciar sus deseos. Pronto llegaron al templo y se dirigieron todos al salón principal, donde Shemihaza aguardaba impaciente.

—Creí haberles dado una orden a ustedes dos, y lo primero que hacen es estar jugando.

—Quiero saber —empezó Asael— por qué mandó a ese inútil a buscarnos.

Estábamos cumpliendo parte de nuestro trabajo, que es investigar.

En ese momento, otro de los líderes estaba también en el salón, pero estos dos no lo habían notado.

—¿Te parece prudente cuestionar las decisiones de nuestro señor? —preguntó Artaqof—. ¿Y en mi presencia?

Un gran temor invadió sus corazones al ver a este poderoso arcaniano que, según se decía, formaba parte de los generales principales y más poderosos del rey, luego del Patriarca.

—Lo siento, mi señor, yo...

—Lo sentimos, poderoso señor —intervino Ramael—. Le pido por favor que perdone la impetuosidad con la que actúa mi compañero Asael, le prometo que no volverá a pasar. —Espero que así sea, si es que valoran sus vidas —se oyó murmurar a Artaqof.

—Está bien —acalló Shemihaza—. Ahora, díganme: ¿qué es lo que tienen para mí?

—Si me permite, señor, quiero preguntarle algo —dijo Asael. —Adelante.

—¿Es cierto que usted le permitió a Daniel vivir fuera de Arcan?

—Ustedes solo deben hacer lo que les ordeno y nada más. Con respecto a Daniel, vino a mí a solicitar autorización y yo se la di, no sé por qué genera tanto alboroto.

—¿Pero mi señor sabe qué está haciendo en ese lugar?, ¿sabe que está entrenando nuevos guerreros?

—Estás molesto porque unos niños te dieron unos cuantos golpes y tu orgullo quedó por el suelo —dijo Yehadiel.

—Tú cállate o ¿es que quieres morir?

—Ya basta. Yehadiel, por favor, déjanos solos.

—Como usted ordene.

—Escúchenme ustedes dos —dijo el Patriarca—, no me interesa qué haga o deje de hacer Daniel con su vida y a ustedes tampoco debe importarles, pero lo que quiero saber es si pudieron hacer lo que les dije.

—Espero que sean buenas noticias y no solo hayan desperdiciado el tiempo con niños —dijo Artaqof.

—Pues déjenme decirles que sí —explicó Asael—; hemos hecho un hallazgo bastante interesante, y esto podría cambiar para siempre el futuro de AN y el nuestro también.

—Nos envió a contener la energía, pero alguien ya había contactado antes con ella —explicó Ramael.

—¿Cómo es eso posible? ¿Quién fue?

—Hemos podido seguir su rastro, que nos llevó hasta Querb, donde dimos con el sujeto. Esto llamará más su atención —dijo Ramael.

—Es un querubín, aunque distinto al resto de su raza, este posee una belleza y poder que supera por mucho a nuestros lacayos —añadió Asael.

—Entonces es un prodigio, alguna mezcla tal vez —señaló Artaqof.

—No lo sé, pero tiene a toda la ciudad bajo su control, y lo mejor es que está planeando una revolución.

—¿Una revolución? Tal vez se le subió el poder a la cabeza y quiere mi puesto como patriarca —dijo Shemihaza con una sonrisa burlona.

—¿Y por qué no lo trajeron ante nuestro señor?

—Con todo respeto, Artaqof, lo que en realidad quiere es el trono del rey.

—¿Qué has dicho? —preguntó Shemihaza.

—¿Y vienes a decirnos eso, sin haber tomado las medidas correspondientes?

—prosiguió Artaqof.

—Sin intención de ofenderlos, pude haberlo matado, pero creímos que era la oportunidad perfecta para hacer lo que siempre hemos querido todos —dijo Asael.

—¿De qué estás hablando?

—Ya fue suficiente, ahora mismo los destruiré por levantarse en contra de nuestro rey —dijo Artaqof.

—No puede negármelo, señor, yo sé muy bien lo que usted quiere.

—Voy a matarte —susurró Artaqof.

—¡Espera, Artaqof! —exclamó Shemihaza.

—Pero, señor...

—Lo veo muy convencido de lo que dice, dejemos que nos diga su punto.

Continúa, Asael.

—Si ayudamos al querubín, podremos saber qué tiene en mente nuestro rey.

—Yo como patriarca conozco todos los deseos del rey, y no hay nada que él nos oculte, Asael.

—¿Está seguro? Hace trescientos años que el rey no convoca a nuestro señor a reunión y tampoco creo que mi señor sepa sobre la existencia de un nuevo mundo.

—¿Cómo? Explícate ahora mismo —exigió el Patriarca.

—¿De dónde cree que vino esa extraña energía? Lo que en realidad pienso es que esa energía fue usada para crear un nuevo mundo y que, al parecer, nuestro rey tiene algo que ver —dijo Asael.

—Mi señor no tiene por qué seguir escuchando estas mentiras —susurró Artaqof.

—Si cree de verdad que esto son mentiras, máteme, pero, si lo que digo es cierto, se arrepentirá.

—Está bien, ahora dime una cosa: ¿por qué crees que nuestro rey estaría involucrado en ese nuevo mundo?

—No lo sé —respondió Asael—, pero lo que sí sé es que cuando hicimos contacto con esta energía pude ver ese nuevo mundo, muy parecido al nuestro,

aunque he visto que hay una especie de vida no muy avanzada en él. Siento que hay una gran concentración de poder ahí, por lo que creo que el mismo rey ha estado en ese lugar.

»Ese gran poder creó una fuerte explosión en el universo provocando una ruptura en nuestra dimensión. No hemos sido invadidos, solo fue un daño colateral, por lo que creo que la única manera de confirmarlo es permitirle al querubín llevar a cabo su revuelta y aprovechar nuestra oportunidad para obtener nuestra libertad e irnos a ese mundo del que egoístamente el rey nos ha excluido.

—¡Increíble! —exclamó Artaqof.

—Lo mismo pensé —contestó Asael—, por eso solicito autorización para poder actuar con libertad y así llegar al final de esto.

—Maldición, ¿mi trabajo no ha sido suficiente como para ocultarme algo así? A mí, que siempre le he servido, ¿ahora me paga con esto?

—Tal vez ya no confía en usted o quizá tiene un reemplazo.

En ese momento, el alma del Patriarca se turbó y en él creció un leve rencor y enojo que hizo cambiar su actitud por completo.

—Nadie puede reemplazarme, soy el más poderoso entre los veinte generales, yo tengo el máximo control de las fuerzas del planeta.

—Señor, usted sabe que le seguimos y estamos de su lado, por eso creo que no debiste dejar que Daniel se fuera. Seguramente sabe algo que nosotros no sabemos, igual que ese tal sabio de Serf.

—Asael tiene razón, mi señor, debería dejarnos ir a interrogar a ese viejo y a Daniel y sacarles todo lo que saben —dijo Ramael.

—Artaqof, ¿qué opinas de todo esto? —preguntó el Patriarca.

—Pienso que deberíamos tomar el control total de la situación ahora mismo, lo que ayudará también a descubrir quiénes están a favor y en contra. Mientras tanto, sería prudente mantener la mayor discreción posible.

—Tienes razón, eso haremos. Envía a Harmoni a Serf para averiguar qué sabe el sabio, ya que él confía en ella.

—Me temo que Harmoni no podrá, porque está muerta —intervino Asael.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo que está muerta?

—Señor, ella fue sin su permiso a Querb —explicó Ramael— y nos descubrió hablando con el querubín sobre la revuelta. Trató de llevárselo y me vi en la obligación de matarla, pues podría haber arruinado todo. Además, nos enteramos de que antes se había reunido con Daniel.

—Esto se nos está yendo de las manos. ¿Quién más sabe de su muerte?

—Nadie más lo sabe, mi señor.

—Esto es lo que haremos: ustedes dos se encargarán de llevar a cabo la revolución y enviaré a Yehadiel a Serf.

—Pero, señor, ¿qué hacemos con Daniel y sus aprendices?

—Por el momento nada, lo dejaremos tranquilo; si tiene algo planeado dejaremos que salga a luz.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? —preguntó Asael.

—Será mejor que cuides tus palabras y te limites a hacer lo que te ordena nuestro señor, ¿entendiste? —le dijo Artaqof con tono amenazante.

—Lo siento, señor, no volverá a suceder.

—Con su permiso, nos retiramos —dijo Ramael.

Una vez fuera, Ramael le comentó a su compañero: —Creo que todo ha salido bien.

—Todo va como lo planeamos.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Alimentarnos —respondió Asael.

Ambos se dirigieron a la tierra de los animales y cometieron crímenes contra ellos. Se alimentaron de su carne y bebieron su sangre, mientras su poder aumentaba.

El espíritu de las víctimas comenzó a subir al cielo y a cubrir el aire y el sol colmando de oscuridad y frío gran parte del planeta. Los habitantes de Portcan se sumieron en el miedo.

En la ciudad de Querb se preparaba un gran ejército para la guerra y ya no había cánticos ni luz como al principio. Muchos de los querubines no estaban de acuerdo con las ideas de su nuevo líder y, por tal razón, algunos fueron encarcelados y otros asesinados por oponerse a las leyes.

Luzbel, quien lideraba esta revuelta, dejó de lado su aspecto pacífico y, cambiándose el nombre, dejó de llamarse Luzbel y pasó a ser Lucifer.

Las visitas de los arcanianos eran constantes para darle indicaciones y revelarles secretos del ejército de Portcan y del reino. Además, comenzaron a enviar a sus soldados en secreto para acabar con Daniel y sus aprendices.

—Hola, Luzbel; o, mejor dicho, Lucifer. Me gusta el cambio de nombre y el de tus atuendos, van mejor con tu personalidad.

—Muchas gracias, solo quería dar una mejor impresión. No es por presumir, pero el nuevo rey debe tener buena presentación.

—Ya veo y, hablando de eso, ¿cómo van los preparativos para tu fiesta? —preguntó Asael.

—Ya estamos casi listos, solo espero tus indicaciones.

—Perfecto, no te desesperes, aún estamos atando cabos sueltos. No queremos que nada arruine todo esto, ¿verdad?

—Está bien, seguiré esperando —respondió Lucifer. —¿Has notado algo extraño en esos dos? —preguntó Artaqof.

—Así es, parece que han consumido bastante de esa energía —señaló Shemihaza.

—No sé hasta qué punto podemos confiar en ellos.

—No te preocupes, los tendremos vigilados. Ahora no puedo dejar de pensar en aquel nuevo mundo del que nos habló Asael. ¿Qué tendrá pensado el rey?

—No lo sé, tal vez crear una nueva civilización.

—Es extraño, muy extraño —murmuró Shemihaza.

—Dejaremos por el momento todo en manos de esos dos. Mientras tanto, debemos ver qué hacemos con Daniel y sus discípulos.

—Cuando sea el momento, lo llamaré; quizá nos pueda servir de algo.

En ese momento, un lacayo del Patriarca avisó de que dos generales necesitaban hablar con él urgentemente.

—Diles que pasen.

—Señor, permítanos presentarnos ante usted. Necesitamos hablarle de algo.

—Yomiel y Turiel, ¿qué desean dos de los guardianes del cielo?

—Señor, algo terrible está pasando en el planeta: el sol se ha oscurecido y el clima ha cambiado de manera repentina.

—¿Desde cuándo sucede esto?

—Ha comenzado ahora. Se supone que los que controlan que todo esté bien con las estrellas solares y el clima son los querubines; ellos deben avisarnos de todo —explicó Yomiel.

—Además, déjeme informarle de que hemos sentido que el espíritu subía hacia nosotros desde la tierra de las bestias pidiendo justicia. Algo está muy mal, ¿no cree usted que nosotros como guardianes debemos tomar parte en esto? —preguntó Turiel.

—¿Dices que la tierra de las bestias ha sido atacada?

—No lo sé con certeza —respondió Turiel.

—Permítanos ir a investigar y encargarnos de todo. Shemihaza, mirando a Artaqof, les dijo:

—Está bien, vayan.

—Muchas gracias, señor, con su permiso.

Ambos guardianes partieron rumbo a Querb, pero antes pasarían a investigar

lo que había pasado en la tierra de las bestias, ignorando por completo que el mal los aguardaba.

—No sé si he hecho bien en enviarlos, Artaqof.

—Por el momento debemos dejar que cumplan con su labor de guardianes, pero, si estamos decididos a seguir en este camino, ellos son un estorbo para nosotros.

—Tienes razón, dejaremos que las cosas fluyan por sí solas.

—Espera, Turiel —dijo Yomiel.

—¿Qué ocurre?

—Puedo sentir una fuerte presencia que viene desde aquel

lugar.

—Ahora que lo dices, Yomiel, es verdad, y no es una presencia cualquiera, sino que me parece conocida.

—Dejaremos Querb para después, vamos.

Cambiando su rumbo, los generales se dirigieron directamente a la tierra de las bestias, de donde provenía ese extraño poder y un fuerte olor a muerte. Al llegar comenzaron a ver decenas de cadáveres de animales por todas partes; lo que antes era un lugar lleno de vida se veía como un infierno. Sin entender nada, descendieron. —¿Quién ha podido hacer esto? —preguntó Turiel. —Juro que haré pagar al responsable.

—Yomiel, la energía que sentimos viene de aquella pequeña montaña.

—Malditos.

Enfurecidos, llegaron donde estaba la presencia maligna que habían detectado y pudieron ver a Ramael y Asael alimentándose de una criatura que yacía en el suelo. Sus caras se llenaron de espanto y horror al ver a ambos bañados en la sangre de sus víctimas.

—Ustedes. ¿Qué han hecho? —preguntó Turiel.

—Malditos asesinos —dijo Yomiel.

El aspecto de Asael y Ramael era como el de bestias salvajes cuando se alimentan, emitiendo rugidos. Además, de sus ojos emanaba un brillo oscuro y tenebroso.

—Hola, amigos, perdonen nuestros modales —saludó Asael.

—Asael, no seas descortés. ¿Por qué no los invitas?

—Es verdad, perdónenme, ¿quieren unirse a nuestra fiesta?

Y, sacando sus espadas, dijo Turiel:

—Han cometido un pecado imperdonable contra nuestro mundo y nuestro rey.

—Su actitud es poco amigable —dijo Ramael con burla.

—No me interesa saber por qué hicieron esto. Por la autoridad que nos ha sido conferida, los declaro culpables de crímenes contra nuestro rey y nuestro mundo. El único castigo es la muerte —amenazó Turiel.

—¿Así que van a matarnos? Eso quiero verlo —se rio Asael.

—Ustedes ya no tienen salvación.

Los cuatro comenzaron a expulsar todo su espíritu preparándose para librar una terrible batalla. Se podía sentir una gran fuerza y energía que cubrió todo el lugar y se expandió hasta donde estaba Daniel.

—¿Qué poder estoy sintiendo? —murmuró Rafael, lejos de allí.

—Increíble —murmuró Miguel.

—Maestro, venga, por favor —dijo Sariel.

—También puedo sentirlo, acaba de comenzar una batalla en algún lugar.

—Pero, maestro, ¿quién contra quién? —preguntó Gabriel. —Si no me equivoco, son Asael y Ramael, pero ¿cómo obtuvieron ese poder? Han cambiado mucho desde que estuvieron aquí —explicó Daniel.

—Malditos miserables, ¿quiénes son las otras dos presencias? —preguntó Uriel.

—Creo que son de Yomiel y Turiel, dos guerreros designados para cuidar desde los cielos la naturaleza y mantener el orden de la vida. Tal vez descubrieron algo importante y se vieron obligados a pelear. ¡Maldita sea!

—Pero, maestro... —Remeiel parecía preocupada.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Miguel.

—No podemos hacer nada, Miguel, tendremos que confiar en los guardianes y en que la victoria esté de su lado.

La batalla entre los cuatro comenzó en la tierra de las bestias y era notable la diferencia de poder entre ellos. Los guardianes no podrían ganarles y mucho menos ahora que Asael y Ramael se habían alimentado y habían absorbido la fuerza de sus víctimas.

Yomiel se enfrentaba a Ramael, cuando ella utilizó su brazo para atravesarlo por el pecho con una velocidad increíble, usando su técnica llamada «Espada ardiente», la misma con la que mató a Harmoni.

—Mi señor, perdóname por no cumplir con mi labor como debía, pero lo he

dejado todo en el campo de batalla —Se lamentó Yomiel mientras su alma se extinguía.

—Como guardián eres una basura, no entiendo cómo pudieron darte tal cargo, inútil, pero tu sangre me servirá de alimento —se burló Ramael.

En ese instante, Turiel, que combatía con Asael, vio morir a su compañero y trató de ir en su ayuda, pero Asael aprovechó su distracción y, sin dudarlo, le cortó la cabeza en el aire. —No debieron meterse con nosotros.

En el templo, el Patriarca y Artaqof sabían lo que había sucedido y, aunque sintieron un poco de dolor por la caída de los guerreros, no hicieron nada.

—Señor, hemos enviado a dos guardianes a su muerte, no creo que alcancemos el perdón de nuestro rey.

—Lo siento mucho, hermanos.

—La guerra ha comenzado y, aunque no sabemos por qué, ya está en sus primeras etapas. El dolor que siento es profundo, por eso ustedes deben volverse más fuertes. Hoy comenzaremos la etapa final de su entrenamiento —explicó Daniel.

—Te maldigo, Asael, juro que te haré pagar por tus crímenes —dijo Rafael.

—Debo volverme más fuerte, ya no puedo perder tiempo —murmuró Uriel.

—Amigos, no nos dejemos dominar por esta aflicción, estoy seguro de que todo saldrá bien; la voluntad del rey está de nuestra parte —apaciguó Miguel.

—¡Sí, aún hay esperanza! —exclamaron todos.

Capítulo VIII

Habían pasado ya siete años desde que los jóvenes elegidos comenzaron su entrenamiento con Daniel, su maestro. La etapa llegaba a su fin y ellos ya estaban listos para enfrentarse a su destino.

En el transcurso de ese tiempo muchos cambios habían acontecido en el planeta, cambios radicales que afectaron al clima, la atmósfera y la vida misma, cobrándose el alma de tres guardianes de Arcan, así como de muchos otros inocentes.

Pero esto recién comenzaba y en AN había un gran temor en los corazones de los más débiles y de los habitantes del resto de las ciudades. Un plan maligno se desarrollaba en el corazón de Querb y lo peor es que contaba con el respaldo del Patriarca.

La voz del rey no se escuchaba ya desde hacía más de trescientos años y ese silencio abrió una puerta a la guerra y la destrucción. Nadie entendía qué sucedía y en Portcan esperaban fielmente que el rey regresara. Nunca dejaban de creer y, aunque ellos no lo sabían, él ya había enviado un mensaje.

Mientras tanto, en Arcan, los generales sospechaban y murmuraban acerca de las acciones del Patriarca al no interceder ni hacer nada al respecto con la situación actual, sobre todo con la nueva orden, que dictaminaba que ningún vigilante, soldado o guardián podía dejar la ciudad sin autorización y que cualquiera que incumpliera esta norma sería catalogado como traidor y recibiría el peor de los castigos.

Sin embargo, las dudas eran mayores y generaban divisiones de ideas, aunque eran muy pocos los que estaban en desacuerdo.

Zequel, con el cargo de vigilante y guardián, estaba en contra de los métodos de Asael e ignoraba que Harmoni, Turiel y Yomiel estaban muertos, por lo que, a pesar de la orden, decidió investigar por su cuenta. Sin embargo, al salir fue visto por alguien más.

—¿A dónde crees que vas, Zeqel? —preguntó Ananel. —Ananel y Satoel, no tengo por qué daros explicaciones. —Sabes que nuestro señor dio la orden de que nadie abandonara la ciudad sin su permiso, y cualquiera que lo haga lo pagará caro —dijo Satoel.

—Entonces puedes ir corriendo a decírselo, yo necesito saber qué está pasando.

—¿Y piensas ir solo?, ¿no llevas a ninguno de tus hombres? —preguntó Ananel.

—No quiero involucrarlos en mis decisiones.

—Entonces nosotros te acompañaremos —respondió Satoel.

—¿Cómo?

—A decir verdad, también tenemos nuestras dudas —confir- mó Ananel.

—Sí, dos de nuestros compañeros no han regresado de su misión y tengo entendido que la generala Harmoni tampoco.

—¿Cómo es eso posible?, si fueron enviados hace un año —preguntó Zeqel.

—Así es, y nadie nos ha dicho qué ha pasado. Algo anda mal aquí.

—El cambio del clima, la energía extraña y poderosa, la oscuridad repentina y la desaparición de nuestros camaradas... Todo esto me hace dudar, por lo que he decidido acompañarte —añadió Satoel tras la intervención de Ananel.

—Está bien, vayamos primero a Serf para hablar con su líder y luego a Querb —dijo Zeqel.

—Vamos.

Sin haberse percatado de que alguien más estaba cerca de ellos oyendo todo lo que planeaban, se dispusieron a partir.

En las puertas del salón del Patriarca apareció un lacayo.

—Señor, un general solicita hablar con usted.

—Dile que pase.

—Señor, me presento ante usted humildemente —dijo Samael.

—¿Qué se te ofrece, Samael?

—Mi señor, quiero informarle de que tenemos traidores en Arcan.

—¡Explícate! —exigió Artaqof.

—Zeqel ha salido de la ciudad por su propia cuenta y decisión, aun sabiendo sobre las órdenes de mi señor. Además, no estaba solo, ya que Ananel y Satoel le acompañaban, y los oí decir que tienen sospechas de sus acciones.

—¿Acaso están volviéndose en mi contra? —se sorprendió el Patriarca.

—De cualquier forma, he venido a solicitar su permiso para ir en su busca y

traerlos ante usted. Si me lo permite, yo mismo los castigaré; todo aquel que traicione y desobedezca sus órdenes solo merece la muerte —dijo Samael.

En ese mismo momento, Asael y Ramael se presentaron ante el Patriarca.

—Señor, necesitamos hablar con usted —dijo Ramael.

—Vaya, vaya, miren a quién tenemos aquí —señaló Asael—, mi querido amigo Samael, ¿cómo has estado?

—No tan bien como ustedes, al parecer.

—¡Qué!

—¡Basta! Samael, ve y tráelos ante mí.

—Eso haré, señor, parto ahora mismo —dijo Samael.

Y la persecución de Samael comenzó, mientras los guardianes se dirigían a Serf.

—Hijos míos, quiero decirles que el entrenamiento ha terminado y que lo han superado formidablemente. Les he enseñado todo lo que sé sin guardarme nada y ahora están listos para servir a Su Majestad. Desde este momento, ya no serán llamados ‘aprendices’, sino compañeros y amigos.

—Si todos me lo permiten, quiero agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros y quiero que sepa que en mi corazón siempre será mi maestro —dijo Miguel.

—Así es, maestro —corroboró Gabriel.

Todos estaban profundamente conmovidos.

—Me alegra que piensen así de mí, yo también he aprendido

mucho de ustedes, pero aún me queda una última cosa por hacer. Esperen, por favor. ¿Allcan, puedes oírme?

—Puedo oírte, Daniel, y veo con satisfacción que has completado tu misión. Quiero felicitarlos a todos por haber llegado hasta esta instancia, aunque nunca lo dudé, ahora sé que ya están listos para lo que viene.

—Así es, Miguel y Uriel fueron los primeros en obtener armas legendarias. Seguro que saben que no puede lograrlo cualquiera, ni siquiera muchos de los generales han podido, a pesar de su gran poder, pero ustedes lo hicieron y sé que el resto de ustedes también las obtendrán. Para eso deberán completar la última prueba.

—¿La última prueba? —preguntó Rael.
—Así es, irán a buscar al antiguo Forjador.
—¿El antiguo Forjador? —preguntó Sariel.
—El Forjador es un ser que no pertenece a ninguna de las

razas conocidas de este planeta y que fue elegido por el rey para forjar las armas más poderosas, como las que poseen ustedes dos y como la que yo también poseo. Además, nunca la he utilizado y siempre supe que no era para mí, por lo que quiero entregártela a ti, Gabriel.

—Pero, maestro, ¿cómo puedo aceptar su espada? —Tal vez no lo sepan, pero las armas legendarias tienen conciencia propia y ellas eligen a su portador, por lo que nunca pude utilizarla; a pesar de que lo intenté muchas veces, no se activaba su poder, pero ella me escogió por otra razón y lo descubrí cuando ustedes llegaron aquí. Ella comenzó a brillar y a temblar de una manera extraña, como jamás antes lo había hecho, y cuando tú estabas cerca su poder fluía de una manera tremenda, por lo que te la entrego, Gabriel, y debes aceptarla, porque fue esta espada la que te eligió.

Cuando Daniel acercó la espada a Gabriel, esta comenzó a temblar y a producir estruendos y luces que dejaban ciego a cualquiera, pero a Gabriel no le afectaban. Entonces, el joven comprendió lo que ocurría, la tomó con fuerza y todo su cuerpo se llenó de su poder.

—Lo que siento ahora es increíble; no puedo creer que esté sucediendo esto.
—Ahora sabes que debes usarla con justicia, este es tu destino y el destino de todos —le dijo su maestro—. Te felicito, Gabriel. Ahora Remeiel, Rael, Sariel y Rafael deberán buscar las suyas, que seguro que los están esperando. Alcan les dirá dónde ir.

—Bueno, en realidad no sé dónde está ese lugar, pero en los pergaminos antiguos está el mapa que los llevará hasta los confines del mundo, que es donde habita este ser. Alguno de ustedes deberá venir a buscarlo hasta Serf.

—Está bien, ¿quién de ustedes quiere ir en su búsqueda? —preguntó Daniel.

—Iré yo, maestro; quiero hacer esto por mis amigos —dijo Gabriel.

—¿Estás seguro? —preguntó Rafael.

—Sí, amigo, no te preocupes.

—Como tú lo desees, pero quiero que tengas cuidado —pidió Daniel.

—Sí, maestro, iré a toda velocidad y en muy poco tiempo estaré aquí.

—Espero que no te cruces con ninguno de esos miserables —dijo Uriel.

Sin retraso, Gabriel se dirigió rumbo a Serf en busca del mapa que tenía el camino hacia el Forjador sin saber lo que le esperaba en su camino.

Mientras tanto, Zeqel, acompañado por Satoel y Ananel, también iba rumbo a Serf.

—¿Y a qué vamos específicamente a Serf? —preguntó Satoel.

—Se dice que en esa ciudad hay una especie de oráculo o sabio, un serafín con mucho conocimiento; tal vez él pueda darnos alguna pista de lo que sucede —explicó Zeqel.

—Vaya, hay tantas cosas que los arcanianos desconocemos —señaló Ananel.

—No debemos perder tiempo, seguro que en el templo ya sabrán que nos fuimos...

Lo que ignoraban estos guardianes era que Samael los perseguía con autorización del Patriarca.

Todos iban hacia la misma dirección, lo que indicaba un encuentro inevitable.

—Aguarden, percibo algo —dijo Ananel de pronto.

—Yo también, es alguien con un poder bastante elevado —coincidió Satoel.

—¿Qué significa esto? Jamás antes había sentido esta presencia, no pertenece a Arcan —dijo Zeqel.

—Vamos a ver quién es, rápido.

—¡Ahí va!

—¿Quién es? Nunca antes lo vi —dijo Zeqel.

—Ahora lo sabremos, debemos alcanzarlo —dijo Ananel.

Gabriel estaba tan emocionado y concentrado que no estaba atento a las múltiples presencias que lo seguían. Cuando pudo advertirlo, ya era tarde...

—Debo apresurarme y llegar cuanto antes con el sabio —murmuraba Gabriel—. Pero ¿qué...? Alguien viene detrás de mí y son más de uno. Ya casi están cerca, parece que el momento de pelear ha llegado.

Los tres interceptaron a Gabriel.

—Pero... si es un joven que nunca había visto —señaló Zeqel.

—Oye, niño, responde: ¿quién eres? —preguntó Ananel.

—No tengo por qué responder a eso.

—Vaya, qué valiente eres —dijo Satoel.

—No hace falta que estés a la defensiva, no vinimos a pelear —lo tranquilizó Zeqel—. Lo que quiero saber es cómo obtuviste ese poder, además de que hay muchas cosas que no estamos entendiendo.

Gabriel no dijo nada.

—Parece que tampoco vas a responder a eso, ¿verdad? —dijo Ananel.

—No tenemos tiempo para perder con él, debemos ir rápido a Serf —los apremió Satoel.

—¿Serf, dijiste? ¿Por qué van hacia allí? —intervino Gabriel.

—No es algo que te importe, mejor vete a tu casa —respondió Satoel, con antipatía.

—No puedo irme a mi casa, ya que ahora estoy de camino a Serf también y no permitiré que ustedes vayan a cometer sus crímenes. —Gabriel desenvainó la espada.

—¿Qué has dicho? ¿Crímenes? —preguntó Ananel.

—¡Espera! ¿De dónde sacaste esa espada?

—Esa es la espada de Daniel, pero ¿Cómo la obtuviste? —Preguntó sorprendido Satoel

—Bueno, yo... Él me la dio.

—No mientas, nadie puede regalar su espada así como así, y mucho menos una espada legendaria —dijo Ananel.

—A menos que esta lo elija. ¿Cómo es tu nombre?

—No miento, a decir verdad, esta espada me ha elegido como su portador. Mi nombre es Gabriel.

Pensativo, Zeqel dijo:

—Deduzco que, puesto que te ha entregado su espada y por tu edad, eres su discípulo, ¿estoy en lo cierto?

Gabriel asintió.

—¿Qué acabas de decir? ¿Es cierto eso, niño? —dijo Satoel.

—Así es, ¿acaso lo conocen?

—¿Si lo conocemos? Somos sus compañeros. Mi nombre es Ananel, y ellos son Satoel y Zeqel.

—Por favor —intervino Zeqel—, necesitamos hablar con él, ¿puedes decirnos dónde está? Necesitamos que nos diga qué sucede.

Gabriel dudaba en su mente por las palabras que le decían estos sujetos; sin embargo, no sentía peligro en ellos. ¿Sería verdad lo que decían? Si hubieran tenido malas intenciones no estarían hablando. ¿Qué debía hacer?

—Escúchame, mocosito, no me interesan tus secretos, tres de nuestros compañeros han desaparecido y no sabemos qué sucede; tal vez Daniel lo sepa o ese sabio de Serf, por eso debes colaborar con nosotros o te haré hablar por la fuerza —dijo Satoel, amenazante.

—Espera, Sato... Escúchame, Gabriel, algo muy malo está sucediendo y necesitamos saberlo. Nosotros somos guardianes designados por el rey, pero respondemos ante el Patriarca y él no nos ha informado de nada; por favor, ayúdanos.

—¿Tres de sus compañeros han desaparecido?, ¿por casualidad uno de ellos se llamaba Harmoni?

—¿Cómo lo sabes? ¿Sabes dónde está? ¿Está con Daniel? —preguntó Satoel.

—Ella fue a ver a mi maestro hace poco más de un año —explicó Gabriel.

—Entonces ha estado ahí —dijo Ananel.

—Lamento decirles que ha muerto.

—¿Qué? ¿Cómo que ha muerto? ¿Qué acabas de decir? —se sorprendió Zeqel.

—Esto es peor de lo que pensaba. ¿Cómo una guerrera como ella puede haber muerto? —exclamó Satoel.

—Ha sido asesinada por unos enemigos muy fuertes, cuyos nombres son Asael y Ramael. También acabaron con la vida de unos guardianes llamados Turiel y Yomiel, lo siento mucho.

—Malditos, entonces necesitamos hablar con Daniel cuanto antes, dinos dónde está —dijo Ananel.

—Veo que no hay mentira en ustedes, les diré cómo llegar hasta donde está mi maestro. Él se encuentra en un valle muy extraño y oculto a la vista, protegido por una barrera invisible pasando la montaña de fuego. Cuando la crucen deberán contactar con él mentalmente, pues yo debo llegar cuanto antes a Serf, así que no puedo guiarlos personalmente.

—Muchas gracias, Gabriel. Escúchenme, Satoel y yo iremos a ver a Daniel, y tú, Zeqel, ve con él a Serf. Luego nos reuniremos todos para ver qué medidas tomamos con Asael y Ramael, ¿están de acuerdo? —preguntó Ananel.

—Está bien, vamos.

Los cuatro tomaron caminos diferentes comprendiendo la gravedad de la situación.

—Todo esto es muy confuso, no logro entender muy bien lo que ocurre —dijo Ananel.

—¿Confuso? Lo único que sé es que esos miserables mataron a nuestros compañeros y que debemos alertar al Patriarca —dijo Satoel.

—A eso me refiero. Es muy extraño que el Patriarca no esté enterado de la situación.

—¿Estás diciendo que él sabe todo? Es imposible. ¿Cómo podría permitir todo esto?

—No lo sé, mejor tratemos de resolver todo esto cuanto antes y de regresar para hablar con él —dijo Ananel.

—Algo me dice que nada volverá a ser como antes.

—Creo que ya estamos cerca de donde nos dijo aquel joven, intentaré contactar con Daniel —respondió Ananel. Entonces, habló a través de su mente—: Daniel, Daniel, sé que puedes oírme, soy Ananel y necesito con urgencia hablar contigo.

—¿Ananel? —se oyó la voz de Daniel.

—Sí, soy yo y me acompaña Satoel. Hemos conocido a tu discípulo y nos ha indicado este lugar; por favor, guíanos hasta ti.

—Está bien, sigan la energía de mi presencia, les abriré un camino.

Y así es como se reunieron los arcanianos y pudieron saber más de lo que estaba pasando, así como sobre los aprendices y las crueles batallas.

Mientras tanto, Zeqel acompañaba a Gabriel hasta Serf.

—Gabriel, ¿cómo es que saben sobre Asael y Ramael? —preguntó Zeqel.

—Bueno, luego de asesinar a Harmoni, por alguna extraña razón, pudieron saber dónde estaba mi maestro, nos encontraron, descubrieron sobre nosotros y nos vimos en la necesidad de luchar con ellos. Por suerte, otro arcaniano que también supo dónde estábamos llegó y se fueron, pero son realmente fuertes.

—Es extraño esto. Yo no recuerdo que fueran tan fuertes. Por lo menos, Harmoni era capaz de pelear con ellos. ¡Espera! Estoy sintiendo una presencia muy fuerte que nos sigue.

—Pero ¿quién es?

—Escúchame, Gabriel, debes irte a cumplir tu misión, hasta aquí he podido acompañarte. De ahora en adelante seguirás solo.

—Pero ¿por qué me dice esto? ¡Oh No!, puedo sentir su presencia y es muy fuerte y agresiva—dijo Gabriel.

—Es Samael, uno de los generales más poderosos de Arcan, lo que quiere decir que el Patriarca se enteró de que salimos sin autorización y lo ha enviado a buscarnos o, tal vez, a matarnos —respondió Zeqel.

—No voy a dejarte, yo también pelearé.

—Recuerda que tienes una misión muy importante. No te preocupes, voy a hablar con él. Además, soy capaz de enfrentarlo. Tú vete, yo me haré cargo.

—Está bien, pero, por favor, no tenga un enfrentamiento innecesario con ese sujeto.

—No me digas qué tengo que hacer, vete ya —pidió Zeqel.

Gabriel, muy preocupado, se despidió de Zeqel, quien esperaba a Samael. La

batalla era inevitable, y el corazón de Zeqel estaba preparado para morir.

—Daniel, has hecho un muy buen trabajo, creo en ti y en tu discípulo. Ustedes le devolverán a nuestro mundo su belleza. Ahí viene —susurró Zeqel.

—Hola, Zeqel.

—Hola, Samael, qué sorpresa.

—Lo mismo digo.

—Dime, ¿qué viniste a hacer a un lugar tan alejado como este?

—Bueno, tal vez olvidaste que nuestro señor ha dado la orden de que nadie abandone la ciudad sin su consentimiento.

—No lo he olvidado, solo quería salir a tomar algo de aire fresco.

—Ya veo, Zeqel. Bueno, debo decirte que me ha enviado a buscar a tres perlas perdidas y, al verte aquí solo, debo preguntar: ¿dónde están los otros dos?

—No lo sé, pero no te preocupes; yo mismo me presentaré ante mi señor y me disculparé ante él. También me encargaré de buscar a los otros, así que ya puedes irte.

—Me temo que eso no es posible, mi querido Zeqel, las órdenes de nuestro señor son específicas; todo aquel que las des- obedece es considerado traidor, y los traidores deben pagar.

—Y me imagino que tú eres quien hace pagar a los traidores, ¿verdad?

—Veo que eres algo inteligente. Entonces, también te imaginarás que he venido a matarte.

—Me lo imaginaba.

—Entonces esto será más fácil, prepárate —dijo Samael.

La batalla entre estos dos generales comenzó y, sin embargo, la diferencia de poder era muy amplia. Aunque ambos tenían el mismo rango, Samael había sido elegido por su poderosa fuerza y habilidad.

Mientras tanto, Gabriel, que iba rumbo a Serf, no podía dejar de sorprenderse por la imponente presencia a la que Zeqel se estaba enfrentando.

—Ese sujeto es muy poderoso, debo darme prisa en llegar con el sabio.

¡Resiste, Zeqel!

Daniel había recibido a sus compañeros Ananel y Satoel en su casa, y se habían enterado de su trabajo como maestro de los jóvenes, por lo que su corazón se llenó de alegría y de satisfacción.

—Amigo —dijo Ananel—, el trabajo que has hecho aquí con estos jóvenes es espléndido y me trae recuerdos de nosotros cuando nos conocimos, ¿te acuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente: Harmoni siempre sobresalía en todo, Turiel y

Yomiel eran como hermanos gemelos y siempre estaban de acuerdo en todo — dijo Daniel con nostalgia.

—Y hasta estuvieron de acuerdo en morir juntos por sus ideales. Siempre dijeron que protegerían nuestro mundo, al igual que nosotros hoy. Escúchame, Daniel, tú debes quedarte aquí y terminar tu trabajo con estos niños, pues nuestro planeta necesita ser limpiado del mal y nuestra era ha terminado; así lo he entendido —dijo Satoel.

—No, ahora es cuando debemos estar juntos. Aquí hay lugar para ustedes; si nos unimos podremos vengar la muerte de nuestros amigos y devolverle a AN su belleza.

—Si nos quedamos aquí, no estaremos a gusto —señaló Ananel—. Tú sabes cómo somos y nunca nos ha gustado esperar. Somos conscientes de que la guerra ha comenzado y nuestra obligación es pelear hasta el fin.

Los jóvenes guerreros, que también estaban decididos a pelear y a hacer justicia, hablaban entre ellos con profunda devoción:

—Amigos, no podemos permitir que sigan muriendo inocentes, tenemos que hacer algo —dijo Rafael.

—Tienes razón, debemos pelear —dijo Miguel.

—Ya lo decidí —intervino Uriel.

—¿Qué has decidido? —preguntó Sariel.

—Mataré a Ramael en nombre de los tres guerreros que murieron en sus manos, y a Asael se lo dejaremos a Rafael.

—Excelente, yo me encargaré de ese infeliz y saldaremos cuentas. Me he vuelto mucho más fuerte que antes y esta vez se sorprenderá, lo juro —dijo Rafael.

—Estoy de acuerdo en pelear, pero no debemos hacer las cosas apresuradamente, debemos ser cautelosos —dijo Miguel.

—Tienes razón; sin embargo, no podremos evitar cruzarnos en su camino —señaló Rael.

—Lo sé muy bien —dijo Miguel.

Por fin, Gabriel llegó a Serf e inmediatamente comenzó a preguntar por el templo en el que vivía el sabio, quien ya lo estaba esperando. Al verlo, los habitantes se maravillaban, ya que jamás habían visto un portcaniano surcando los cielos de esa manera.

—Miren, es un portcaniano que puede volar sin la necesidad de tener alas, ha de ser un mensajero del rey.

—Así que esta es Serf, es tan hermosa como me dijeron. Algún día traeré a mi

madre, estoy seguro de que le encantará. Bueno, debo ir con el sabio, debe de ser ese —se dijo Gabriel.

—Así que tú eres Gabriel.

—Usted debe de ser Allcan, me da gusto conocerlo.

—Así es, hijo, te he estado esperando.

—Disculpe, señor, pero, aunque me gustaría quedarme a hablar, no puedo; necesito urgentemente ese mapa.

—Ya lo sé y aquí está. Debes decirles a tus amigos que el camino hacia ese lugar es muy difícil, además de que seguro que se sorprenderán cuando conozcan al Forjador; tal vez esté descansando y deban despertarlo. Sea como sea, tengan mucho cuidado.

—Está bien, se lo diré, pero no creo que eso les preocupe.

Mientras Gabriel hablaba con el sabio, la batalla entre Zeqel y Samael estaba llegando a su fin y el poder que emitían sus presencias podía sentirse donde estaban ellos.

—¡Oh, no! Está en problemas —exclamó Gabriel.

—Puedo sentir un gran poder, ¿qué está sucediendo? —corroboró Allcan.

—Alguien llamado Samael nos estaba siguiendo y un guerrero llamado Zeqel se quedó a detenerlo; supongo que el enfrentamiento era inevitable.

—¿Has dicho Samael? No puede ser, por eso tenía tanta preocupación.

—¿Usted sabe quién es? —preguntó Gabriel—. Zeqel también es un general muy fuerte.

—Lo conozco y debo decirte que Zeqel no tiene oportunidad con él. Samael es conocido por su gran fuerza y habilidad en las peleas, además de que siempre fue alguien despiadado, frío y calculador.

—No puede ser, entonces debo ir a ayudarlo, no puedo perder más tiempo aquí.

—No, no puedes ir a ayudarlo, pues tu misión es llevarles este mapa a tus amigos. Te voy a indicar otro camino por el cual podrás ir hasta ellos.

Samael y Zeqel luchaban a muerte, tal y como lo dijo el sabio. Samael era muy fuerte; sin embargo, Zeqel ya estaba preparado para morir usando todo lo que tenía para atacar a su enemigo, pues no podía causarle ningún daño.

—No me digas que este es todo tu poder. Como general de Arcan, ciertamente eres una basura —se burló Samael.

—Maldito, ya cállate y pelea —lo desafió Zeqel.

—Eres un verdadero estúpido, te enseñaré algo muy especial. ¡Grito de espada!

Como una fuerte y veloz corriente de aire, golpeó a Zeqel sin que este pudiera reaccionar, cortando su brazo derecho como si nada, por lo que comenzó a perder fuerza y mucha sangre.

—No puede ser, ese grito de espada es terrible, ni siquiera lo vi venir. ¿Cómo es posible que tenga tanto poder?

—¿Qué te pareció mi técnica? —preguntó Samael—, ¿verdad que es muy rápida? Nunca debiste meterte conmigo, inútil. Luego de matarte, acabaré con tus aliados, solo para que lo sepas. Ahora, muere. ¡Grito de espada!

Aunque Zeqel intentó hacer todo lo que pudo para resistir el ataque de Samael, su cuerpo fue cortado por la mitad y sus restos cayeron al vacío.

—Esto fue más fácil de lo que había pensado. Ahora es el turno de los otros dos, así que prepárense.

—¿Qué es esto que siento? —se preguntó Daniel, lejos de ahí.

—¿Qué ha sido eso? La presencia de Zeqel ha desaparecido —señaló Satoel.

—No es posible, si él iba junto a tu discípulo a ver al sabio, ¿qué habrá pasado? —preguntó Ananel.

Nadie entendía nada de lo sucedido. Debían investigarlo de inmediato, pero no sabían que Samael iba en su busca.

—¿No me digas que piensas ir a enfrentarlo? Gabriel, él no es el indicado para ti —dijo Allcan a Gabriel.

—No tengo opción, ese sujeto está buscando a los tres y dos de ellos están con mi maestro. No puedo permitir que los encuentre.

—Deja que yo les avise para que abandonen ese lugar ahora mismo, pero no vayas a enfrentarte, no dejes que la ira te haga tomar malas decisiones.

—Usted dijo que yo era el mensajero, así que esta vez les llevaré un mensaje a esos malditos asesinos. Discúlpeme, pero esta vez haré lo que creo correcto y no tengo nada que pensar. Muchas gracias, Allcan, por su apoyo, ahora me voy. Adiós.

Y, como un destello luminoso, Gabriel salió de Serf directo a enfrentarse a Samael, quien iba de camino al valle escondido.

—Ya los encontré, traidores, los eliminaré sin piedad. Pero ¿qué...? Algo o alguien viene hacia aquí a una velocidad impresionante, nunca había sentido esa presencia. Sea lo que sea no sabe que viene hacia la muerte, así que lo esperaré —dijo Samael.

—Ese poder que siento es de Samael, ese maldito debe de haber matado a Zeqel... Pero puedo sentir algo más, un poder increíble que va directo hacia él

—dijo Ananel.

—Pero ¿a quién pertenece esta energía? —preguntó Satoel.

—Yo tampoco puedo reconocerlo, qué extraño —dijo Daniel. —Maestro, ¿es Gabriel! —gritó Miguel.

—¿Cómo has dicho?

—Así es, ese magnífico poder es de mi amigo, increíble —dijo Rafael.

—¿De dónde sacó toda esa energía? No es posible que no lo haya reconocido

—Daniel se preguntó con asombro.

—¿Qué?, ¿ese mocoso de la espada? —se extrañó Satoel.

—¿Acaso piensa enfrentarse a Samael? Seguro que no sabe que va hacia él o, tal vez, perdió la cabeza —dijo Ananel.

—No puede ser, tendré que ir a ayudarlo —se alarmó Daniel.

—Maestro, estoy segura de que Gabriel sabe perfectamente lo que hace, y yo creo en él —dijo Uriel.

—Yo también creo en él, ese sinvergüenza —intervino Rael.

—Ese Gabriel se nos adelantó y comenzará antes que nosotros —rio Sariel.

—Vamos, amigo, tú puedes vencer —animó Remeiel.

—Sé que puedes, ¡acaba con ese infeliz! —gritó Uriel.

Gabriel, antes de llegar con Samael, pudo ver el cuerpo destrozado de Zeqel. Sus ojos se llenaron de lágrimas y la fuerza comenzó a inundarlo eliminando su miedo. Sin esperar más, continuó su camino hacia el enemigo, quien lo estaba esperando.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Samael.

—Mi nombre es Gabriel, y tú debes de ser el asesino que le quitó la vida a un inocente.

—¿Inocente? Ah, debes de referirte al inútil de Zeqel. Yo lo maté por traidor; los traidores no tienen lugar en Arcan ni en este mundo. Y, por lo tanto, los entrometidos como tú también morirán.

—Tú pagarás ¡yo te haré pagar! —Le gritó un Gabriel enfurecido.

Capítulo IX

Gabriel se encontraba frente a Samael, un temible adversario. La muerte de Zeqel había despertado la ira en Gabriel y, antes de llevar el mapa a sus amigos, decidió enfrentarse a este asesino.

—¿Conque me harás pagar mis crímenes, eh? ¿De dónde saliste? Pareces un portcaniano común y corriente, pero hay algo que te hace diferente. Bueno, tal vez no sepas quién soy. Sin embargo, antes de matarte te lo diré: mi nombre es Samael y soy un general de Arcan.

—¡No me importa!

—¡Grr! Vaya, los niños de hoy ya no tienen respeto, tendré que enseñarte modales. ¡Te mataré de un solo golpe! ¡¿Pero qué...?!

Samael quiso sorprender con un golpe directo a su rostro a una gran velocidad, pero Gabriel pudo detener el poderoso impacto con sus dos manos, dejando sorprendido al general.

—¿Cómo es posible que alguien como tú pueda detener mi golpe?

—Y no es lo único que haré.

Gabriel, aprovechando el momento de confusión de Samael, lo atacó con un fuerte golpe en su rostro lanzándolo lejos, quebrando su orgullo.

—Has deshonrado el propósito que nuestro rey te ha otorgado, proteger nuestro mundo, has pisoteado su voluntad y, sobre todo, has matado a un hermano sin piedad. Por eso, juro que te venceré.

—Ahora resulta que un niño quiere ser mi conciencia. No sé cómo obtuviste esos poderes, pero te lo haré entender por levantar tu puño contra mí, te cortaré en pedazos como hice con ese inútil de Zeqel. Muere. ¡Grito de espada!

El ataque que había matado a Zeqel y le había cortado en pedazos ahora se dirigía a una velocidad tremenda hacia Gabriel, que no podía verlo. Sin embargo, algo lo detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó Samael.

—La espada que me otorgó mi maestro me ha salvado.

—Esa espada la conozco, es una de las armas legendarias. ¿Cómo es que tú la

tienes?

—Me fue otorgada para hacer justicia y se ha movido por sí sola para protegerme. De lo contrario, tu ataque me habría hecho trizas.

—Entonces era cierto que esas armas poseen conciencia propia y que además se mueven solas. Ni creas que podrás derrotarme solo con eso.

—Gracias, espada, ahora es mi turno de atacar. ¡Destellos de luz!

—¿Qué es eso? ¡Ahhh!

El ataque sorpresa de Gabriel dio de lleno contra Samael, pero, aun así, eso no sería suficiente para ganar esta batalla, que recién comenzaba.

—Siento una extraña energía junto a Samael, ¿quién será? —preguntó Shemihaza.

—Es verdad, nunca la había sentido. Me sorprende que haya alguien así de fuerte fuera de Arcan —respondió Artaqof.

—Mientras tanto en el campo de batalla....

—Veo con sorpresa que eres muy fuerte, ese ataque fue excelente, pero temo desalentarte; solo has golpeado mi orgullo —dijo Samael.

—Me imaginaba que no podría ganarte con ese ataque.

—Pero ya es tarde para arrepentirse. Te enseñaré mi poder y espero que no te vayas a asustar. —Y desprendió un temible poder.

—Increíble, jamás me imaginé a alguien con tanto poder —murmuró Gabriel.

—Es tal y como decían los rumores, Samael es uno de los generales más fuertes —señaló Ananel.

—Por eso Zeqel no pudo hacer nada para defenderse, y creo que tu aprendizaje tampoco podrá, Daniel —dijo Satoel.

—Maldición —murmuró Daniel.

—No puede ser, esa energía es muy parecida a la de Asael, tenemos que hacer algo —dijo Rafael.

—Sí, Rafael, vamos, seguro que podremos con él.

—No, esta pelea es de Gabriel —señaló Miguel—. Además, no creo que haya utilizado toda su fuerza y debemos darle crédito, ya que es nuestro amigo.

—Ahora ya puedes comenzar a temblar, pero tu fin está cerca —decía Samael mientras tanto a Gabriel.

—Tienes un poder increíble, no me imaginaba que hubiera alguien así, pero no estoy arrepentido, voy a cumplir con mi palabra.

—Ya veremos.

—Esta es mi oportunidad de poner a prueba todo lo que aprendí, ¡te venceré

por los que cayeron y por mis amigos que me esperan!

Y Gabriel comenzó a expulsar toda su fuerza hacia afuera, una energía que, junto a la de Samael, comenzó a hacer que todo el lugar se estremeciera como si fuera un gran temblor.

—¿Qué es esto que siento? ¿De quién es esta presencia? —se dijo Asael.

—No lo sé, pero Samael está a punto de tener una buena batalla, ¿debemos ir?

—contestó Ramael.

—No, dejemos que se encargue él, veamos qué tan hábil puede ser.

—Ya veo, de verdad estás decidido a pelear conmigo. Está bien, te daré la oportunidad de morir como un guerrero —decía Samael.

—He jurado vencerte, así que prepárate, Samael.

—Entonces ven por mí, mocoso.

Una tremenda pelea había comenzado. Ataque tras ataque,

golpe tras golpe, ambos guerreros chocaban como rayos en el cielo mientras todo temblaba.

—Puedo ver que eres muy fuerte, niño, pero aún no me has dado ni un solo golpe certero, ¿qué sucede?

—Maldición, es muy veloz.

—Vamos, tú puedes, atácame, ¿no me ibas a hacer pagar mis crímenes?

—¡Eso es lo que estoy intentando!

—Si no puedes, ¡entonces lo haré yo!

Esta pelea se estaba haciendo cada vez más difícil para Gabriel, ya que Samael se volvía aún más fuerte.

—¿Qué está sucediendo? ¿Por qué no puedo golpearlo? Es como si se estuviera haciendo más poderoso durante la pelea o, tal vez, yo estoy perdiendo mi fuerza.

—Parece que ahora sí tienes miedo. Te diré una cosa: tú no estás perdiendo tu poder, sino que yo soy invencible —dijo Samael, riendo.

—Eso es mentira, nadie puede ser invencible, solo que yo aún no estoy preparado para enfrentarme a alguien como tú.

—¿De verdad crees eso? Te daré una paliza para que lo entiendas.

Y Samael comenzó a golpear sin parar a un Gabriel casi rendido que, aunque lo intentaba, no podía hacer nada para defenderse.

—No puede ser, el poder de Samael sigue creciendo y la energía de Gabriel

disminuye; tendré que ir —dijo Daniel.

—Ese infeliz va a matar a ese muchacho —dijo Satoel.

—Maestro, permítanos ir en su ayuda —suplicó Rafael.

—No, ese es nuestro deber —dijo Ananel—, nosotros hemos salido de Arcan sin autorización y ahora Gabriel está pagando las consecuencias. Sato, debemos ir a enfrentar a ese miserable. Daniel, antes de irnos, quiero felicitarte por el trabajo que has hecho, estamos orgullosos de ti. No te preocupes, tu alumno volverá aquí, ahora sé que nuestro rey no nos ha abandonado.

—No puedo dejar que vayan solos —dijo Daniel.

—¿Acaso crees que moriremos tan fácilmente? Nosotros también somos generales, ya nos volveremos a ver, amigo —dijo Satoel.

—Adiós a todos —se despidió Ananel.

—Por favor, no mueran.

Los arcanianos partieron a toda velocidad para auxiliar a Gabriel, quien estaba en manos del temible Samael.

—¿Ya te rindes, Gabriel? No me digas que ya te cansaste. Esto se ha puesto muy aburrido, así que ahora voy a matarte y me quedaré con esa espada como trofeo.

—Ya no siento mi fuerza, creo que no era tan fuerte como pensaba. El sabio me lo había advertido, creo que moriré.

Gabriel yacía en el suelo sin fuerzas, casi inconsciente, esperando la muerte, hasta que por fin llegaron Ananel y Satoel.

—Ahora despídete de este mundo, niño. ¡Muere!

—¡Espera! —gritó Ananel.

—¿Qué? Pero si son los desertores, qué conveniente; justo estaba por ir a buscarlos para hacerlos pagar. Luego de acabar con este, que ni sé de dónde ha salido.

—¿Quieres hacernos pagar? No hemos cometido ningún crimen; sin embargo, tú has matado a Zeqel y estás torturando a un inocente. ¿Cómo piensas que reaccionará el Patriarca si se entera?

—Nuestro señor ya lo sabe —respondió Samael, riendo.

—¿Qué? —preguntó Satoel.

—Así es. Él me envió a matarlos. Ustedes ya no tienen salvación —respondió Samael con maldad.

—Parece que no tenemos más opción que pelear contigo por la supervivencia —dijo Ananel.

—¿Y creen que tienen oportunidad? —se burló Samael.

—Si no lo intentamos no lo sabremos —señaló Satoel.

—Está bien, esto será divertido, les demostraré que soy el más fuerte de entre los generales de Arcan.

—¡Deténganse! —gritó Gabriel.

Ananel y Satoel se sorprendieron.

—¿Otra vez tú? Pensé que habías muerto ya —dijo Samael, aburrido.

—Yo también pensé que iba a morir, pero recordé que tengo una misión y, por ahora, no puedo hacerlo, así que lo siento, Samael, esta pelea la ganaré yo.

Satoel pensó: «No puedo creer que ese niño se haya puesto de pie luego de estar casi muerto».

—Pero no siento su presencia, es como si no tuviera su poder —señaló Ananel.

—¡Ya basta! Mi paciencia se ha agotado con todos ustedes, así que los destruiré, no dejaré a ninguno con vida.

—He aprendido de mi maestro que debemos mantener nuestras almas puras y alejadas de la oscuridad, y con mis amigos descubrí la verdad de la vida. La amistad que tengo con ellos me hace creer que no estoy solo y me da la fuerza para alcanzar lo imposible. Me siento más confiado si ellos me acompañan y ahora mismo puedo sentir sus almas acompañándome, por lo que cumpliré la promesa que te hice y acabaré contigo —dijo Gabriel.

—¿Qué estupideces estás diciendo? Ahora te demostraré mi más grande ataque y los haré desaparecer a todos, no quedarán ni sus rastros.

—Si no hacemos algo vamos a morir —dijo Ananel.

—No es necesario interferir en la pelea, yo creo que ese muchacho ganará —contestó Satoel.

—¿Por qué lo dices?

—¿Acaso no lo sientes? Aunque no sintamos su presencia, él está incrementando su poder interior como no te haces a la idea y hasta nos ha superado a ambos. Samael ya se ha dado cuenta y ha decidido usar toda su fuerza.

—¡Increíble!

—¿Así que piensas usar la espada legendaria? No te servirá de nada, recibe mi más grande ataque. ¡La destrucción de las sombras de muerte! —gritó Samael.

Una gran bola de energía fue lanzada desde el cielo por Samael. Todo se tornaba oscuro mientras el lugar era sacudido por un fuerte temblor. Parecía

que el mundo iba a colapsar; sin embargo, Gabriel sujetó la espada con toda su fuerza y esta comenzó a tener un brillo único.

—Maestro, permítame usar esta espada para vencer al mal. Por mis amigos, mi madre, mi maestro y todos los habitantes de AN... ¡Choque de planetas! Con un solo movimiento ascendente de la espada legendaria, Gabriel soltó una enorme bola de energía y de luz que fue capaz de coalicionar directamente con el ataque de Samael.

—¡Oh, no! —exclamó Ananel.

—¡Conque esa es la espada legendaria en acción! —gritó Satoel.

Parecía que el brutal impacto de ambos ataques iba a destruir todo el lugar y un gran poder se podía sentir desde varios puntos del planeta. La imponente energía era imparable.

—¿Cómo es posible que alguien como tú tenga todo ese poder? Entonces era cierto el rumor sobre las armas legendarias; aun así, ¡no me dejaré vencer! —dijo Samael.

—Ahora entiendo por qué el rey los ha elegido —decía Daniel.

—Pero ¿de quién es esta energía? —se sorprendió Shemihaza a kilómetros de allí.

—Parece que Samael está en problemas —corroboró Artaqof.

La fuerza de ambos ataques colgaba en medio de ellos; sin embargo, la onda expansiva comenzó a empujar a Samael y, justo en ese momento, comenzó a sentir el temor.

—¿Qué? Esto no puede estar pasando. Siento como si su poder me estuviera estremeciendo los huesos. ¿Por qué? Si yo soy uno de los generales más fuertes.

—Te lo dije, Samael, yo te haré pagar por tus crímenes. Ahora eres tú quien ha de caer.

—¡¡No!! ¡¡Ah!!

Y la gran onda de choque produjo una gran explosión atrapando por completo a Samael y derrotándolo, aunque esta también iba a atrapar a Gabriel. Sin embargo, Ananel pudo darse cuenta a tiempo y fue en su ayuda.

—¡Gabriel también quedará atrapado en la explosión y no puedo permitir que muera! Sato, deja el resto en tus manos —gritó Ananel.

—¡Ananel! —exclamó Satoel.

Ananel usó su cuerpo para proteger a Gabriel de la mortal onda de energía, que acabó con él ante la mirada de su amigo Satoel.

Al final, concluyó la batalla; Samael fue derrotado, pero a un precio muy alto.

Gabriel obtuvo la victoria, aunque estaba muy herido.

—Muchacho, has ganado una dura pelea, tienes nuestro respeto —le felicitó Satoel.

—Pero por mi culpa Ananel ha muerto; te pido perdón.

—Ese Ananel siempre fue un impulsivo y hacía las cosas sin consultarle a nadie. Era mi mejor amigo, lo extrañaré, pero quiero que su muerte no sea en vano, así que debes cumplir tu misión y debes saber que él murió porque creyó que ustedes devolverían la pureza y la paz a este mundo, que no se te olvide. Ahora debes regresar con tus amigos y prepararte para lo que se viene, pero debo decirte algo muy importante: Samael no es el más fuerte de todos los generales.

—¿Cómo?

—Así es, en este mundo hay muchos misterios que deberás descubrir. Ahora no pierdas el tiempo y vete.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Gabriel.

—Llevaré a Samael a Arcan y hablaré con el Patriarca. Aún sigue con vida, pero tal vez si lo llevo me gane el perdón.

—Ese maldito debería matarlo ahora.

—Mejor déjalo así. Yo me encargaré, Gabriel.

—Está bien, pero cuídate, por favor.

Gabriel regresó con el mapa al valle escondido.

Mientras tanto, en Arcan todo se estaba saliendo de control y Asael presionaba al Patriarca para dar la autorización de poner en marcha su plan, así que Shemihaza mandó llamar a todos los principales para informarles de su decisión.

Se reunieron allí Shemihaza el Patriarca, Artaqof, ‘El, Kokabel, Yehadiel, Matrael, Baraqel, Shamsiel, Sahariel, Tumiél, Ramael y Asael. El resto de los generales —Harmoni, Turiel, Yomiél, Ananel y Zeqel— habían muerto en batalla, Satoel se dirigía a Arcan con Samael, y Daniel estaba junto a sus discípulos.

—Es necesario que mande a llamar a Daniel, pues también debería estar aquí

—dijo Asael.

—Será mejor que te calles y solo hables cuando se te ordene —le espetó Artaqof.

—Como usted diga, señor.

—Ahora estamos solo los que ves aquí —dijo Shemihaza—. Muchos de ellos no saben qué está sucediendo y los he reunido a todos para informarles de la

situación actual.

—Señor, si me permite, quiero saber qué está sucediendo. He dejado de sentir la presencia de cinco generales, y el planeta está pasando por una gran destrucción. Hace poco he percibido la caída de Samael, al parecer en un enfrentamiento con un poder desconocido. ¿Por qué no hemos intervenido? —preguntó ‘El.

—Para eso los he convocado. Ahora mismo les diré lo que sucede. Como saben, todo el planeta ha sido sostenido por el poder del rey desde siempre, pero hace ya trescientos años que él no contacta conmigo y tampoco he sido llamado al palacio real, por lo que no he estado enterado de muchas cosas. Algo ha sucedido en el universo y eso ha provocado una ruptura en nuestro plano, a través de la cual ha entrado una energía desconocida. Sin embargo, Asael ha hecho una serie de descubrimientos que podrían cambiarlo todo, lo que ha traído la división de nuestros pueblos; los cinco generales que han muerto se volvieron en mi contra y han muerto en batalla. Sé que es triste, pero he entendido que esto solo puede significar una cosa: es el final de una etapa, la nuestra.

—¿Cómo? —preguntó Kokabel.

—¿Eso qué significa? —preguntó Yehadiel, a su vez.

—El rey nos ha abandonado y nos ha excluido de las decisiones de este mundo. Es tiempo de tomar una decisión. Voy a dejar que Asael hable con ustedes y ahí me dirán sus pensamientos.

—Escuchen, hermanos —comenzó Asael—, puedo ver que están confundidos y sorprendidos por esta situación, pero debemos estar unidos para poder salir adelante.

»Ahora, les diré lo que he descubierto. Cuando fui donde la grieta, pude contactar con fuerzas antiguas del universo y no solo eso, sino que pude ver un nuevo mundo. Ahora es joven, pero tal vez ese sea nuestro destino: dejar este lugar, que acepte su condena el mismo rey que nos dejó y marcharnos a ese mundo que nos espera.

—¿Lo que dices es cierto? —preguntó ‘El.

—¿Acaso tienes alguna prueba de lo que dices? —dijo Kokabel.

—No la tengo, pero deben creer en mí. Con mi habilidad de teletransporte podría llevarlos a todos, pero...

—Eso es imposible —respondió Tumiel—, no podemos abandonar este mundo porque hay un sello que dejó el rey y eso nos lo impide.

—Por eso estamos aquí, para unir nuestras fuerzas —dijo Asael.

—¿Estás sugiriendo que nos levantemos en armas para enfrentarnos al rey? Eso es una estupidez, ¿acaso olvidas que dentro del castillo habitan esas cuatro criaturas protectoras del trono? Si hacemos eso, comenzaremos una batalla terrible y destruiríamos este planeta —dijo Kokabel.

—Nosotros no, pero tengo a alguien que sí lo hará y aprovecharemos eso para que la paz y la unión se rompan. Con nuestro poder atravesaríamos el sello y, al fin, seríamos libres, sin necesidad de ir a la guerra.

Luego de las palabras de Asael, todo el salón quedó en silencio por unos momentos.

—Primero, dime: ¿quién es ese que se volverá contra el rey? —preguntó Tumiel.

—Es un querubín muy poderoso que tiene a todo su pueblo a disposición y al que todos obedecen. Él ya está listo para comenzar el ataque, solo espera nuestra orden.

—¿Conque Querb, eh? —preguntó Kokabel.

—Yo estoy contigo —dijo Tumiel.

—Yo también —añadió Kokabel.

—Se supone que nuestra misión es proteger a los pueblos de tales males y, ahora, ¿los entregaremos a su destrucción? —preguntó Yehadiel.

—Por otro lado, el rey nos ha abandonado y si estamos hablando de esto es porque él no está con nosotros. Yo estoy contigo, Asael —dijo Matrael.

—Es algo muy arriesgado, pero me uno a ti —añadió Shamsiel.

—Temo que no quieran cumplir con esta acción y sea yo el único responsable de este gran pecado —dijo Shemihaza.

—Todos estaremos juntos en esto hasta el final —confirmó Asael.

—¿Qué sucederá con los que no están aquí? Hablo de Daniel, Satoel y los demás —dijo Matrael.

—Lo llevaremos a votación y la mayoría decidirá. Ahora quiero que me digan quiénes están a favor de este plan —dijo el Patriarca.

Todos y cada uno votaron a favor.

—Entonces está decidido, lo haremos.

—Hagamos todos un juramento y comprometámonos todos a no retroceder en este proyecto hasta ejecutarlo realmente —dijo Artaqof.

—Nos reuniremos en el monte más grande de Arcan, llamado monte del Sol. El monte del Sol era un monte que representaba el poder y la autoridad de Arcan.

Shemihaza envió un comunicado a cada rincón de Arcan para que se reunieran

todos a jurar obligatoriamente. Se llamó a los soldados que estaban a cargo de Harmoni y los demás generales caídos fueron puestos a disposición de Artaqof. Daniel fue llamado también y, una vez llegado Satoel, debería presentarse ante el Patriarca. Todo aquel que huyera o se negara a aceptar el juramento, sería catalogado como traidor y enemigo mortal, y recibiría el castigo máximo.

Una vez llegado Satoel, fue informado de toda la situación, por lo que debía decidir qué hacer.

—¡El señor Satoel ha llegado a la ciudad y trae con él al señor Samael muy herido! Déjenlo pasar —gritó un soldado.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Satoel.

—Señor, tenemos la orden directa del Patriarca de decirle que debe presentarse ante él con urgencia. Nosotros nos haremos cargo del señor Samael.

—Ahora mismo iré.

Satoel fue directo al templo del Patriarca y Samael fue llevado a recuperación. Ahí le comunicaron el gran proyecto.

—Mi señor, lo que me está diciendo es terrible; déjeme disentir con tal decisión. Creo que usted ha tomado un mal camino y debe reconsiderar el arrepentimiento para pedir el perdón de nuestro rey.

—¿Te atreves a decirme a mí que me arrepienta de mis pecados? Tu único deber es obedecer mis órdenes y sujetarte a los estatutos —dijo el Patriarca.

—Señor —se explicó Satoel—, nuestro deber es proteger este mundo, no destruirlo. No puedo permitir algo así, tendré que ir a ver al rey. Lo siento mucho, señor.

—¡Ya basta! ¿Ahora quieres pasar por encima de mi autoridad? Samael tenía razón cuando me dijo que tú eras un traidor. No me dejas otra alternativa que matarte.

—Señor, no quiero enfrentarme a usted, no soy un traidor, pero debo proteger este mundo a costa de mi vida.

—Si es a costa de tu vida, entonces yo la tomaré —dijo ‘El. —Pero tú eres...

—Muere, traidor.

Desde las sombras, apareció otro poderoso general y acabó en un instante con la vida de Satoel, quien se había negado a aceptar el juramento.

Era un traidor y, como tal, ha muerto.

—Artaqof —dijo el Patriarca—, asegúrate de que sea sepultado con honores y no como traidor.

—Pero, señor... —comenzó ‘El.

—He dicho.

—Como usted ordene —dijo Artaqof.

Llegado el momento, todos se reunieron a jurar en aquel monte. Ya no había marcha atrás. Ramael fue enviada a autorizar y a apoyar a Lucifer en la revuelta.

El fin se acercaba.

Capítulo X

Luego del enfrentamiento que Gabriel sostuvo con Samael, se dirigió a completar su misión, que era llevar el mapa a sus amigos. Con lo que le quedaba de fuerzas pudo acercarse lo más que pudo; sin embargo, y luego de un día completo, perdió el conocimiento y cayó en algún lugar, pero su maestro pudo darse cuenta de eso, por lo que envió a buscarlo.

—No puede ser, la energía de Gabriel está desapareciendo —señaló Uriel.

—Rápido, Rafael —le apremió Daniel—, ve a buscarlo antes de que perdamos por completo su ubicación.

—Sí, maestro, ahora mismo iré.

—Por favor, amigo, encuéntralo.

—No se preocupen, yo lo traeré —dijo Rafael.

Por suerte, Rafael, gracias a sus habilidades de teletransporte, pudo encontrarlo inconsciente al lado de un pequeño río. Sujetándolo fuerte, lo llevó de regreso para ser atendido por su maestro.

Al llegar, todos estaban felices por él, y Daniel se apresuró a atender sus heridas.

—Hijo, has hecho un excelente trabajo, solo se me ocurre felicitarte.

—Maestro, pude traer el mapa —murmuró Gabriel. —Lo sé, pero ahora tienes que recuperarte y descansar. Escúchenme todos: Miguel, Uriel y yo nos encargaremos de él, el resto no deben perder tiempo y tienen que ir con urgencia a buscar al Forjador. No crean que los recibirá con besos y abrazos, así que estén preparados para lo que sea.

—¿Tendremos que pelear con él? —preguntó Sariel.

—No, por suerte para ustedes, pero seguro que los pondrá a prueba. Remeiel, tú serás la líder esta vez, estoy seguro de que podrás guiarlos, lo dejo en tus manos.

—Sí, maestro.

—Por favor, maestro, encárguese de nuestro amigo —pidió Rafael.

—No se preocupen.

—Amigos, les deseo lo mejor —dijo Miguel.

Una etapa estaba llegando a su fin para dar lugar a una nueva que pronto vendría. Los cuatro jóvenes fueron en busca del Forjador con sus esperanzas

al máximo. Luego ya de un tiempo, Daniel les dio una última orden a los tres restantes.

—Vengan, por favor. Ya han pasado cinco días desde que sus compañeros partieron rumbo a su misión, así que ahora tengo una para ustedes.

—¿Cuál es, maestro? —preguntó Uriel.

—Como les dije anteriormente, ya no tengo nada más que enseñarles y me han demostrado que no me necesitan. Por eso, quiero que me obedezcan por última vez. Como sabrán, ustedes han sido elegidos para proteger nuestro mundo y destruir la corrupción que nos ha invadido, y deben estar preparados para lo que va a venir, sabiendo que no será nada bueno.

»Para lograr la paz, primero deben pelear por ella y arriesgar sus vidas. No lo tomen a la ligera; aunque ya se han enfrentado a poderosos guerreros como Asael y Samael, deben saber que ellos no son los más fuertes. Si todo Arcan fue contaminado, quiere decir que sus enemigos verdaderos son casi invencibles, sobre todo los que están al lado del Patriarca. Ellos son inalcanzables para mí, sobre todo Artaqof, quien es el segundo después de Shemihaza. Ni siquiera imagino hasta dónde puede llegar su poder.

—Si ponemos de nosotros podremos vencerlos, no se preocupe —dijo Gabriel.

—El exceso de confianza puede ser su perdición, tengan cuidado con eso... Además, hay algo que no saben: en el castillo del rey habitan cuatro seres legendarios, cada uno de ellos es el antiguo de cada ciudad de este planeta, y su poder... ¡es ilimitado!

—¿Qué? —preguntó Miguel.

—¡No puede ser! —exclamó Uriel—. Esto quiere decir que son más problemas para nosotros.

—Esperemos que ellos no participen, porque el único que puede pelear con ellos es Shemihaza y, aun así, ni él sabe si podría vencerlos. Si ellos deciden actuar por su cuenta estaremos en problemas, por lo que deberán actuar con extrema precaución y siempre unidos. Creamos en nuestro rey para que todo salga bien. Ahora quiero que regresen a sus hogares y disfruten de sus familias, que seguramente los echan de menos. Cuando llegue el momento, pelearán.

—¿Usted qué hará? —preguntó Miguel.

—Bueno, ahora que hemos terminado, podré hacer mis cosas tranquilo.

—Está bien, así lo haremos, pero vendremos pronto —dijo Gabriel.

—Así es, maestro —dijo Miguel.

—No descuiden su misión y su propósito. Fue un honor estar con ustedes todo este tiempo.

—Muchas gracias, maestro, por haber arriesgado su vida para enseñarnos todo lo que sabemos —dijo Uriel.

—No, el que debe agradecerles soy yo, porque creo que he aprendido más de ustedes que ustedes de mí. Ahora, basta de sentimentalismos y váyanse. Los tres tomaron caminos diferentes y volvieron a sus hogares. Sabían que pronto volverían a reunirse, pero esta vez para combatir.

—Amigos —dijo Miguel—, aquí nos separamos, pero es solo momentáneo. Estén siempre alerta.

—Espero que nos veamos pronto —dijo Gabriel— y que los demás logren pasar esa prueba.

—Como dijo el maestro —añadió Uriel—, no vamos a ponernos sentimentales ahora. Cuando sea el momento, nos vamos a reencontrar. Adiós.

El descanso no era para todos. Rafael y los demás estaban de camino al lugar indicado en el mapa; debían llegar cuanto antes y encontrar al Forjador.

—¿Cómo vamos, Remeiel? —preguntó Rafael.

—Según esto ya no nos queda mucho. Si vamos a esta velocidad seguro que llegaremos pronto.

—Nunca he venido a este lugar, parece que hace más calor —dijo Remeiel.

—Es una zona bastante alejada de las cuatro ciudades —añadió Sariel—, tal vez nadie estuvo interesado en venir aquí nunca.

—¿Qué les parece si nos detenemos a comer? —preguntó Remeiel—; el maestro nos dio bastantes provisiones para este viaje.

—Perfecto —accedió Sariel.

—Por ahí, sobre esa montaña, está bien —propuso Rael.

Los jóvenes viajeros tomaron un breve descanso para recobrar fuerzas y luego continuar su viaje.

Cuando pasaron casi diez días desde que salieron, según lo que indicaba el mapa, estaban justo en el lugar.

—Ahí está, ese debe de ser el lugar, algo extraño, por cierto.

—Parece una especie de cráter gigante —dijo Rafael.

—No puedo sentir ninguna presencia y está desierto, ¿seguro que es aquí? —preguntó Sariel.

—Así es, no puedo equivocarme —dijo Remeiel.

—Tendremos que bajar a investigar —dijo Rael—, más bien parece una zona muerta, como si no hubiera nada de vida.

—Bajemos.

Al entrar a la zona, la temperatura era demasiado elevada y la gravedad bastante aumentada, un lugar distinto a los que el planeta solía ofrecer.

—Pero ¿qué...? —empezó a preguntar Sariel.

—Mi cuerpo... No puedo moverme libremente. ¿Qué sucede? —preguntó Rafael.

—El calor es insoportable, debemos encontrar urgente al Forjador —dijo Remeiel.

—Esto parece un laberinto —dijo Sariel.

—Me da la impresión de que estamos bajando o ¿puede ser el calor? —preguntó Rafael.

—¿Hace cuánto tiempo que estamos caminando? —inquirió Remeiel, a su vez. Cuanto más descendían, aún más fuerte era la presión; el camino se tornaba interminable. Luego, sin darse cuenta, se encontraron dentro de un túnel donde no penetraba la luz, pero ellos ya ni lo notaban, hasta que pudieron ver una abertura iluminada.

—Miren —dijo Rael—, delante parece haber una especie de salida de este túnel, puedo ver una luz.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Remeiel.

—Es una especie de cueva gigante, ¿qué es lo que hay en el aire? —dijo Sariel.

—Parece humo.

—No, más bien es ceniza y rastros de fuego que suben —dijo Remeiel.

—Increíble... ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —dijo Rafael con fuerza.

—Tal vez no hay nadie —dijo Sariel—. Esta mezcla de oscuridad y cenizas me pone nervioso.

—El aire de este lugar se parece más una especie de vapor, atentos, intentaré algo —dijo Remeiel.

—Espera, ¿qué piensas hacer? —preguntó Rael.

—Encenderé todo el lugar, así que será mejor que se cubran... Veamos que sucede... ¡Tormenta de fuego! —exclamó Remeiel.

—Remeiel, ¿qué haces?, ¡detente! —gritó Sariel.

—¡No soy yo! —dijo Remeiel.

—¡Es un torbellino de fuego! —gritó Rael.

—¡Puedo sentir una poderosa presencia en este lugar! —exclamó Rafael.

—¡No puedo creer lo que veo! El torbellino se ha convertido en un ave inmensa de fuego.

El ataque de Remeiel pareció despertar un gran poder dormido, el fuego subió junto a las cenizas y el viento en forma de torbellino y, luego, de él salió una gran ave de fuego cuya potente voz pudo escucharse:

—¿Quiénes son ustedes?! ¿Y cómo se atreven a despertarme de mi sueño profundo? ¡Respondan ahora!

—Hemos venido a buscar al Forjador, necesitamos con urgencia hablar con él —dijo Remeiel.

—¿Al Forjador? Sí que tienen valor para venir aquí. ¡Yo soy el Forjador! «Ya me lo imaginaba», pensó Rafael.

—¡Necesitamos de tu ayuda! Por favor, escúchanos —pidió Remeiel.

—¡Habla! ¿Para qué me necesitan?

—Tiempos difíciles son los que estamos viviendo y todo nuestro planeta corre peligro, posiblemente estemos en guerra.

—¿Guerra? Nadie ha venido aquí en cientos y cientos de años y, ahora, ¿vienen unos niños a decirme que estamos en guerra? ¿Cómo es tu nombre? —dijo el ave.

—Me llamo Remeiel y somos guardianes de este mundo. Nuestro maestro nos ha dicho que solo tú puedes otorgarnos las armas legendarias que necesitamos para ir a la batalla.

—Ahora, dime, Remeiel: ¿qué ha sucedido con el rey y el Patriarca?

—El rey ha dejado de hablar con nosotros y no sabemos nada, y el Patriarca...

—Está bien, no me digas más, yo existo desde antes de que Arcan fuera fundada y estoy al servicio del rey desde siempre, así que puedo entender exactamente lo que está pasando al ver a unos jóvenes venir desesperadamente a buscarme. Pero déjenme decirles que yo no puedo otorgarles estas armas, no son cosas que yo pueda otorgar a alguien porque sí, pues las armas legendarias tienen conciencia propia, así como la energía viviente del universo, lo cual el mismo rey permitió. Por esa misma razón, ustedes deberán despertarlas de su letargo y, tal vez no lo sepan, nadie ha podido obtenerlas, ni siquiera el Patriarca, aunque lo ha intentado.

—¿Y cómo podemos despertarlas? —preguntó Rafael.

—Solo el poder puro de un guerrero puede despertarlas y lograr pertenecerse mutuamente; una vez que se unan, jamás volverán a separarse.

—¿Dónde están? Queremos intentarlo —intervino Sariel.

—Ellas duermen en el fuego de mis alas y, para lograr que ellas renazcan, deberán elevar al máximo todo su poder. Si ese poder es puro, renacerán... ¡Si están aquí por eso, entonces demuéstrenlo! —Entonces lo haremos. Amigos,

¡ahora! —exclamó Remeiel. Y los cuatro hicieron lo que el ave de fuego les dijo: comenzaron a usar su espíritu al máximo y todo comenzó a temblar en la gran cueva.

«Esto es sencillamente increíble. ¡¿Cómo es posible que estos jóvenes tengan tan grande poder?!», pensaba el Forjador.

—¡Eso no es suficiente! ¡Si de verdad quieren despertarlas no deben guardarse nada! —les repetía.

Una gran tormenta de fuego y relámpagos comenzó a inundar todo el lugar a causa de toda la energía que emanaba de los jóvenes.

Y en un momento aparecieron cuatro luces que salían de las alas del Ave; eran las armas legendarias.

—¡Ahí están! —se decían entre ellos.

Las antiguas armas con conciencia propia habían despertado gracias al poder de los jóvenes, a quienes estas habían escogido para ser sus portadores. Eran dos espadas, un gran martillo y un hacha poniéndose enfrente. Ellos las tomaron con sus manos y sus espíritus se hicieron uno.

—Al fin lo han logrado —dijo el Forjador—. Deben saber que, si ellas los eligieron, es porque su destino está cerca; ahora deberán servirle por siempre.

—¡Así será! —exclamaron a una sola voz.

—Por favor, gran Forjador, dinos tu nombre —pidió Rafael.

—Mi nombre no es relevante, pero pueden llamarme Ave Inmortal.

—¿El Ave Inmortal? Muchas gracias.

Y la gran ave desapareció de manera repentina, volviéndose cenizas que se esparcieron por el aire otra vez. Ya no se podía sentir su presencia, por lo que Remeiel y sus amigos comprendieron que su trabajo había terminado y que ahora ellos debían regresar tomando caminos diferentes.

—Aquí nos separamos —dijo Remeiel—. Rael y yo iremos a Serf para informarnos sobre los detalles de todo. Una vez concluyamos, nos volveremos a encontrar, ¿queda claro?

—Está bien —dijo Rafael—, nosotros volveremos a Portcan y luego iremos a ver al maestro, pero estaremos atentos a lo que vaya surgiendo. Nos vemos, amigos.

Terremotos y tormentas azotaban al planeta, los habitantes de los pueblos y los animales trataban de protegerse como podían y, sin embargo, no había nada que se pudiera hacer. Después de varios meses desde que los jóvenes guerreros se habían visto por última vez, un mensajero con un mensaje del Patriarca llegó a casa de Daniel, quien había quitado ya la barrera protectora.

Lo recibió sentado en su silla bebiendo un té.

—Tenga usted buenos días, señor.

—Pero tú eres un soldado de Arcan —dijo Daniel.

—Así es, mi señor, el Patriarca, me ha enviado con un mensaje de suma importancia de carácter obligatorio para usted.

—Dímelo, entonces.

—El Patriarca solicita que se presente inmediatamente en Arcan, y debo encargarme de escoltarlo hasta allí... Espero que no le moleste.

—Está bien, pero dime... ¿ha sucedido algo?

—Solo se me ha dicho esto, pero, si me permite opinar, creo que nada bueno sucederá.

—Entonces vámonos —le dijo. Y añadió para sí—: Ahora todo queda en sus jóvenes manos.

Capítulo XI

El tiempo en AN pasaba muy rápido, pero más rápido era el terrible cambio que sufría el planeta mismo día a día. Ambos soles perdieron su calor y brillo, el aire está contaminado y se vuelve cada vez más difícil de respirar, y el viento es muy potente y contiene metales por lo que es casi imposible caminar libremente. El agua ácida que cae de las nubes negras daña la naturaleza en su totalidad, y aun así nadie puede entender por qué, sin saber que lo peor se acerca. Desde que los jóvenes aprendices dejaron aquel valle y el retorno de Daniel a Arcan han pasado más de seis meses, y los débiles han tratado de sobrevivir al hambre y las enfermedades.

Miguel y sus amigos no se han visto aún; sin embargo, esperan impacientes por el llamado y una señal que los reúna. Mientras en Querb Ramael ha dado la orden a Lucifer de alistarse para poner en acción la rebelión y ella se quedaría con él para asegurarse de que todo siga su curso y sin problemas.

—Hola, Lucifer, ¿cómo has estado? —saludó Ramael. —Hasta que viniste, ya me estaba impacientando, ¿y tu compañero?

—No hizo falta que viniera, lo importante es que te traigo buenas noticias.

—Excelente, es lo que siempre me gusta recibir.

—Alístate para la guerra, prepara tu ejército, porque mañana atacarás Portcan y destruirás el ejército del reino por sorpresa.

—Pero ¿qué sucederá con las fuerzas de Serf? —preguntó Lucifer.

—Dividirás tus fuerzas en dos fracciones: la primera irá al frente mañana y la segunda la pondrás en espera para emboscar a los serafines. Además, yo te daré apoyo y he traído conmigo a tres de mis mejores pupilos, los guerreros de las sombras, así que no tienes de qué preocuparte.

—Eso es muy creativo, es perfecto. Al fin se cumplirán mis sueños.

—No pierdas el tiempo y deja todo listo para que comience la fiesta.

Entonces, Lucifer se dirigió a su ejército:

—Hijos míos, escuchen. Ha llegado el día de tomar el control total de este mundo. Nuestro sueño de ser los dueños de todo va a cumplirse y si tenemos que destruir a todos los que se interpongan en nuestro camino no dudaremos en

hacerlo. No temeremos porque la victoria está de nuestro lado. Mañana será el día en que cambiaremos la historia para siempre, así que levanten sus armas y prepárense para la conquista.

Todo Querb estaba listo para dar el gran golpe sabiendo que su ventaja principal estaba en la sorpresa, ya que en Portcan y en Serf ignoraban por completo la rebelión que se había gestado.

Entretanto, en casa de Gabriel, su madre le decía: —Hijo, cuéntame un poco cómo te fue en tu estancia en la casa de ese guerrero antiguo. Me imagino que echaste de menos a tu madre.

—Por supuesto, madre. Su nombre es Daniel y hemos aprendido mucho con él, no te lo imaginas. Nos hemos vuelto muy fuertes. También hicimos dos nuevos amigos, Remeiel y Rael, que son ¡serafines!

—¡Increíble! ¿Y son como los rumores?

—Son mejores que eso: poseen dos grandes alas y tienen ojos de color rojo. Por lo general, son más altos que nosotros, aunque no más que nuestro maestro, y son muy veloces tanto en tierra como en aire.

—Me dejas sorprendida, hijo, me gustaría conocerlos.

—Estoy seguro de que lo harás.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de su casa con gran apuro.

—Espera, hijo, iré a ver quién es.

—Es el anciano del pueblo.

—Pero ¿cómo lo sabes? Bueno, luego me lo dices.

Cuando abrió la puerta, vio al anciano Qubel.

—Hola, Aminara, necesito hablar con Gabriel urgentemente.

—Está bien, puedes pasar, pero...

—Deja las preguntas para después, por favor —insistió Qubel.

—Hola, Qubel —saludó Gabriel—, ¿cómo ha estado?

—No hay tiempo para eso, Gabriel, vengo de hablar con el Oráculo y me ha enviado a preguntarte si sabes algo sobre lo que sucede en el planeta. He estado esperando a Sariel para preguntarle, pero no ha regresado todavía. Según ella, siente una gran fuerza maligna acercándose.

—Bueno, lo único que sabemos hasta ahora es que Arcan ha cerrado sus puertas y que tal vez ellos estén involucrados en todo lo que está sucediendo, pero debemos esperar una señal.

—No puede ser, el Patriarca se ha corrompido, ¿qué señal estás esperando?

—Aún no lo sé y no lo sabré hasta que suceda. Ahora cuénteme más de lo que

el oráculo le ha dicho.

—No está muy segura y, aunque trata de ver más allá, siente como si una fuerza poderosa la bloqueara. Nunca antes había sucedido, esto es grave... Tuvo una visión sobre una sombra y fuego que caía sobre Portcan y todo era destruido.

—Oh, no, si eso es verdad, hay que hacer algo —intervino Aminara.

—Tal vez esa fuerza pertenezca a un arcaniano —dijo Gabriel— y, con respecto a la visión, ¡juro que no permitiré que ocurra!

—¿Un arcaniano? —preguntó Qubel.

—Se supone que ellos deben protegernos —dijo Aminara.

Entonces, Gabriel respondió:

—Escuchen lo que voy a decirles en pocas palabras: tal vez la guerra se acerca a nosotros, pero lo más prudente es esperar hasta que estemos seguros de lo que va a suceder. Aun así, deben saber que, tal vez, Querb esté involucrado en algo. Lo importante es que llevo la muerte de inocentes en mi corazón y haré pagar a todos los que traicionaron al rey, lo prometo.

—Ahora que lo dices, esto es muy extraño —dijo Qubel.

—Y aún no hemos ido a ver qué está sucediendo allí.

De pronto, se oyó una voz.

—¡Y eso es exactamente lo que haré!

—¡Uriel! —exclamó Gabriel.

—Pero, niña, ¿en qué momento...? —Aminara se interrumpió.

—Escúchame, Gabriel —dijo Uriel—, tú me conoces, sabes cómo soy y también sabes que no ganaremos nada esperando, así que tomé la decisión de ir por mi cuenta a Querb. Lo lamento por Miguel, pero soy así.

—Pero ¿por qué quieres ir ahora?

—Tengo un presentimiento.

—Entonces te acompañaré.

—No, quédate, debo ir sola, solo he venido a avisarte para que lo tengas en cuenta por si surge algo.

—Escucha, Uriel —intervino Qubel—, no sabemos qué puede estar sucediendo allí. Quizá es mejor que te quedes y esperemos hasta que tengamos una mejor idea de lo que va a ocurrir.

—El anciano tiene razón, tal vez es mejor esperar —dijo Aminara.

—Nunca me ha gustado esperar, ya nos veremos —respondió Uriel.

Diciendo esto, desapareció.

—Tiene una gran determinación y un poder increíble —dijo Qubel.

—Y ese no es todo su poder, anciano —dijo Gabriel.
—Esa niña es una rebelde, solo espero que esté bien —intervino Aminara.
—Yo mientras tanto iré a ver al Oráculo una vez más y luego a nuestro gobernante para informarle de la situación. Si sé de algo vendré.
—Está bien, anciano, aquí estaremos —dijo Aminara.

Uriel partió hacia Querb con urgencia, como si estuviera yendo a buscar a alguien. En su cara se podía ver la emoción, aunque ignoraba que las fuerzas de los querubines estaban listas para la batalla.

Mientras tanto, en Serf, el sabio Allcan también tuvo un mal presentimiento, así que mandó llamar a Rael y Remeiel.

—Hijos míos, los he llamado porque presiento que algo muy malo está a punto de ocurrir, además de lo que ya estamos padeciendo en nuestro mundo.

Ustedes dos se han convertido en unos guerreros formidables al servicio de nuestro rey, pero debo decirles que tal vez lo peor aún no haya llegado.

—Así es, gran sabio, pero creo que usted debería alertar a todo nuestro pueblo para que se prepare, este es el momento —dijo Remeiel.

—Me temo que sí, no quería hacerlo hasta estar seguro por completo.

—No se preocupe, nosotros no permitiremos que las cosas empeoren —intervino Rael.

—Pero no creo que nos haya llamado solo para esto. Díganos, ¿qué es lo que sabe? —preguntó Remeiel.

—Tienes razón, hija mía, no les voy a ocultar nada, he detectado que Ramael está en Querb ahora mismo y que ha llevado a tres de sus soldados más fuertes.

—¿Qué? ¿Qué hacen ahí?

—No lo sé, he tratado de averiguarlo, pero solo he logrado sentir por un momento una poderosa presencia además de ellos, aunque fue solo por poco tiempo, pues fui bloqueado inmediatamente.

—Tal vez sea algún campo de energía usado por Ramael —dijo Rael.

—También lo pensé, pero eso no es todo —prosiguió el anciano.

—Por favor, díganos.

—¡Uno de sus compañeros se dirige directamente hacia ellos!

—¿Cómo?! —exclamaron los serafines.

—Es esa niña llamada Uriel, tan impetuosa e imparable.

—Ella ha sido siempre igual —dijo Remeiel.

—Debemos avisarla de que Ramael está allí —dijo Rael.

—Temo que ya lo sabe y por eso precisamente se dirige hacia allí. Creo que quiere enfrentarse a ella sin medir las consecuencias. Yo traté de convencerla, pero me ignoró por completo.

—Mmm, me lo imaginaba, ella lo tenía todo planeado. Como no pudo atacarla en Arcan decidió esperar a que se moviera; es muy astuta —dijo Remeiel.

—¿Entonces qué haremos? —preguntó su compañero.

—Lo veo en tu cara, Remeiel, ¿también deseas ir? —preguntó Allcan.

—Esta es una de esas oportunidades que no se presentan dos veces y Uriel lo sabe. Rael, tú quédate a esperar el llamado de Miguel y yo iré a apoyar a nuestra amiga.

—Está bien, hermana, estoy seguro de que ustedes ganarán.

—Hija, tal vez ya no pueda convencerte de que no vayas, así que solo te diré que, si derrotan a Ramael, derrumbarán un gran pilar de Arcan, razón por la cual te lo encargo.

—Haré todo lo posible, adiós.

Agitando sus poderosas alas, Remeiel voló a gran velocidad para alcanzar a Uriel.

Entretanto, en Arcan, los generales estaban reunidos, incluyendo a Daniel, para escuchar las palabras de Shemihaza, que con mucho ímpetu anunció:

—Los he convocado aquí, en el gran monte del Sol, porque se acerca el tiempo en que veremos nacer una nueva era para nosotros, los arcanianos, y el día en que abandonemos este mundo y vayamos a conquistar nuestro nuevo hogar, donde crearemos un nuevo reino.

—Señor, ¿cómo llegaremos hasta allí? —preguntó Matrael.

—Asael ha trazado un camino que nos llevará directamente a ese lugar, no teman.

—Señor, ¿y qué pasará con este mundo? —preguntó Yehadiel.

—Lo dejaremos en manos de los rebeldes, que ellos se hagan cargo.

—¿Y cómo está tan seguro, mi señor, de que podremos salir de este lugar y de que el planeta al que vamos es adecuado para nosotros? —preguntó Daniel.

—¿Qué es lo que te preocupa, Daniel? ¿Acaso serán tus inútiles discípulos?

—¡Ya basta! —interrumpió Artaqof—. Daniel, que eso no te preocupe, ahora deberemos esperar a que Ramael haga bien su trabajo y todo lo demás se dará por sí solo.

—Hermanos míos —dijo el Patriarca—, no hay de qué preocuparse. Desde este gran monte observaremos los acontecimientos.

Mientras, en Querb estaba todo listo.

—Lucifer —dijo Ramael—, ya es la hora. ¡Comienza el ataque de una buena vez!

—Escuchen, hermanos míos y súbditos, la hora de que marchemos a la conquista ha llegado, no hay nadie que pueda detenernos. ¡Adelante!

La orden para la conquista del reino había sido dada; el primer ejército de Querb fue al ataque sobre la ciudad de Portcan y el segundo se encargaría de emboscar Serf.

En la primera ciudad ni se imaginaban lo que se les avecinaba; todos estaban en peligro. Las fuerzas de Serf se preparaban para lo peor y sus habitantes no entendían la situación.

Los querubines marchaban por tierra y por aire con su vanidoso líder al frente; sin embargo, Ramael, quien los escoltaba, pudo sentir una fuerte presencia acercándose a ellos rápidamente.

—¿De quién es esta presencia? No puedo permitir que arruine mis planes, ¡vengan, mis guerreros, tenemos trabajo! —exclamó Ramael.

—¡Sí, mi señora!

Uriel solo tenía en su mente una cosa, y era derrotar a Ramael. Se dirigía directamente hacia ella.

—Te encontré, miserable, ahora verás.

Mientras tanto, Remeiel volaba a toda velocidad para respaldar a Uriel en la batalla que venía.

—Amiga, no sé en qué estás pensando, pero ni creas que voy a dejar que te quedes con toda la diversión tú sola.

Ramael y sus guerreros fueron directamente a interceptar a Uriel y así evitar que esta descubriera el ejército de Querb, que iba en pos de guerra hacia Portcan y el castillo del rey.

—¡Mataré a cualquiera que se interponga en mi camino! —siseó Ramael.

—Señora, no debe preocuparse, nosotros acabaremos con este intruso.

—Por eso los elegí para esta misión, así que no me fallen. Ahora, prepárense, estamos muy cerca, puedo sentirlo.

—Qué extraño, puedo sentir cuatro grandes poderes viniendo directamente hacia mí. Parece que esa tal Ramael al fin se dio cuenta. Eso está mucho mejor

—dijo Uriel.

—Señora, ahí está, justo frente a nosotros, parece que nos está esperando.

—Ya la vi, no sé quién es.

—Al fin te encuentro, Ramael —dijo Uriel.
—¿Cómo es que sabes mi nombre?, ¿acaso nos hemos visto antes?
—Eso no tiene mucha importancia, Ramael, pero te lo diré: mi nombre es Uriel y soy aprendiz de Daniel. Solo he venido para una cosa.
—Ahora recuerdo que ese inútil estaba entrenando discípulos. Seguramente estabas esa vez que los visitamos. Ahora, dime: ¿para qué has venido?
—¿Acaso no es obvio? ¡He venido para matarte! —rugió Uriel.
—¿No me digas que ese tipo de bromas también te las enseñó tu maestro? —se rio Ramael.
—Yo no hago bromas —respondió Uriel.
—Eres solo una mocosa insolente y, para ser sincera, no tengo tiempo para estar desperdiciándolo contigo, tengo muchas cosas que hacer.
—Has asesinado a inocentes y arruinado mi mundo... ¡no te lo perdonaré!
—¿Conque no me perdonarás, eh? Qué interesante.
—Mi señora —las interrumpió un soldado—, deje que nosotros los fieles soldados nos encarguemos de ella, usted no tiene que ensuciarse las manos.
—Tienes razón, ¡mátenla!
—¿Escuchaste, niña? Somos nosotros quienes acabaremos contigo y pondremos tu cuerpo a los pies de mi señora Rama... ¿eh?
En ese momento, una extraña energía acompañada de un aura brillante comenzó a salir del cuerpo de Uriel, causando temor en los soldados de la arcaniana; aun así, se lanzaron a atacarla.
—¿Qué es este poder? —preguntó Ramael.
—¡Ahora morirás! —gritó uno de los soldados.
—No perderé mi tiempo en basuras —murmuró Uriel—. ¡Ataque de relámpagos!
—¿Qué? ¡No puede ser!
El ataque de Uriel, compuesto de incontables relámpagos, acabó en un segundo con los soldados de Ramael, dejándola realmente sorprendida.
—¡Inútiles! —gritaba—. No recuerdo que tuvieras ese poder antes. ¿Cómo dijiste que te llamabas?
—Uriel es mi nombre y ahora estamos solo tú y yo, es tu turno.
—¿Conque ese es el poder de Uriel? Magnífico, al parecer la pelea ha comenzado, debo darme prisa. —pensó Remeiel mientras iba en camino..

En Portcan, Gabriel mostraba preocupación. —Uriel...

—Increíble, los tres guerreros de Ramael han muerto —dijo

Daniel.

—Pero ¿qué está sucediendo aquí? ¿Quién pudo haber acabado con los guerreros de Ramael? Tendré que ir a ver —dijo Asael.

—Tú no te moverás de aquí, Ramael debe ser capaz de arreglar este inconveniente —respondió Artaqof.

—Maldición.

—Esto se pone interesante, puedo sentir una increíble presencia frente a tu aprendiz, mi querido Artaqof —dijo ‘El.

Capítulo XII

El mal se acercaba a Portcan y con él la muerte, pero aún nadie lo sabía y la sorpresa sería fatal. La vida de muchos inocentes estaba en grave peligro, parecía que esperar no era la única opción, ya que Uriel había tomado la decisión de enfrentarse al enemigo y Remeiel se dirigía a toda velocidad para asistirle en la batalla.

Todo el planeta estaba en guerra, la ambición del querubín había contaminado el aire y el Patriarca había decidido observar, dejando al mundo a su suerte.

—¿Así que piensas castigarme tú por mis crímenes? —dijo

Ramael a Uriel.

—Mi fuerza es el castigo de este mundo contra ti, el castigo de Harmoni, Turiel y todos los inocentes que asesinaste. —Todos esos a los que nombras ni siquiera los conocías, pero, aun así, te diré que ninguno de ellos merecía ser guardián; fueron débiles y por eso murieron.

—Murieron por creer y defender nuestro mundo, un mundo que ahora tú intentas destruir. Perdiste el camino y te has vuelto contra tu rey.

—Eres una ignorante, ¿acaso no sabes que ese rey del que hablas nos ha abandonado?, ¿o tal vez te hicieron creer que fuimos nosotros quienes intentamos destruir el mundo solo para ocultarte la verdad? No, nosotros no destruimos nada, fue tu rey el que provocó que todo esto sucediera, él fue quien generó que nuestro plano sufriera una ruptura y permitió que la energía del universo entrara a nuestro mundo provocando todo este desastre. Si hay alguien a quien tienes que acusar es a él.

—Eso es mentira. ¡Eso es mentira!

—Está bien, no me creas, no me importa, no tengo por qué explicarle nada a una chiquilla insolente —respondió Ramael. —Ya has hablado mucho, es momento de pelear.

—Como tú digas.

Una de las peleas más impresionantes había comenzado, Uriel contra Ramael.

El choque de ambas energías produjo fuertes tormentas que hacían temblar los cimientos de Querb. Sin embargo, Ramael, que era conocida por sus habilidades y distinguida entre muchos de los otros generales, no sería un oponente fácil de vencer. —Es muy fuerte —decía Uriel—, y qué decir de su velocidad.

Si no hago algo, esta mujer va a matarme.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? Ni siquiera eres capaz de darme un golpe.

—¡Ataque de Relámpagos! ¡No es posible! Detuvo mi ataque de relámpagos con sus manos.

—Ay, por favor, ¿acaso pensaste que ibas a vencerme con eso? Mis soldados eran muy débiles y por eso murieron tan fácilmente, pero yo tengo algo muy bonito para regalarte. ¡El silencio de las almas muertas!

El silencio de las almas muertas era una niebla oscura que se movía a gran velocidad, representando la muerte de las almas y destruyendo todo lo que alcanzaba.

—¿Qué es eso?! —exclamó Uriel.

El terrible ataque de Ramael atrapó a Uriel sin darle tiempo a escapar y la fuerza del ataque estrelló su cuerpo contra el suelo, dejándola inconsciente y casi fuera de lucha.

—Parece que se me fue la mano —rio Ramael—. Bueno, ahora le cortaré la cabeza y se la llevaré a su querido maestro. Pero ¿qué...?!

Para la sorpresa de esta enemiga, Uriel aún seguía con vida; con dificultad, pero con actitud, logró ponerse de pie. —¡Aún no me venciste, maldita!

—Me dejaste sorprendida, Uriel, no creí que fueras capaz de levantarte y de sobrevivir a mi ataque.

—No creas que te será tan fácil matarme, porque esto recién empieza.

—Ahora veo que Daniel hizo un buen trabajo, pero en ese estado no podrás resistir una segunda vez mi ataque.

—¿Por qué no lo intentas? —la desafió Uriel.

—Está bien, ¡ahora te demostraré quién soy! ¡El silencio de las

almas muertas!

El ataque de Ramael nuevamente volvió a cubrir a Uriel a una gran velocidad sin saber que...

—Yo también te tengo una sorpresa —gritó Uriel—: ¡Huracán relampagueante!

Sorpresivamente, en medio de la espesa niebla destructora se pudo escuchar la invocación de Uriel, que con su poderoso huracán comenzó a empujar el ataque de Ramael. Incontables relámpagos salían del huracán perforando la oscuridad, y el impacto de ambas produjo una gigante bola de energía que colgaba en medio de ellas entre el cielo y el suelo, haciendo temblar todo. —¡Esto no puede estar pasando! —exclamó Ramael— ¿De dónde saca todo ese poder esa mocosa?

—¡Te lo dije antes, haré que pagues por tus crímenes! —¡No me vencerás! Remeiel, que casi había llegado, exclamó:

—¡Se puede sentir algo tremendo! Debo llegar cuanto antes. —¿Qué sucede? ¡Mi poder se vuelve contra mí! Debo de estar soñando.

—¡Esta es mi oportunidad, debo usar toda mi fuerza ahora!

—gritó la chica.

La fuerza de Uriel fue mayor y pudo lograr que la gran explosión atrapara a Ramael sin que esta pudiera protegerse y cayera como muerta al suelo.

—Te lo merecías. He usado todos mis recursos, espero que ya no te levantes. ¿Cómo?

Sin embargo, el poder de Ramael reapareció, más grande que antes, y la guerrera se levantó con una sonrisa, mientras un aura oscura y tenebrosa la rodeaba.

—Debo felicitarte, has logrado golpearme como nunca nadie lo había hecho, pero solo me heriste la piel, ahora estoy... ¡furiosa! — ¡Imposible! ¿Cómo obtuviste todo ese poder? —dijo Uriel. Y, a una gran velocidad, Ramael se abalanzó sobre Uriel y, sin que ella pudiera hacer ningún movimiento, la sujetó por el cuello para estrangularla.

—No puedo respirar, tengo que...

Ramael, pasando su lengua por el rostro de Uriel, dijo burlona: —No hay nada que puedas hacer, voy a matarte y beberé tu

sangre, hasta la última gota.

Cuando esta se disponía a morder su cuello, alguien más llegó al campo de batalla.

—¡Lanza de fuego! —exclamó Remeiel, dejando a Ramael sorprendida.

Remeiel llegó para unirse al combate y, con uno de sus ataques, logró que Ramael se alejara de su víctima.

—Uriel, ¿estás bien? No puedo creer que haya intentado morderte. No te preocupes, yo te reemplazaré ahora.

—¿Y tú de dónde has salido, serafín?

—¿Y a ti qué te ha pasado? Pareces una bestia. ¿Qué pretendías hacerle a Uriel?

—Has llegado justo para interrumpir mi cena y eso me hace ponerme de muy mal humor. Seguro que eres otro aprendiz de ese maldito traidor.

—¿Traidor? ¡Ahora verás!

—¡Espera! —gritó Uriel.

—¿Uriel?

—¿Eres tú otra vez? —se sorprendió Ramael—. Parece que aún no te ha quedado claro quién soy.

—¿A qué has venido, Remeiel? Estaba encargándome de ella. —Ya veo —respondió su compañera.

—Además, aún no había terminado con esto.

—¡Ya estoy harta de ustedes! ¡Ahora mismo las haré desaparecer de este mundo!

—Mira, ya la hiciste enfadar, Uriel.

—Eso es porque tú te entrometiste en nuestra pelea —le respondió ella.

—¿Pelea? Te estaba dando una buena paliza —dijo Remeiel. —¿De qué paliza hablas?

—No puede ser, ¿ese es su poder?

Mientras discutían, el poder de Ramael, enfurecida, comenzó a crecer y ella, elevándose al cielo, hizo crecer su aura oscura cubriendo el aire.

—No permitiré que unas insignificantes criaturas me insulten y se burlen de mí. Yo soy una generala de Arcan y una de entre los más fuertes. ¡Ahora sientan mi furia!

—No puedo entenderlo, siento como si su poder se hubiera

multiplicado —dijo Uriel.

—¡Va a matarnos! —exclamó Remeiel.

—Ya es tarde, ¡desaparezcan! ¡La gran presión!

La gran presión era una técnica que llevaba al máximo la fuerza de gravedad que rodeaba al enemigo.

—¡Nooooo!

El brutal ataque destructivo de Ramael les dio de lleno a ambas guerreras, dejándolas en un muy mal estado, tiradas en el suelo, casi muertas. Remeiel comenzó a moverse y a tratar de hablar con Uriel por medio de la telepatía mientras Ramael hablaba victoriosa:

—Parece que al fin se murieron, aunque cabe destacar que me causaron problemas. Me las pagarás, Daniel.

—¡Uriel! ¡Uriel! Sé que puedes oírme, estoy hablando a tu mente.

—¿Pero cómo es que puedo oírte en mi cabeza, Remeiel? —Se llama telepatía, pero ahora eso no es importante. Hay una sola oportunidad de darle un último golpe a este enemigo. —Ya no tengo fuerzas para pelear, estamos perdidas. —Es posible que tengas razón, pero ¿te vas a rendir sin intentarlo una vez más?

—No tengo recursos para enfrentarla, es muy fuerte —se lamentó Uriel.

—¡Tu espada! Recuerda lo que dijo el maestro, ellas tienen conciencia propia y también he sentido su fuerza.

—¡Es cierto! La había olvidado, nunca se me ocurrió usarla. —Este es el momento de hacerlo, Uriel, yo voy a distraerla, así que prepárate; solo tendrás una oportunidad y menos de un segundo.

—¡Lo intentaré!

Mientras, Ramael murmuraba:

—Espero que ese imbécil de Lucifer ya se encuentre atacando Portcan.

Mientras tanto, yo me alimentaré y luego llevaré las cabezas como regalo a Daniel —dijo riendo con maldad. —¿Qué dijo? —preguntó Uriel.

—No te distraigas, ahí viene.

Cuando Ramael se disponía a descender para hacerse con sus víctimas, quedó sorprendida al ver a Remeiel de pie, observándola. —¿Tú

otra vez? ¡No entiendo cómo has podido sobrevivir a mi ataque! Aun así, estás muy herida.

—Yo tampoco lo entiendo, pero aquí estoy, parece que te confiaste mucho esta vez y te olvidaste de algo muy importante. —¿De qué? —preguntó Ramael con sorpresa.

—De que ahora es mi turno para atacar. ¡Tormenta de fuego! —¡Tonta! ¡Jamás me vencerás con eso! ¡El silencio de las almas muertas!

—¡Tú eres la tonta! ¡Uriel, ahora!

—¿Qué? —exclamó Ramael.

En ese momento, Uriel se levantó del suelo rápidamente, se transportó detrás de Ramael y, a gran velocidad, usó su último recurso. —¡Espada relámpago!

—¡Eso es! —dijo Remeiel.

—¡No puede ser! ¿Esta espada?

—¡Ahora sabrás lo que sintió Harmoni, maldita! —gritó Uriel.

La espada atravesó por la espalda a Ramael causándole la muerte y dándoles la victoria a Remeiel y a Uriel. A causa de la espada, el cuerpo de Ramael comenzó a quemarse y a desintegrarse en el aire y eso fue porque ella había corrompido su cuerpo con muchos crímenes. Este era el efecto de un arma legendaria. —¿Ganaron? ¡Ganaron! Estas niñas son increíbles, ambas pudieron derrotar a esa asesina y siguen con vida. Aun así, esa espada es magnífica.

—Excelente —dijo Rael.

Ambas guerreras estaban acostadas en el suelo, exhaustas, pero felices por su victoria.

—Estoy agotada, necesito recuperarme —dijo Uriel. —Déjame felicitarte por eso —respondió Remeiel. —Quiero darte las gracias por haberme salvado. La idea que

tuviste fue genial, pero ¿por qué no lo hiciste tú? Si sabes que eres más veloz que yo.

—Así es, soy mucho más veloz que tú, pero quise que ella se confiara, ya que ni se imaginaba que te levantarías.

—Tenías razón. Cuando sujeté mi espada, sentí cómo su energía reemplazaba a la mía, por lo que pude moverme muy rápido... ¡Espera!

—¿Qué sucede?

—Ramael dijo algo sobre que alguien iba a atacar Portcan. —¿Es verdad! — exclamó Remeiel—. No podemos descansar, hagamos un esfuerzo, tenemos que ir urgentemente.

—¡Vamos!

En las puertas de Portcan se encontraba el enemigo dando la orden de atacar.

—¡Ataquen! —vociferó Lucifer.

—¡No es posible! —gritó Allcan.

—¿Qué sucede? —preguntó Rael.

—Portcan está siendo atacada en este mismo instante. Estaba prestando demasiada atención a la batalla y no pude verlo. —¿Atacada? Pero ¿por quién?

—Son los querubines, no puedo creerlo. Siento una fuerza tremenda. Esto es lo que estaban tramando y por lo que murió Harmoni. Yo daré el aviso de alarma en Serf y debo pedirte que vayas inmediatamente e interfieras en esto. Trataré de avisar a tus amigos, pero no pierdas más el tiempo.

—¡Sí, ahora mismo iré! Es mi turno.

Rael se fue directamente a Portcan a gran velocidad para defenderla, mientras Uriel y Remeiel hacían un esfuerzo enorme por volar.

—Ramael ha sido derrotada —murmuró Artaqof a los generales.

—¿Qué? —preguntó Asael—. ¿Cómo es eso posible? Iré inmediatamente a hacer que el responsable pague.

—Asael, será mejor que te calmes, sabes que no puedes irte. —Maldición.

—Parece que esos guerreros misteriosos no son cualquier cosa

—dijo el Patriarca.

—Así parece, pero sugiero que dejemos seguir el curso de las cosas —dijo Artaqof.

—Así es.

—Esto no se quedará así—murmuró Asael.

—Se podría decir que todo marcha como lo planeado

—dijo ‘El.

—¡Reúnan a todos, iremos a observar los acontecimientos!

—exclamó el Shemihaza.

El Patriarca y sus generales se reunieron en el Gran Monte para observar cómo caía el reino ante sus ojos.

Las fuerzas de Querb lograron penetrar Portcan, lo que desató caos y muerte de inocentes. Algunos habitantes se defendían como podían, pero el ejército invasor no demostraba debilidades.

Portcan envió a sus fuerzas para combatir al enemigo; sin embargo, los querubines se contaban por miles.

Rauel iba camino a Portcan para intervenir hasta que pudo escuchar en su mente la voz de Miguel, que lo llamaba: —Amigos, deben venir cuanto antes al castillo del rey. —Esa voz es de Miguel.

Miguel contactó telepáticamente con los que poseían la misma habilidad, que eran Rauel, Remeiel, Sariel y Rafael, todos excepto Uriel y Gabriel.

En Portcan, las alarmas comenzaron a sonar. Ni Gabriel ni su madre sabían qué estaba sucediendo, y los soldados que marchaban advertían a todos que se quedaran en sus casas.

—Algo no está bien, debo ir a ver qué es —dijo Gabriel. —Tengo miedo, hijo —respondió Aminara.

—No temas, madre, yo estoy aquí.

—¿Escuchaste esa voz? —le preguntó Remeiel a Uriel. —No escuché nada, ¿de qué estás hablando?

—Debe de ser que no puedes, porque no sabes usar bien esa habilidad.

—¿Y qué es lo que escuchaste? Dímelo.

—Es Miguel, que se comunica directamente con mi mente y

dice que debemos ir al castillo del rey cuanto antes.

—¿Al castillo, dices? ¿Y qué pasará con Portcan?

—No lo sé, pero debemos ir.

—Está bien —zanjó Uriel.

Los guerreros recibieron el llamado de reunirse en el castillo

del rey cuanto antes, mientras la rebelión de Querb hacía destrozos en la ciudad y la sangre era derramada sin piedad. —El fin de un tiempo se acerca —dijo Shemihaza.

Capítulo XIII

«Miguel, Miguel».

—¿Qué es esta voz? Alguien está hablando a mi espíritu, pero

¿quién? —se preguntó Miguel.

«Miguel, escucha mi voz, soy yo quien te habla».

—¡Ah! ¿Qué es este poder? Mi cuerpo... no lo puedo controlar. ¿Cómo puede existir alguien con tal fuerza? Siento que llega hasta lo profundo de mi ser. —
Y sus rodillas se doblaron por sí solas.

«Miguel, soy yo, tu rey, quien te habla. Necesito que me prestes toda tu atención».

—¡Oh! ¿Es usted, mi señor? Sí, lo escucho.

«Quiero que reúnas a los elegidos y que vengan al castillo cuanto antes, los estaré esperando».

—¿Al castillo? Sí, mi señor, ahora mismo lo haré.

«Lo que acaba de pasar es sencillamente increíble. ¿Ese es el poder del rey? —pensaba Miguel—. Bueno, no debo perder más el tiempo, ahora mismo los llamaré, aunque todavía no sé usar bien esta habilidad, lo intentaré».

—Amigos, amigos, deben venir cuanto antes al castillo del rey —llamó a sus compañeros.

La presencia momentánea del rey, que apareció y desapareció, fue ligeramente percibida por el Patriarca.

—¡Ay! —exclamó Shemihaza.

—¿Sucede algo? —preguntó Artaqof.

—No lo sé exactamente, pero juraría haber sentido una fuerte presencia en el castillo del rey hace un momento.

—Mmm, yo no percibo nada, ¿será él?

—No puedo saberlo, pero parecía otro.

—¿Otro? Entonces, hay que estar alerta.

—Parece que sí.

De regreso, Remeiel y Uriel pasaron por encima de Portcan y pudieron ver la imagen desoladora de la guerra con sus propios ojos, que se llenaron de

lágrimas, y sus corazones, que se colmaron de angustia.

—Pero ¿qué ocurre? —dijo Uriel.

—¡No puede ser! ¡Están atacando Portcan!

—¿Quiénes son estos malditos?, ¡voy a matarlos a todos! —¡Detente, Uriel! —gritó Remeiel.

—¿Pero qué estás diciendo?, ¿no ves lo que está pasando?

¿Pretendes que nos quedemos sin hacer nada?

—¡Siento lo mismo que tú, pero debemos ir al castillo del rey! Además, el ejército de Portcan está luchando para defender la ciudad y eso nos dará tiempo de ver qué es lo que sucede y por qué.

—¡Maldita sea! —refunfuñó ella por respuesta.

Apretando los puños con dolor y enojo, avanzaron hasta el castillo del rey acudiendo a la llamada de Miguel.

La guerra continuaba en Portcan, donde corría la sangre; todos los habitantes luchaban por sus vidas y escondían a los niños. La presencia del ejército de Querb había sido cubierta por la oscuridad y ya nada bueno quedaba en ellos. Mataban sin piedad y no tenían ninguna consideración. Su líder, Lucifer, solo tenía una meta en su mente, el castillo del rey, pero para eso tenía que debilitar desde abajo. Quería destronarlo y avanzaba con la seguridad plena de obtener la victoria, haciéndose cada vez más fuerte. La reacción del planeta era catastrófica: terremotos, cambios climáticos, los soles se apagaban, la naturaleza moría y los pueblos eran quebrantados.

Miguel, Rael, Rafael, Remeiel, Uriel y Sariel llegaron a las puertas del castillo acatando la llamada, pero era imposible no estar turbados por el caos desatado y su enojo los impulsaba a querer ir a pelear.

—Hola, amigos, llegaron —saludó Miguel.

—Amigo, hace mucho que no nos veíamos —dijo Rafael. —¡Miguel!, ¿puedes decirnos qué es lo que está pasando?

Todo nuestro pueblo está siendo destruido, y eso sin hablar del planeta —exclamó Uriel.

—Ya lo sé, Uriel, y entiendo tu enojo, yo también quiero ir a

pelear, pero debemos permanecer aquí.

—¿Por qué nos citaste aquí? —preguntó Remeiel. —Estamos aquí porque...

En ese momento, las puertas se abrieron y alguien que estaba parado dentro los llamó con una voz tranquila, pero con autoridad, lo que hizo temblar sus cuerpos. Esa voz les hablaba en todas sus formas, podían escucharla con su alma, espíritu y cuerpo. —¡Porque yo los he llamado!

—¿Por qué me tiembla el cuerpo? —se preguntó Uriel. —No puedo moverme con libertad —dijo Rafael. —¿Quién es él? —dijo Sariel.

—Por favor, pasen, no teman, parece que Gabriel aún no va a venir.

—Perdóneme, mi señor, él aún no sabe utilizar... —empezó Miguel.

—No te preocupes, ya vendrá. Sean todos bienvenidos. —Muchas gracias, es un honor poder estar aquí, estamos para servirle.

—Por favor, levántense y escuchen: sé que no pueden verme y es mejor así. Hay poco tiempo, así que se lo diré rápido: yo soy su rey y también soy su padre, soy el rey de este mundo y de otros mundos en el universo. Como verán, todo lo que antes vimos ya no es igual. Para lograr la creación de esos mundos era necesario un cambio en el universo y a causa de ello el plano de este mundo sufrió una ruptura.

»El Patriarca y los generales más poderosos de Arcan absorbieron parte de la energía provocada por aquella explosión que yo mismo inicié y se han rebelado contra mí, cometiendo crímenes terribles. Sus corazones se llenaron de lo que llaman oscuridad y su ambición los ha llevado a apartarse de lo correcto. Han visto que otro de mis hijos se llenó de vanidad y fue esclavo de su ambición, pero no le han exhortado para que se arrepienta de sus malos pensamientos y se vuelva a su camino, sino que lo han ayudado a hacer guerra en mi contra y en contra de mi pueblo.» Por eso los he elegido a ustedes desde mucho antes de que nacieran, para que sean la vara que los corrija. Les he dado su poder y sus armas para que sean mi justicia y quiero que sepan que estoy con ustedes para siempre y por siempre. Confío en ustedes, guerreros de corazón puro. Vayan y terminen con esta rebelión, soy

yo quien los envía, su rey.

»Es necesario que ustedes sepan que esta guerra recién comienza, por lo que a partir de este momento serán conocidos como los arcángeles, el más alto y distinguido rango al servicio del rey. Por favor, permítanme otorgarles la vestimenta adecuada.

En ese momento, sus cuerpos comenzaron a elevarse y a ser envueltos en vestiduras de un material que jamás habían visto, tan ligeras como resistentes. Ahora y después de mucho tiempo, entendieron cuál era su misión y propósito. Arrojando sus armas a los pies del rey juraron lealtad eterna.

—Oh, gran y único rey —dijo Miguel—, ponemos nuestras armas y corazones ante usted para jurarle fidelidad eterna y darle nuestro agradecimiento por confiar en nosotros. Juramos servirle hasta el fin.

—¡Lo juramos, señor!

—¡Vayan ahora!

Mientras tanto, en Portcan, la guerra se extendía de lado a lado. Lucifer avanzaba y se acercaba cada vez más a las puertas del reino, donde solo quedaba la última resistencia y todo indicaba que se haría con la victoria.

Aminara estaba quebrada en llanto y Gabriel no lo soportaba más, así que decidió salir a pelear.

—Mamá, no quiero que te preocupes ni llores más. Yo iré a detener todo esto. No sé qué ha pasado con mis amigos, pero siento que tengo la responsabilidad de hacer algo y ahora ya no voy a esperar.

—Hijo, no te detendré, porque sé que es tu misión y debes cumplirla, pero cuídate, por favor, y nunca te rindas. Yo creo en ti. —Sí, mamá, tú escóndete, volveré pronto.

Gabriel salió a la ciudad a combatir y comenzó a abrirse paso entre los enemigos que lo atacaban, pero no eran rivales para él. Logró atrapar a un querubín y lo obligó a hablar.

—Escúchame bien, ¿por qué hacen esto?, ¿¿por qué matan sin piedad?!

—Tomaremos el control del reino y nuestro líder se sentará en el trono. Ni tú ni nadie podréis detenerlo —dijo el querubín con

una risa malvada.

—¿Tu líder?, ¿quién es ese líder? ¡Habla! Se ha muerto...

¿quién será ese líder del que habla? Seguro que va de camino al reino, así que iré y los detendré ahí; no puedo permitir que logren entrar.

Y se lanzó como un rayo hacia el castillo para protegerlo, mientras en su camino derrotaba a cientos y cientos de soldados de Querb.

—¡Detente!, ¿quién eres tú y a dónde crees que vas? —le increpó un soldado.

—Mi nombre es Gabriel y voy al castillo para terminar con esta absurda guerra, así que será mejor que se rindan y se quiten de mi camino, porque no respondo.

—¿Nos amenazas? ¿Acaso no ves que somos muchos? Somos una legión, no tienes ninguna oportunidad.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para perderlo en ustedes...

¡Y estoy muy furioso!

—¡¡Ataquen!! —gritó el soldado, pero Gabriel ya había lanzado su fuerza.

—¡Choque de planetas!

—Pero ¿¿qué es eso?? ¡¡Ahhhhhhh!!

—Debo darme prisa.

El poder de Gabriel había crecido bastante gracias a las batallas que había tenido, pero la expulsión de ese poder hizo eco en el monte del Sol, donde estaban los vigilantes, y no pasó desapercibido.

—¿Quién es el dueño de esa presencia? Creo haberlo sentido antes —dijo Artaqof.

—Tiene un poder considerable, ¿quién será? —preguntó Shemihaza.

—Su nombre es Gabriel, y él fue quien me derrotó. — declaró Samael—. Tiene un poder tremendo.

—¿Te has dejado derrotar por ese? —se rio Asael—. Eres un inútil.

—¿Qué has dicho?

—¡Ya basta ustedes dos! —Los acalló Artaqof, entonces hizo una pausa y luego dijo—: Ese tal Gabriel está interfiriendo en

nuestros planes.

—No hay por qué alarmarse —dijo ‘El.

Entonces, intervino Yehadiel:

—Perdona, pero si hay alguien con ese poder tenemos un problema más; no se olviden de los que mataron a Ramael. —Ellos no vendrán aquí, así que no se preocupen. Aunque logren terminar con la rebelión del querubín, nuestro objetivo ya está cumplido.

—El querubín ha llegado a las puertas del castillo, pero también ha llegado ese tal Gabriel... —dijo Artaqof.

—¿Qué hay en aquella montaña? Puedo sentir muchas presencias reunidas y también a mi maestro —murmuró Gabriel en la distancia.

—¿Es mi impresión o nos está observando? —dijo Matrael. —Lo siento, Patriarca, pero yo no puedo seguir aquí; iré y me uniré a ellos para terminar con todo esto, ustedes hagan lo que quieran.

—Mmm, como lo imaginaba...

Daniel no soportó más la presión de ver esta guerra y decidió desobedecer al Patriarca, pero en ese momento ‘Él lo sorprendió por la espalda y lo atravesó con su brazo frente a la mirada de todos y Gabriel pudo sentirlo.

—Ay, pobre Daniel, tan predecible y distraído, ¿olvidaste nuestro pacto?

—¡Maldito! —gritó Daniel.

—Lo siento, pero tú sabías las consecuencias de la traición. Al sacar ‘El su brazo del cuerpo malherido de Daniel, se acercó

Asael. Este, oliendo la sangre, sujetó a Daniel y, mordiendo su cuello, se alimentó de él, delante de todos.

—No sabía que hacías eso —dijo Artaqof.

—Deberían probar.

Gabriel, al sentir morir a su maestro, se enfadó tanto que su enojo comenzó a crecer y él mismo comenzó a perder el control, pero, de repente, pudo ver la llegada del líder de la rebelión a las puertas del castillo.

—¿Y ese quién es? ¿Será el líder del que hablaron los soldados? Pero se ve un poco diferente. No importa ahora; acabaré con

él y su maldito ejército y luego vengaré a mi maestro. Me las pagarán.

Cuando se disponía a atacar a Lucifer y a su ejército, una voz le llegó a su corazón:

—Amigo, detente, no dejes que el odio se apodere de ti y respira.

—Pero... ¿si son ellos! Amigos, ¿cómo es que salen de dentro del castillo del rey?

—¡Hola! —saludó Miguel.

—¿Pensaste que te dejaríamos solo? —preguntó Uriel. —Gabriel —le dijo Remeiel—, ya no tienes por qué cargar con toda esa angustia tú solo, para esos somos tus compañeros y amigos.

—Realmente estoy sorprendido. ¿Qué es esa ropa que traen puesta?

—Luego te lo contaremos —dijo Uriel.

—¿Así que ese es el que causó todo este desorden? —preguntó Rafael.

—Así parece, yo me encargaré de él y ustedes de los que le siguen —dijo Miguel.

Y los arcángeles salieron al encuentro del querubín y de su gran ejército. Entonces, ya no le pareció tan graciosa la situación al Patriarca.

—¿Pero qué mierda está pasando aquí?! ¿Que alguien me lo explique! ¿De dónde salieron estos y por qué estaban en el castillo? —se indignó Shemihaza.

—Si me permite decirle, señor —dijo Asael—, ellos son aprendices del traidor de Daniel y eso es lo que estaba tratando de decirle hace tiempo.

—Pero yo pensé que eran unos niños y que nunca se atreverían a desafiarme, maldita sea. Ese querubín no podrá contra ellos. —Señor, si quiere, podemos intervenir —dijo Matrael. —No, dejemos que las cosas se den solas. Si ellos salieron del castillo quiere decir que el rey está ahí y sería un problema si los cuatro guardianes deciden enfrentarnos. Esperemos a ver qué sucede, nos mantendremos al margen.

Toda la resistencia de Portcan estaba siendo abatida, pero las esperanzas que parecían morir con ellos renacieron cuando los

ahora llamados arcángeles del rey salieron a contraatacar. Solo ellos comenzaron a hacer retroceder a todo el enemigo con sus fuerzas. Su líder, Lucifer, no entendía qué estaba pasando y decidió ir al frente abriéndose paso entre los agotados soldados de Portcan. La sangre no paraba de ser derramada, hasta que Miguel cayó frente a él como si fuera un gran meteorito, provocando una fuerte onda expansiva que atemorizaba el corazón de los querubines.

—¿Tú quién eres?

—Mi nombre es Miguel y soy un arcángel del rey. —¿Arcángel? No sabía que algo así existiera. Pues yo soy el líder de todo Querb y de esta revolución y pronto seré el rey de todo este mundo, así que será mejor que te arrodilles ante mí porque no hay nadie que pueda hacerme frente —dijo riendo. —¡No me importa! —replicó Miguel.

—Ah, entonces tendré que mostrarte todo mi poder. —Tú caerás hoy, Lucifer, así que ríndete ahora y acepta tu castigo.

—¿Ah, sí? Eso lo veremos. Soldados, mátenlo y tráiganme su cabeza.

Miguel, enfurecido, provocó miedo y asombro con su aura. —¿Con que este es el poder de Miguel? —dijo Gabriel. —Primera vez que lo veo así —dijo Uriel.

—¿Quién es ese? —preguntó Shemihaza, a su vez. —No lo conozco —dijo Asael.

—Podría jurar que él está al mismo nivel que cualquiera de ustedes y que hasta sería capaz de matarlos —dijo el Patriarca. —Ese era el secreto de Daniel; estaba forjando guerreros para acabar con nosotros —dijo Artaqof.

—Si el querubín es vencido ahora, nuestros sueños se verán interrumpidos. Tenemos que hacer algo —dijo Shemihaza. —¡Ataquen! —gritó Lucifer.

—Ahora verán. ¡Escudo de luz! —gritó Miguel, a su vez. Todos los ataques eran absorbidos por el escudo de luz y luego: —¡Reversión! —continuó Miguel.

Como un gran torbellino, salió del escudo abatiendo a cientos de soldados enemigos.

—Muchos de tus soldados han sido derrotados y el resto tiembla de miedo, estás acabado.

—¿Acabado yo? Yo mismo te mataré. Nosotros los querubines mantenemos el orden de este mundo y nuestra música puede crear, así como destruir. Yo soy el mejor, soy su dios. Y ahora escucha esta hermosa melodía de muerte: el cantar de la desolación. —¡No lo permitiré! ¡Supernova atómica!

Lucifer no tenía nada que hacer contra el gran ataque de Miguel, que arrasó con todo.

—¿Qué? ¡No puede ser!

Y antes de que la espectacular explosión los alcanzara: —¡Rápido, Asael, saca al querubín y a su segundo escuadrón del planeta antes de que sean destruidos y envíalos a aquel mundo desconocido! —gritó Shemihaza.

—¡Sí!

Y, por orden de Shemihaza, Asael transportó a Lucifer y a su ejército a aquel planeta lejano por medio de un portal dimensional, permitiéndoles huir. Rafael pudo verlo y trató de impedirlo. —¡Oh, no! Alguien ha abierto un portal y por él están huyendo —se lamentó Rafael.

—No podemos dejar que escapen, ¿puedes hacer algo? —preguntó Remeiel.

—No escaparán. ¡Prisión de las estrellas!

—¡Maldición! Ese sujeto posee unas habilidades parecidas a las mías y está cerrando el umbral —dijo Asael refiriéndose al Arcángel.

—No te preocupes inexperto aprendiz, deja que yo me encargue —Dijo Artaqof con soberbia.

Artaqof, quien era el segundo después del Patriarca, bloqueó a Rafael y al resto.

—No sé qué está pasando, pero mi energía se desvanece

—murmuró cayendo inconsciente al suelo.

—¡Rafael! —gritaron todos.

—¿De dónde viene esta presencia?! —preguntó Uriel. —¡No se parece en nada a la de Asael ni los otros! —dijo Sariel. —Estoy perdiendo el conocimiento —susurró Gabriel. Los arcángeles se desmayaron por la intervención de Artaqof. —¿Lo ven? No fue tan difícil.

—¿Los eliminaste? —preguntó Asael.

—No, solo los puse a dormir por un breve tiempo, pronto volverán a despertar...

Gracias al segundo al mando, Asael pudo sacar a Lucifer junto a su segundo escuadrón y algunos sobrevivientes del primero, que se contaban por cientos, y le abrió un camino directo a aquel nuevo planeta lejano.

La batalla había terminado, aunque la guerra no, pero esto había dejado grandes pérdidas de vida y de naturaleza, así que había que trabajar para restaurar el planeta.

Todos los que habían sobrevivido a esta cruel rebelión salieron a la calle a festejar, ignorando la profundidad de todo lo que sucedía. Al fin se había terminado aquella pesadilla, y habían despojado al destructor de sus hermanos.

Pasado un tiempo, los guerreros despertaron del sueño momentáneo en el que habían caído durante la batalla. Muchas dudas quedaron por resolver; sin embargo, sus esperanzas de subsanar el planeta seguían intactas.

A pesar de la participación de los arcanianos en el desastre, aún no se podía comprobar su culpabilidad.

—¿Quién habrá sido el dueño de ese gran poder? —preguntó Rael.

—¿Y qué pasó con los querubines? —preguntó Sariel. —No lo sé, pero creo que fueron a otro lugar —dijo Rafael. —Es tal y como lo dijo el rey: esta guerra recién comienza y no será nada fácil ganarla —dijo Miguel.

—¿Acaso vieron al rey?, ¿cómo no me dijeron? —se lamentó Gabriel.

—Te envía sus saludos —dijo Uriel.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Gabriel.

—Luego te contaremos con más detalle, ahora tenemos que pensar cómo restaurar todo esto y cómo haremos para que todo vuelva a su lugar —dijo Remeiel.

Y, desde los cielos, incontables alados descendían con alegría a Portcan.

—¿Pero...?

—Hola, guerreros, primero quiero felicitarlos por el gran trabajo que hicieron y agradecerles por habernos salvado. Todo

se fue de las manos, pero pudieron arreglarlo.

—Es Allcan, el sabio de Serf —dijo Remeiel.

—¡Hola, sabio! —saludó Miguel.

—No se angustien, el ministro de Serf ha enviado toda la ayuda posible para restaurar Portcan, por lo que verán a los serafines llegar. Debo decirles que, aunque Querb ha desertado, muchísimos de sus habitantes que estaban en desacuerdo con su líder tirano habían huido en secreto y vinieron a refugiarse aquí en Serf. Ahora, con nuestra ayuda podrán devolverle a AN la luz y el orden al clima.

—¡Excelente! —exclamó Gabriel.

—¡Qué bien! —dijo Sariel.

—Qué gran noticia nos acaba de dar, muchísimas gracias —se alegró Miguel.

—Pero recuerden, esto no ha terminado, y ustedes como guardianes deben protegernos. Siento mucho la pérdida de su maestro, él también fue una víctima más de esta guerra —dijo Allcan con tristeza.

—Él murió peleando por lo que creía —dijo Miguel— y nos ha dejado su legado. Nosotros vamos a continuar creciendo y llevaremos su recuerdo por siempre. Tenemos la esperanza de que esto alguna vez termine y todo vuelva a ser como lo era en un principio, ¿no lo creen así, amigos?

—Tienes razón y vamos a trabajar todos unidos —dijo Rafael. —Y no hay que perder de vista a Arcan, por si toman alguna represalia —dijo Remeiel.

—Yo digo que no hay que esperar más y que atacemos esa ciudad maldita —exclamó Uriel.

—Entiendo lo que sientes, pequeña —dijo Allcan—, pero será mejor esperar y esperar las indicaciones del rey. Mientras tanto el ministro de Serf ha decretado que Arcan queda excluida como ciudad pacífica, por lo que ahora mantendremos una guardia constante a cualquier movimiento que hagan.

—¿Me ha llamado pequeña?

—Pequeña —repitió Gabriel.

Todos rieron.

—Bueno, jóvenes —dijo Allcan—, los dejo y espero que pronto tengamos

novedades.

—Está bien, sabio Allcan, muchas gracias —dijo Miguel.

—Yo debo ir a ver a mi mamá para ver cómo está, pero estaré a la espera por si sucede algo —señaló Gabriel.

—Está bien, amigo, ve en paz. ¿Y los demás qué harán? —preguntó Miguel.

—Bueno, yo... ¿pero qué? —Rafael no pudo acabar su frase.

Y, de repente, un gran estruendo comenzó a sacudir todo el lugar. Del castillo salieron cuatro estrellas brillantes que se dirigieron hacia el cielo con gran fuerza y desaparecieron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gabriel.

—¿Acaso eso era un portal? Esas cuatro estrellas entraron en él, si no me equivoco —dijo Rafael.

—Chicos, creo que se acabó el descanso.

—¿No son esos los guardianes? ¿Pero a dónde han ido? —preguntó Artaqof.

—A fin de cuentas, esto ha sido más conveniente de lo que es- perábamos.

Algo me dice que fueron detrás del querubín —dijo Shemihaza.

Continuará... [Capítulo I](#).....

[13 Capítulo II](#) [23 Capítulo](#)

[III](#) [29 Capítulo IV](#)

..... [43 Capítulo V](#)

..... [53 Capítulo VI](#)

..... [67 Capítulo VII](#)

..... [85 Capítulo VIII](#)

..... [97 Capítulo IX](#)

..... [115 Capítulo X](#)

..... [129 Capítulo XI](#)

..... [139 Capítulo XII](#)

..... [151 Capítulo XIII](#)

..... [161](#)